SERGIO SINAY

LA SOCIEDAD DESNUDA

UNA MIRADA CRÍTICA SOBRE NUESTRA MANERA DE ACTUAR, AMAR, PENSAR Y COMUNICARNOS

Sergio Sinay

La sociedad desnuda

Una mirada crítica sobre nuestra manera de actuar, amar, pensar y comunicarnos

Ediciones B

SÍGUENOS EN

megustaleer

@Ebooks

@megustaleerarg

@megustaleerarg

Penguin Random House Grupo Editorial

Para Marilen, mi amor, mi mejor lectora.
Para Iván, Camila, Oliverio y la familia que sigue creciendo y mejorando el mundo.
Para mis amigos Claudio Deschamps, Víctor Maesschalk y Oscar Barrios, por tanto diálogo, tantas ideas y sensaciones compartidas y tanto afecto.

He venido aquí no para encontrar respuestas, sino para encontrar una manera de vivir en un mundo sin respuestas.

SUE MONK KIDD (escritora estadounidense,
autora de *La vida secreta de las abejas*)

Vive como si fueras a morir mañana.
Aprende como si fueras a vivir siempre.

MAHATMA GANDHI

Razones de la desnudez

Las páginas que siguen recogen ideas, reflexiones, certezas, interrogantes que me atraviesan a diario a partir del simple hecho de habitar este mundo, esta sociedad, este tiempo. A partir de observar, conversar, escuchar, contemplar el escenario humano que comparto, en el que me muevo, en el que siembro mis proyectos, expectativas y anhelos, en el que cosecho alegrías, confirmaciones, dolores, incertidumbres. En el que me indigno y en el que me sorprende cada tanto la esperanza. Siento una curiosidad insaciable por el acontecer humano, por nuestras relaciones, nuestras conductas, nuestro lenguaje, nuestro modo de hacer y de deshacer, por nuestros modos de sentir y de expresar esos sentimientos (los sublimes y los oscuros), por nuestras maneras de comunicarnos y de incomunicarnos, por las formas en que solemos encontrar el sentido de nuestras vidas y por los extraños modos en que acostumbramos extraviarlo, por nuestras formas de convivir, que incluyen con igual facilidad el amor y el espanto.

Esa curiosidad me ha convertido, a lo largo de los años, en un observador atento, que procura no distraerse, no adormecerse con los múltiples narcóticos que se nos ofrecen para anular el pensamiento crítico. Y he tratado de darle forma al producto de

mis observaciones e interacciones, usando para eso la herramienta más accesible de la que dispongo, la que he cultivado y a la que he tratado de honrar a lo largo de los años y de mi profesión. La palabra.

Este libro, mediante el uso de esa herramienta, es el testimonio de mi oficio de observador crítico. Como tal, trato de mirar sin reservas ni falsos pudores. Por eso elegí llamar *La sociedad desnuda* a esta colección de reflexiones, ideas, inquietudes y propuestas acerca de lo que veo, me preocupa, me inspira y a menudo me enardece del mundo, el país y la sociedad en la que vivo. He ordenado mis observaciones en bloques temáticos. Y dentro de ellos he incluido una breve selección de textos que me fueron provocados por esa observación insomne. El lector puede leerlos en el orden en que le resulten más atractivos, más desafiantes o accesibles. En definitiva, son como los rayos de una rueda. Todos convergen en un centro único. Y ese centro se expresa, para mí, en estos interrogantes: ¿podemos vivir de otra manera?, ¿podemos hacerlo diferente?, ¿podemos salir de los moldes que nos atrapan adormeciéndonos en un peligroso vacío existencial?, ¿podemos, al vernos desnudos, aceptarnos para transformarnos?, ¿o seguiremos tapándonos con ropajes falaces?

Desde ya, el observador es parte del fenómeno que observa. Esto significa que toda mirada es subjetiva. Estas páginas están sembradas de mi subjetividad. Consciente de ello, he tratado de alimentarlas también con otras miradas. Muchas de ellas pertenecen a pensadores de quienes me nutro, que me abren nuevos horizontes mentales, que me ofrecen estimulantes desafíos intelectuales. Soy un lector voraz, leer me ayuda a entender, me incita a pensar. Y soy un lector que necesita compartir, que necesita que otros ojos y otras mentes, en este caso las de mis propios lectores, accedan a la experiencia que me moviliza. También de esa necesidad están hechas estas páginas.

Como la sociedad en sí es una abstracción, y solo cobra entidad en cada uno de quienes la conforman, la desnudez que aquí propongo deja al descubierto, o eso pretendo, nuestros modos de vivir, actuar, pensar, sentir, comunicarnos, vivir nuestra sexualidad y nuestro género, y expresar nuestro amor.

Mirémonos así, entonces, desnudos.

1. CÓMO VIVIMOS

Ansiosos

Circula un breve chiste según el cual un hombre llega a un lugar y anuncia: “Vengo al curso sobre ansiedad”. Y la recepcionista le responde: “Es mañana”. Como todo chiste, en su núcleo contiene una buena dosis de verdad (eso es un chiste, la aguda y oportuna exageración de un hecho cierto). La brevedad de este diálogo lo hace más sustancioso. La ansiedad no es más que la desesperación por anticipar el futuro. Y, en lo posible, por controlarlo. Quien escriba la palabra “ansiedad” en un buscador de internet se encontrará, y esto es real, con más de 20 millones de entradas. Habría que contar con una enorme paciencia para recorrerlas, y no hay ansioso que disponga de ella.

Vivimos en la Era de la Ansiedad, y se multiplican los estímulos para prolongarla. Nombremos algunos. El exceso de información, por ejemplo. La multiplicación de vías informativas (no todas confiables), a lo que se suman los simples chismes, corrillos y radio pasillo, ametralla a las personas con una cantidad de datos, cifras y rumores cuya veracidad se vuelve imposible, y se pierde así la capacidad para distinguir lo verdaderamente importante de lo superfluo o prescindible. La sensación final es la de vivir en una realidad apabullante e ingobernable. Otra fuente es la permanente

incitación a consumir, los mensajes directos y subliminales que urgen a tenerlo ya, a “disfrutar” de lo ilimitado (que suele tener el brutal límite de la factura a fin de mes), a no quedarse afuera, a no pecar de obsoleto. Resultado: verse rodeado de objetos, posesiones y supuestos servicios que no se pueden usar por falta de tiempo, que se deben pagar aumentando el ritmo y las horas de trabajo o que no devuelven las prestaciones prometidas. Otra fuente generadora de ansiedad es la presión laboral por el rendimiento y los resultados antes que la valoración de los procesos, el aprendizaje y la excelencia (que es opuesta a la exigencia). La imposición del éxito como única posibilidad, aunque no se sepa en qué consiste y termine por ser efímero y superficial, también la motoriza.

Millones de pastillas

En definitiva, los motores de la ansiedad se multiplican. Y algo que la provoca y acelera es, paradójicamente… el temor a la ansiedad. Así, según informaba el Sindicato Argentino de Farmacéuticos y Bioquímicos, ya a mediados de esta década en el país se vendían aproximadamente un millón de comprimidos de ansiolíticos por día, consumidos por unos ocho millones de personas (más las automedicadas, que las estadísticas no registran). La cifra es casi imposible de seguir, pues aumenta día a día y acaso hoy sea obsoleta. Estos psicofármacos prometen aplacar los trastornos de ansiedad y sus derivados: insomnio, nerviosismo, estados depresivos. Y suelen traer aparejado el riesgo de la dependencia.

El miedo incrementa el miedo, sostenía el médico y psicoterapeuta Viktor Frankl (1905-1997) apuntando al mecanismo de la ansiedad. ¿Miedo a qué? A no llegar, a no tener, a no poder, a

no saber, a quedar afuera, a que no me alcance, a que se me note, a que no se me vea, etcétera. Miedo a lo que no se controla, a lo azaroso, al imponderable, al futuro, a salir de noche, a verse rodeado de extraños o ajenos, miedo al que habla otro idioma o exhibe otras costumbres. Curiosamente, en la Era de la Ansiedad esos miedos corren parejos con la soberbia científico-tecnológica difusora de la creencia de que el ser humano se impondrá a la Naturaleza y eliminará peligros, enfermedades, imposibilidades, distancias e incluso, por qué no, la muerte. Porque, en definitiva, ese es el padre de todos los miedos. El miedo a la muerte. Con él lucran quienes, desde falacias tecnológicas, científicas, espirituales, metafísicas o tecnológicas prometen que la muerte no será el final. O no será inevitable.

Con todo, la ansiedad no es un invento moderno. Entendida como un estado de alerta, expectativa y prevención existe desde que nació la especie humana, y contribuyó a la supervivencia de esta. Sin ese estado habría indefensión ante los múltiples riesgos de la existencia. En su expresión natural permite una más aceitada adaptación al medio ambiente y sus circunstancias, ayuda a mejorar o descubrir recursos para la vida, no afecta a la capacidad de discernir y decidir y, finalmente, se trata de una reacción natural ante estímulos externos. Pero la Era de la Ansiedad impone características patológicas (y casi epidémicas). Entonces una reacción adaptativa natural se convierte en una disfunción que impide pensar y comprender con claridad, tomar decisiones eficaces y sencillas, aplicar capacidades propias a las tareas cotidianas, además de provocar descompensaciones físicas.

La explosión del fenómeno ansiolítico no está vinculada únicamente a la multiplicación de estímulos externos. La Era de la Ansiedad coincide no casualmente con lo que también se define como Era del Vacío. Un extraordinario desarrollo tecnológico y científico, muchas veces divorciado de necesidades reales, se

manifiesta en consonancia con una pérdida de la capacidad de introspección, de explorarse a sí mismo, de bucear en las respuestas a interrogantes exclusivos del ser humano y pertenecientes a su condición. ¿Para qué vivimos? ¿Qué huella dejaremos? ¿Cuáles son los propósitos que nos impulsan más allá de la mera satisfacción de deseos?

Razones de fondo

El propio Frankl insistía en que el vacío existencial (caldo de cultivo de la angustia, la ansiedad y muchas depresiones) solo se llena de sentido cuando una persona puede cumplir dos cometidos: vivir para algo y vivir para alguien. Ese algo nunca es material (vivir para hacer dinero, por ejemplo, es una inagotable fuente de ansiedad e insatisfacción, porque el barril nunca se llena), es ir más allá de sí mismo, ser capaz de una acción por la cual otra vida haya tenido un instante de plenitud porque uno existió. Y vivir para alguien no significa estar pendiente o ser dependiente de nadie, sino mirar más allá del propio ombligo y ofrecer a otros una antorcha inspiradora, que se encienda en pequeños actos de la vida cotidiana. Cuando se encuentran esos gérmenes de sentido, decía el gran médico vienés autor de *El hombre en busca de sentido*[1] y *La presencia ignorada de Dios*[2], entre otras obras invalorables, también aparecen los modos de hacerlos florecer.

Parafraseando al filósofo alemán Friedrich Nietzsche, Frankl recordaba que quien tiene un para qué siempre encuentra un cómo. Cuando no es así, lo aguardan la ansiedad desbocada y los ansiolíticos. Al respecto, Alfredo Cía, presidente de la Asociación Psiquiátrica de América Latina, advirtió en su momento: “En los últimos años, creció mucho la automedicación y la gente tiende a utilizarla para combatir situaciones cotidianas estresantes, de

tensión o de incertidumbre. Buscan soluciones inmediatas, con la ilusión de que unas 'pastillas mágicas' les harán olvidar sus problemas". Cuando eso no ocurre la ansiedad produce más ansiedad. Una inflación más peligrosa que la económica.

Las reflexiones de Frankl y la advertencia de Cía suenan como eco de unas palabras de Thomas Chalmers, pastor y teólogo escocés célebre por sus inspiradores sermones, quien a comienzos del siglo XIX repetía incansablemente esta consigna: "La felicidad consiste en tener algo que hacer, alguien a quien amar y algo que esperar". A veces aquello que puede atemperar los vientos huracanados de la ansiedad está más cerca de lo que se cree. Y no es imposible de alcanzar.

1. Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 1995.
2. Viktor Frankl, *La presencia ignorada de Dios*, Herder, Barcelona, 1999.

Consumistas

Más allá de sesgos ideológicos, colores políticos o propuestas electorales (generalmente de marketing y ajenas a toda intención de cumplimiento), una receta única y obsesiva se convierte en el mantra de los gobiernos. Aumentar el consumo para que la economía despegue o se mantenga caliente, según el caso. A nadie, por muy lumbrera que pretenda ser en el campo económico, parece ocurrírsele otra cosa. Por ejemplo, producir y hacerlo de manera racional, desarrollar recursos sin devastar el hábitat, etcétera. Pareciera que cuando dejamos de consumir el mundo peligra o se detiene. Algo semejante a lo que ocurriría en un criadero de pollos si estos cesaran de comer. Para evitar eso es que se los mantiene despiertos, con luz artificial, durante las 24 horas, de manera que no dejen de alimentarse y estén rápidamente listos para partir hacia su destino en pollerías, carnicerías y supermercados. Ideas emparentadas con estas bullían en la mente de quienes administraban campos de concentración (el pasado es relativo). Se dirá que la comparación es excesiva. Puede ser. Pero no hay que desoír al filósofo australiano Peter Singer, cuando sostiene que toda vida merece ser honrada y que toda criatura viviente sufre y tiene derecho a que se la respete[3].

Los pollos en libertad buscan alimento cuando tienen hambre. Los que están en cautiverio pierden la noción de hambre: comen sin cesar porque son estimulados a hacerlo. Esta diferencia bien podría ilustrar otra: la que existe entre consumo y consumismo. Todos necesitamos alimento, techo, agua, abrigo. También necesitamos desplazarnos y comunicarnos. Estas necesidades obedecen en primer lugar a la posibilidad de supervivencia, de protección y, finalmente, de relación, puesto que los humanos somos seres sociales por naturaleza. Una vez cubiertas las necesidades básicas (que nos permiten existir), asoman otras (que nos conectan con el sentido de nuestra existencia). El amor, la realización, es decir la necesidad de desarrollar nuestros dones y, a través de ellos, dejar una huella en el mundo, mejorándolo. El gran psicólogo humanista estadounidense Abraham Maslow (1902-1970) lo explicó en su siempre vigente Pirámide de las Necesidades Humanas[4].

Para cubrir las necesidades humanas básicas debemos consumir. Como los pollos que se procuran su alimento y, atendida su hambre, se dedican a otros aspectos de su vida. El consumo es, entonces, un medio para la vida. Lo contrario de su versión deforme y patológica, es el consumismo. Este resulta un fin en sí. O se consume lo necesario para vivir o se vive para consumir. Son actitudes en la vida, y tienen diferentes consecuencias. En el segundo caso, se dejan de lado aspectos esenciales que enriquecen la existencia humana (vínculos, vocaciones, aspectos espirituales, enriquecimiento intelectual, exploración de nuevas áreas de la vida y muchas veces incluso valores). O sea, pollos de criadero.

Prisioneros del deseo

Cuando una sociedad y una economía funcionan con base

prioritaria en el consumo exacerbado, superfluo e indiscriminado, sus ciudadanos mutan de esta condición a la de consumidores, como apuntaba con su habitual lucidez el sociólogo polaco Zygmunt Bauman (1925-2017)[5]. Antes que ciudadanos se los considera (y terminan por considerarse a sí mismos) como usuarios, clientes, compradores, consumidores. Son parte de un mercado antes que de una comunidad. Ese mercado necesita consumidores activos, insaciables. Y los necesita insatisfechos. Para esto es importante crearles y estimularles continuamente nuevos deseos. La función del deseo es desear, de manera que una vez saciado uno aparece de inmediato el siguiente. A diferencia del deseo, que es hijo de la insatisfacción, la necesidad se calma una vez atendida, y sobrevienen la tranquilidad y la armonía, sobre todo la interna. Quien está satisfecho cesa de buscar y de consumir. Tiene lo que necesita. Está en condiciones de explorar la vida con el corazón en paz. Quien es presa del deseo suele vivir angustiado por la ansiedad de que este no pudiera cumplirse, o inquieto porque una vez cumplido no resultó ser lo que prometía. El deseo echa raíces en un vacío imposible de llenar. El vacío existencial. La economía del consumismo necesita que ese vacío sea permanente y masivo.

Se suele afirmar con carácter de dogma que así funciona el capitalismo y que no hay vida fuera de él. Que gracias al círculo incesante del consumo se generará la riqueza que desbordará la copa y lloverá sobre todos. “En el curso de los tres siglos anteriores un crecimiento económico sin precedentes (en la sociedad occidental) nos hizo más ricos, masivamente más ricos, pero apenas más felices”, responde el belga Christian Arnsperger (doctor en Economía por la universidad de Lovaina e investigador de temas éticos y filosóficos). “No carecemos de nada, salvo de plenitud”, agrega y se pregunta: “¿Qué es lo que no funciona? En pocas palabras: jugamos el juego del capitalismo porque el miedo al vacío y a la muerte nos obsesiona”.

Arnsperger propone una economía existencialista, en la cual prevalezcan los valores relacionales por sobre los de riqueza, crecimiento y consumo[6]. Todos escuchamos una y mil veces la palabra crecimiento en boca de gobernantes, economistas, políticos, analistas y opinólogos, pero tenemos escasa o nula experiencia real de lo que eso significa en nuestra vida, en nuestras relaciones, en nuestros proyectos existenciales. Arnsperger se pregunta si el capitalismo "es así", como se afirma casi autoritariamente, o si "lo hacemos así" con nuestra manera de vivir. "No se trata de que riqueza y crecimiento no tengan ningún lugar, dice, sino de que deberían tener un segundo lugar, después de aquello que contribuya a la dimensión de sentido de nuestra vida".

Deber para vivir

El economista y pensador belga observa una relación directa entre nuestra percepción de la finitud de la vida y el consumismo. Nos angustia la idea de que inevitablemente vamos a morir, dice, y por lo tanto buscamos desesperadamente formas de prolongar la vida. Cuantas más cuotas me queden por pagar, más larga será mi vida, porque no podré morir sin saldar la deuda. Cuantas más cosas adquiera y acumule, aunque no sepa para qué, más posibilidades de longevidad, porque misteriosamente se me proveerá del tiempo necesario para usarlas, aunque hoy no tenga cuándo ni cómo hacerlo. Por otro lado, quien me estimula a desear y me incita a consumir endeudándome, me está diciendo, de alguna manera, que confía en mi larga vida, porque de lo contrario no me propondría la transacción que me convertirá en su deudor. Por lo demás, aunque el precio de contado sea más barato, no es común disponer de semejante cantidad de efectivo como para comprar todo de esa

manera. Y, desde este modelo mental, no tener deudas es casi equivalente a no tener tiempo de vida por delante. Así que la consigna es consumir y endeudarse. Mientras hay deuda hay vida.

Bauman y Arnsperger coinciden en relacionar la compulsión al consumo con la insatisfacción y el vacío existencial. Así, el capitalismo viró desde un modelo basado en la manufactura y elaboración, en el que se producía para las necesidades, a uno de consumo, en el que se acumulan el derroche y los desechos mientras se procura saciar apremios y adicciones que nunca cesan. El primer capitalismo liberaba al atender necesidades, dice Arnsperger. El segundo aliena. El desafío es encontrar un modelo económico al servicio de las personas y no al revés, como viene ocurriendo.

3. Peter Singer, *Liberación animal*, Taurus, Barcelona, 2011.
4. psicologiaymente.net
5. Zygmunt Bauman, *Vida de consumo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.
6. Christian Arnsperger, *Crítica de la existencia capitalista*, Edhasa, Buenos Aires, 2006.

Anómicos

Escenas que a fuerza de repetirse parecen naturales. Alumnos que toman colegios para imponer autoritariamente sus propios criterios educativos, constantes piquetes de quienes invocando un derecho anulan los derechos de otros (a trabajar, a circular, a llegar, a estar), sindicalistas que prometen incendiar todo si deben someterse a la justicia, profesionales dedicados a elaborar complejos de ingeniería contable para que más personas evadan sus obligaciones fiscales, legiones de conductores que transgreden todas las normas de tránsito y se irritan ante la sanción, miles de pasajeros que viajan en los trenes sin pagar el boleto saltando o eludiendo molinetes, boliches de todo tipo que tienen un presupuesto dedicado al pago de coimas antes que al cumplimiento de normas legales, basura que se arroja fuera de horario y en cualquier lugar, tierras que se ocupan o se reclaman en nombre de derechos improbables o no contemplados por la ley, hinchadas que invaden la cancha si su equipo va perdiendo. Esta lista podría prolongarse hasta el infinito o hasta el aburrimiento. Y cada nueva entrada sería otro ejemplo de lo mismo. La afición nacional a vivir por encima o al margen de la ley. O contra ella.

No hay magia que lleve a las sociedades a desarrollarse y

alcanzar estándares de vida que permitan a sus ciudadanos desplegar sus proyectos y fortalecer sus recursos para una vida más plena. Los niveles de desarrollo económico, social, intelectual y moral son resultado de largos procesos durante los cuales normas, reglas y leyes cumplen un papel fundamental. No todas las normas están escritas, ni todas las reglas se establecen como leyes en un sistema jurídico. En un trabajo de contundente claridad, aguda fundamentación y sólido contenido moral, cuya lectura es siempre necesaria, el jurista y filósofo Carlos Nino (1943-1953), prematura y lamentablemente fallecido, recuerda que las normas o reglas pueden ser morales, jurídicas o legales, pueden ser costumbres, reglas de juego, reglas técnicas, gramaticales, etcétera[7]. El incumplimiento de algunas de ellas puede perjudicar solo a una persona, a varias, o a un grupo. No son obligatorias en un sentido extendido que abarque a toda la sociedad. Otras, en cambio, comprenden a la comunidad en su conjunto, y su continua evasión, transgresión o incumplimiento se traducen en anomia. El padre de este concepto (una palabra de origen griego que denomina la falta de normas y leyes o el incumplimiento absoluto de las mismas) fue el francés Émile Durkheim (1858-1917), a quien se considera fundador de la sociología.

Súbditos de la ley

Hay normas sociales, como las reglas de etiqueta, que son respetadas por un grupo; normas religiosas, que regulan las conductas de los creyentes de una fe; normas morales, que sin estar escritas comprenden los valores que deben regir las relaciones humanas para que estas se carguen de trascendencia y sentido; y normas jurídicas, a las que conocemos como leyes, fijadas por legisladores y administradas por jueces, que organizan la vida de la

sociedad. El desconocimiento de estas últimas (o su trampeo permanente) es el corazón de la anomia. Y su consecuencia inmediata, la descomposición moral de la sociedad.

Las leyes son el producto de pactos sociales y morales que, a través de la historia, permitieron a la humanidad en su conjunto y a sus sociedades, en especial a las más avanzadas desde el punto de vista ético y educativo, crear redes de cooperación y de convivencia. Las leyes nos limitan a todos, nos recuerdan que no podemos hacer lo que se nos antoja ni cómo se nos antoja, nos adjudican derechos y (esto no debe ser olvidado) nos señalan que tenemos deberes. Nos limitan para bien de la comunidad. Las leyes no son buenas cuando nos favorecen y desechables cuando nos penan. El gran filósofo chino Confucio decía que "es hombre quien imponiéndose a su yo se somete a la ley de las convenciones sociales". Del mismo modo el mejor conductor no es el vivillo que burla todos los límites y reglas sino el que se detiene ante los semáforos en rojo y estaciona en lugares permitidos, porque sabe que, de esa manera, contribuye a mejorar el tránsito y hacerlo más seguro, aunque deba resignar parte de su tiempo y de su comodidad.

Cuando la anomia es extendida y se convierte en hábito cultural, se termina imponiendo la ley del más fuerte, que prescinde de jueces y justicia. Si se aspira al avance de una sociedad, se trata de mejorar las leyes y no de ignorarlas. El filósofo y economista John Stuart Mill (1806-1873), uno de los padres del liberalismo, señaló al respecto: "Las leyes no se mejorarían nunca si no existieran numerosas personas cuyos sentimientos morales son mejores que las leyes existentes".

Ya en el siglo VI a.C., el celebrado poeta griego Píndaro decía que la ley reina por sobre todas las cosas. Y que su primer súbdito debe ser el gobernante, porque la ley nació para establecer un orden en la convivencia de la sociedad humana. Por eso su función

es restringir a cada uno para el bien de todos. Cumplir con la ley, conviene repetirlo, significa siempre resignar. Las leyes no se crean para beneficiar a uno en contra de otros, porque cuando se aplican de esa manera se instala la injusticia. Y esto incluye a todos, sin distinción de funciones y estratos sociales y económicos. Warren Bennis (asesor de cuatro presidentes estadounidenses: Kennedy, Johnson, Carter y Reagan) advertía contra el uso de la ley como un arma y no como una herramienta. Un fuerte llamado de atención a jueces y gobernantes.

La anomia boba

Un subproducto de la anomia argentina es la viveza criolla que, a mediano y largo plazo, siempre se verifica como una forma de estupidez, porque no solo daña al conjunto, sino que suele terminar por perjudicar incluso al "vivo". Carlos Nino bautizó a la que vemos en la Argentina como "anomia boba". Y la definió como una ilegalidad sin objetivo, que no se propone satisfacer lo que la ley no satisfizo, sino que en definitiva resulta nociva y disfuncional para la sociedad en su conjunto. "El estado de anomia —escribía— es un fenómeno morboso al que puede atribuirse la generación de conflictos y desórdenes y, por último, la pérdida de la libertad". La anomia boba, insistía el jurista, es la madre de la ineficiencia porque el incumplimiento permanente y generalizado de las normas y leyes no hace que alguien esté mejor sin llevar a que otros estén peor, sino que produce que sean muchos los que estén peor.

La relación entre anomia e ineficiencia no es un dato menor. La anomia dinamita las aspiraciones comunes de una sociedad, disocia esas aspiraciones y propósitos de la manera de plasmarlos. Ninguna sociedad puede aspirar a ser madura y a crear un ámbito en el que

la diversidad y las diferencias encuentren modos de articularse, si su comportamiento en todos los campos y niveles está atravesado por la anomia. El valioso pensador inglés Tony Judt (1948-2010) advertía: “Cuando valoramos menos lo público y común que lo privado, terminamos por no entender por qué hemos de valorar más la ley (bien público por excelencia) que la fuerza”. Las conclusiones son obvias y las vivimos día a día.

7. Carlos Nino, *Un país al margen de la ley*, Ariel, Buenos Aires, 2011.

Aturdidos

En la primera semana de noviembre de 2017 numerosos vecinos del conurbano de la ciudad de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, manifestaban públicamente su hartazgo ante un martirio al que se hallaban sometidos. Pasaban noches en vela, privados de sueño, debido al ruido que los atacaba desde distintos frentes: boliches, disturbios, gritos y otras fuentes de las que abundan en la vida cotidiana. No era solo un problema de ellos. El fenómeno se extiende como epidemia y suele aceptarse con resignación, como si nuestro destino fuera vivir en el bullicio, ensordecidos, torturados por semejantes desbordados. Invisible a los ojos, imposible de ser ignorada por los oídos machacados, la contaminación sonora hoy es grave y endémica. Una característica mortificante de la sociedad contemporánea. Siempre hubo ruidos en el mundo. Cantan los pájaros, ladran los perros, maúllan los gatos, tienen sus propios sonidos los truenos, las mareas, las cascadas, el viento. Sin ir más lejos, la propia voz humana es sonora. Con ella hablamos, gritamos, cantamos, lloramos, emitimos carcajadas.

Pero acaso nunca como en estos tiempos hubo semejante cantidad de sonidos artificiales (motores, baterías, obras en

construcción, sirenas de patrulleros, bomberos y ambulancias, altavoces, parlantes en autos que parecen boliches rodantes, bocinazos, turbinas de aviones, maquinarias diversas). Y no solo los que todos escuchamos, sino además los de quienes, taponándose los oídos con auriculares, se aturden con sonidos que les van destruyendo paso a paso los tímpanos al tiempo que los aíslan del mundo, de sus semejantes y del acontecer que los rodea. Aunque en apariencia esto último pueda no afectar a terceros, de hecho sí lo hace. Porque la consecuencia a mediano plazo (ya anunciada por especialistas en la cuestión) será una vasta legión de hipoacúsicos. Es decir, otro problema de salud pública a solventarse con los impuestos que todos pagamos. Además de secuelas como accidentes, incapacidades laborales y, cerrando paradójicamente el círculo, la necesidad de elevar de manera perturbadora el volumen de todos los sonidos para que puedan ser percibidos por las víctimas de esta sordera autoinfligida. Es decir, más ruido, más contaminación.

Encuentro interior

El problema con los sonidos artificiales (producto del accionar humano) es que continuamente se crean artefactos que permiten aumentar su intensidad, sin tomar en cuenta límites ni consecuencias. En boliches y recitales, por ejemplo, la calidad de la música es absolutamente secundaria, lo que importan son los decibeles a los que se emiten. Se trata de escuchar ruido. Ni melodía ni mucho menos voces (de paso, el diálogo y la conversación son habilidades que están en franca desaparición). Solo ruido.

El sacerdote holandés Henri Nouwen (1932-1996), hombre de profunda espiritualidad reflejada en la treintena de libros que

escribió, dedicó buena parte de su vida a trabajar con discapacitados mentales, a los que amaba y ayudaba, mientras observaba con agudeza y serenidad el mundo en que vivimos. En uno de sus bellos textos apunta Nouwen: “Uno de nuestros muchos problemas en esta ruidosa sociedad es que el silencio se ha transformado en causa de miedo. Para mucha gente el silencio crea incomodidad y nerviosismo. Muchos experimentan el silencio no como pleno y enriquecedor, sino como vacío e inútil. Para ellos es como un vacío que puede tragarlos”[8].

Que quienes están acostumbrados a vivir en el ruido, en el bullicio, en el batifondo teman al silencio es algo que tiene su lógica. Vivir en el ruido, siendo además uno de los responsables de provocarlo, de aumentarlo, o de desparramarlo, es vivir afuera de uno mismo. El ruido es externo, entra en nosotros a través de los oídos. No hay ruido interno, salvo el que solo puede captar un médico con el estetoscopio al auscultar el funcionamiento de nuestros órganos. Y, sin embargo, es en ese silencio interno en donde reside el peligro al que se teme. Es que allí se oyen voces que nadie más puede escuchar. La de nuestra conciencia, la de las necesidades postergadas, la de aspectos propios que piden ser atendidos. Allí resuena también el eco de las preguntas que la vida nos viene haciendo acerca de temas fundamentales de nuestra vida, y a las que no hemos respondido.

La cuestión con el silencio, en fin, es que nos quedamos a solas con nosotros mismos. Cuando estamos al día con nuestras cuestiones esenciales, porque hemos sido conscientes y les hemos dedicado atención, presencia y energía, se trata de un silencio pacífico, balsámico, en el que podemos permanecer. Pero si no estamos al día con aquellas cuestiones, será muy incómodo y angustiante. Y entonces nos lanzaremos de cabeza al ruido, al bochinche, cuanto más ensordecedor, mejor. O peor.

Cabría pensar, entonces, que hay una relación entre lo ruidosa

que es una comunidad, o una sociedad, y su estado mental y emocional. Se trata de una relación inversamente proporcional. Y resulta curioso, desde esta perspectiva, que todo el ruido que nos rodea y nos apabulla no tenga como objetivo ser oído, sino, por el contrario, impedir que se escuche lo que de veras hay que escuchar. Un hecho por el cual cobra más valor aquel consejo de Ludwig van Beethoven (1770-1827), el genial padre de la *Novena Sinfonía*, *Missa Solemnis* y *Concierto para violín*, entre tantas obras que cambiaron la historia de la música, quien decía: "Nunca rompas el silencio si no es para mejorarlo".

Silencios y silencios

Hay un silencio que se impone autoritariamente. Es el que aplican aquellos poderosos que no quieren escuchar lo que otros pueden denunciar de ellos. Es el silencio que cercena libertades. Ese silencio esteriliza, es infecundo. Pero existe otro, elegido y necesario. Un silencio preñado de significados, en el que germinan ideas, proyectos, sueños, en el que se fortalecen los dones. De este escribe Henri Nouwen: "El silencio es el hogar de la palabra; en él ella se fortalece y fructifica. Hasta podríamos decir que la función de las palabras es revelar el misterio del silencio del cual provienen".

Esto es así porque en el silencio elegido y nutricio el pensamiento encuentra oxígeno. Y, como alguna vez señaló Mahatma Ghandi, debemos detenernos en nuestros pensamientos, forjarlos con cuidado y dedicación, porque se harán palabras, las palabras se harán actos, los actos se harán costumbre, la costumbre se hará carácter y el carácter forja finalmente el destino.

Quizás aquellos vecinos que se movilizaban contra el ruido estaban defendiendo algo más que su salud física y mental.

Bregaban por la recuperación de un silencio que significa respeto, intimidad, privacidad y mejores destinos para todos. Incluso para los ruidosos.

8. Henri J. M. Nouwen, *Semillas de esperanza*, Lumen, Buenos Aires, 2002.

Irrespetuosos

Escenas de la vida cotidiana. Una mujer joven en la silla de un bar recoge las piernas y pone la suela de sus zapatos sobre el asiento, sin importarle que allí se sentará alguien después. Dos muchachos conversan en la puerta de un edificio, sentados en el piso, estirados cuán largos son, interrumpen el paso, pero no se mueven cuando alguien intenta entrar o salir. Un conductor bebe una gaseosa en lata detenido ante un semáforo, al encenderse la luz verde saca la mano por la ventanilla, arroja el envase a la calle, arranca y se va. Varias personas esperan en una larga fila para realizar un trámite, una de ellas se aleja un instante para averiguar algo y cuando regresa su lugar ha sido ocupado por alguien que se hace el desentendido. En una vereda estrecha un supermercado obstruye el paso atravesando el camino con un cartel en el que anuncia ofertas, mientras unos metros más allá las mesas de un bar clausuran por completo el camino de los transeúntes. En plena mañana, y fuera del horario permitido, un camión descarga mercaderías estacionado en la vereda, obligando a los peatones (muchos de ellos personas ancianas o mamás con hijos pequeños) a bajar a la calle y someterse a riesgos para avanzar. Un motociclista, a su vez, sube a la vereda con la moto, la usa de pista, la gente lo

esquiva mediante exigentes piruetas, y finalmente estaciona su moto junto a muchas otras que, como la suya, seguirán interfiriendo el paso. Tras el motoquero vendrá una ciclista que también convirtió en cómoda pista lo que es el sendero legal de los caminantes y los obligará a dejarle paso para no ser embestidos. En esa misma calle y ese mismo barrio, varios vecinos sacarán la basura en el horario que les venga cómodo y no en el estipulado, la dejarán en cualquier lugar y contribuirán a la contaminación del espacio que ellos mismos habitan. Más allá alguien viene caminando con los oídos obturados por un par de audífonos y la vista fija en el celular mientras teclea a todo trapo un mensaje, y, sin observar a nada ni a nadie, choca primero con una persona y luego embiste con su hombro a una señora haciéndole caer la bolsa que esta lleva en la mano, pese a eso no detiene su marcha ni pide disculpas. A todo esto, en el bar de la esquina, en diferentes mesas, algunas personas intentan conversar, pero es inútil, porque alguien habla por su celular a los gritos invadiendo todo el espacio aéreo y auditivo y poniendo a todo el mundo, quiéranlo o no, al tanto de sus temas y disputas comerciales, barriales, afectivas, domésticas o profesionales. En una noche de la semana alguien festeja algo en su departamento, invita amigos, ponen la música a máximo volumen hasta la madrugada, se ríen y hablan a los gritos, como si estuvieran en el desierto y no rodeados de vecinos que necesitan descansar. Mientras tanto, en redes sociales y foros de internet personas que se ocultan tras seudónimos se agreden e insultan con inaudita violencia verbal por los motivos más diversos.

El cemento que nos une

Son todas escenas de la vida cotidiana. Un breve muestrario de situaciones que, en realidad, son síntomas. Muestran de qué

manera se instaló un modo de vida y de interrelaciones en el cual predomina la falta de respeto. No es solo una cuestión de urbanidad y modales, aunque estos ayuden a convivir mejor, a gastar menos energía en fastidios evitables. Lo que parece superficial (el comportamiento, los modos) refleja una forma de ver el mundo y de tomar en cuenta o ignorar al otro.

El otro no es un fantasma ni una sombra. Es el prójimo. Aunque parezca una palabra antigua y obsoleta, prójimo significa próximo (deberíamos leer su jota como equis, del modo en que leemos la equis de México como jota). Los prójimos son aquellos con quienes compartimos una familia, un consorcio, una calle, un barrio, una tribuna, un evento, un espacio laboral o profesional, una ruta, una vecindad, una comunidad, una ciudad, un país. Cuando nos mira, nos habla, nos escucha, nos nombra, el prójimo confirma nuestra existencia. Y viceversa. En su poema "Próximo Prójimo", incluido en el libro del mismo nombre, dice el gran poeta Mario Benedetti (1920-2009): *prójimo en que me amparo/ tu compacta amistad/ tu vida un tanto mustia/ tu faro de confianzas/ tus vísperas de solo/ son para mí el contorno imprescindible*[9]. Una hermosa síntesis.

El respeto es el cemento que une, sostiene y da forma a los ladrillos con los que construimos la convivencia. Cuando esto falta, esa convivencia se deteriora y tambalea, los campos de cooperación se transforman en campos de confrontación, ya no importa cuidar lo que es común (espacios, hábitos, tradiciones, valores, proyectos, visiones), se impone el vale todo y el "primero yo". Esto es exactamente lo opuesto de lo que el filósofo lituano Emmanuel Lévinas (1906-1995), autor de *Humanismo del otro hombre*[10], entre otras obras profundas, señalaba como base de la moral. Una frase de cuatro palabras: "Usted primero, por favor". Ella contiene la esencia del respeto.

Una obligación moral

Respetar significa reconocer la existencia del otro. No solo la existencia física, sino su condición de ser viviente y, como tal, su dignidad. Por eso el respeto no es solo hacia las personas, sino hacia todo lo que vive. Y nace de lo que se conoce como "La Regla de Oro", una máxima que se atribuye a Hillel el Viejo (110 a.C.-10 d.C.), rabino que, se dice, tuvo a Jesús como discípulo. Está en la base de casi todas las religiones y se expresa así: "Trata a los demás como deseas ser tratado". O así: "No trates al otro como no quieres que te traten".

El ejercicio de esta Regla no tiene requisitos previos. No es necesario conocer a la otra persona (o al otro ser), no se precisa tener una relación con ella y ni siquiera una base afectiva. Hasta es posible que solo nos crucemos por un instante y nunca más en la vida volvamos a vernos. El respeto es una obligación moral. Se diferencia del amor, en que este se construye en el tiempo y a lo largo de diversas circunstancias compartidas (gozosas y dolorosas), echa raíces gracias a experiencias en común, y es fruto de un mutuo proceso de conocimiento. No es obligatorio amar a todos todo el tiempo. Ese voluntarismo (u obligación) hace del amor una abstracción que no encarna, carente de rostro y de cuerpo. Pero sí es obligatorio el respeto universal como base de toda construcción humana.

El respeto encarna. No se es respetuoso en el aire, sino ante el otro. A las escenas con que se inicia este texto (reales, fruto de lo que este columnista vive y observa) se les puede agregar decenas de ejemplos. Todas ellas denuncian que hoy en nuestra sociedad hay un grave default de respeto. Erich Fromm (1900-1980), el pensador suizo a quien se deben obras fundamentales como *El arte de amar*[11], El *miedo a la libertad*[12] o *Del tener al ser*[13], decía: "Respeto no significa temor y sumisa reverencia; denota, de

acuerdo con la raíz de la palabra (*respicere*: mirar), la capacidad de ver a una persona tal cual es, tener conciencia de su individualidad única. Respetar significa preocuparse por que la otra persona crezca y se desarrolle tal como es. De ese modo, el respeto implica la ausencia de explotación". Es decir, ver en el otro a una persona y no a un objeto del que me puedo desentender. O al que puedo invadir, desoír, maltratar o ignorar.

9. Mario Benedetti, *Próximo prójimo*, Visor, Buenos Aires, 1985.
10. Emmanuel Lévinas, *Humanismo del otro hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.
11. Erich Fromm, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1984.
12. Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Buenos Aires, 2007.
13. Erich Fromm, *Del tener al ser*, Paidós, Barcelona, 2007.

Privilegiados

Al final del día cada uno de nosotros es protagonista de un milagro del cual no solemos ser conscientes. Ese milagro consiste en acostarnos, como cada noche, en la misma cama en la cual amanecimos al iniciarse la jornada. Es milagroso haber atravesado el día y haberlo sumado a nuestra vida. No hay ningún contrato, ninguna promesa firmada que nos haya asegurado que esto iba a ocurrir. Cada día que comienza puede ser el último. ¿Cómo saberlo? Es imposible. ¿Cómo preverlo? No hay manera. Somos criaturas frágiles que viven en la incertidumbre por mucho que intenten ignorarlo o disimularlo o que procuren huir hacia adelante aturdiéndose con barullo, diversión artificial, consumismo galopante o diferentes formas de pasatismo.

En sus últimos momentos de vida los discípulos que lo rodeaban le pidieron un consejo póstumo a Platón (427 a.C.-347 a.C.), el filósofo que, junto a su maestro Sócrates y su discípulo Aristóteles, puso en la antigua Grecia los pilares que aún sostienen al pensamiento occidental. La respuesta, simple y directa, sigue siendo motivo de discusiones filosóficas. “Aprendan a morir”, respondió. Muchos siglos después de esto, un practicante de meditación visitó un monasterio zen en la India y preguntó al abad

si podía estudiar con él. “¿Estás preparado para morir?”, inquirió el monje. La respuesta del visitante fue negativa: “No vine a morir, sino a aprender zen”. Ante lo que el abad remató: “Si no estás preparado para morir, no estás preparado para vivir. Regresá cuando estés preparado”.

Este último episodio es narrado por Stephen Levine, poeta, profesor de filosofía y de budismo, en su libro *¿Quién muere?*[14]. De acuerdo con su relato, uno de sus mejores amigos fue el frustrado visitante del monasterio. Levine falleció el 17 de enero de 2017, a los 78 años, en su casa de San Francisco, California, desde donde, junto a su esposa Ondra, dedicaron las cuatro décadas de su vida en común a investigar todos los aspectos de la meditación y a acompañar los procesos terminales en la vida de cientos de personas. Había abordado esta especialidad hacia los años 60 del siglo pasado, cuando conoció a la médica suiza Elisabeth Kübler-Ross (1926-2004), autora de la conmovedora *La rueda de la vida*[15], acaso la mayor autoridad en la materia.

Actualizar el pasaporte

Levine escribió una obra ya clásica titulada *Un año de vida*[16], fundamento posterior de un movilizador trabajo grupal. El libro narra una experiencia que él mismo vivió. Tras escuchar en una entrevista que alguien le preguntaba al Dalai Lama cuáles eran sus próximos planes, el líder espiritual tibetano respondió: “Tengo 58 años y es hora de prepararme para la muerte”. Eso ocurrió hacia 1995, en pleno diciembre, cuando se acercaba el comienzo de un nuevo año. Levine se preguntó entonces cómo sería su propia vida si supiera que el año por iniciarse resultaría el último. Y se propuso vivirlo como si lo fuera.

Al rememorar la experiencia dijo que se trataba, en principio, de

algo así como tramitar la actualización del pasaporte, aunque tanto el destino del viaje como el día y la hora de partida le fueran desconocidos. Y luego puntualizó que, contra todo lo que se pudiera esperar, la experiencia no lo limitó, sino que lo hizo sentir más libre. Al tomar conciencia de que le quedaba solo un año por delante sintió con mayor profundidad el valor de estar vivo, abrió su creatividad y su imaginación para transitar las horas y los días. Dejó de lado muchos temores que, como a todas las personas, lo paralizaban o llenaban de dudas. “El problema no es tanto la muerte, reflexionó, sino el temor a la vida”.

Su agenda existencial en ese año, mientras compartía esta vivencia con su mujer, incluyó cuestiones fundamentales. Una de ellas fue el agradecimiento. Advirtió que había muchas personas a las que tenía que agradecerles cosas, por muy pequeñas que fueran, que habían enriquecido su vida. Comenzó a hacerlo. Algunas eran personas cercanas a él en la cotidianidad, otras no, de manera que a estas tuvo que buscarlas para contactarse. Otra cuestión fue la del perdón. Se dio cuenta de que estaba empantanado en una serie de resentimientos y vendettas irresueltas que, observados desde el final del camino, no merecían ni la atención ni la energía que le consumían. Tomó los casos que consideró perdonables, vio que eran muchos, imaginó diálogos con esas personas, en los cuales les hablaba del dolor y las heridas que le habían causado y también abrió espacio en su imaginación para escuchar las respuestas y para permitirles disculparse con él.

Esto trajo una consecuencia. Pensó también en las personas por las cuales quería ser perdonado, pues reconoció que las había lastimado. Imaginó cómo podía reparar sus faltas. Y descubrió lo difícil que le había resultado este acto de humildad cuando ignoraba que estaba viviendo su último año. Como tercera medida hizo un balance de deudas pendientes, monetarias o no. Y se propuso pagarlas, con cheques cuando era lo que correspondía, o

con actos cuando eran deudas morales. “La reparación alimenta el corazón y apacigua la mente”, escribió al respecto.

En simultaneidad con estas y otras acciones, Levine llevó un diario del último año de su vida. Ese diario, según él, no solo le sirvió para comprender con mayor profundidad su propia experiencia, sino que, durante el proceso, le resultó útil en momentos de desazón y tristeza. Estos momentos existieron y tenían razón de ser. Tiempo después Levine convocó a varias personas a participar de un grupo que se prolongaría durante un año en el que harían la misma experiencia que habían efectuado él y Ondra. La propuesta consistía en reunirse una vez por semana a compartir las sensaciones, emociones y reflexiones que iban produciendo en ellos el hecho de vivir, en plena conciencia, el “último año”. Varios de los integrantes del grupo abandonaron en el camino, no pudieron con la vivencia, no soportaron la idea de estar transitando sus últimos días.

Despiertos y conscientes

Levine tuvo un gran amigo y compañero de ruta, llamado Ram Dass (cuyo nombre original es Richard Alpert, doctorado en psicología y profesor en Harvard antes de convertirse en maestro espiritual como producto de una larga experiencia en la India). En un bello libro (*Aquí todavía*[17]) en el que analiza el proceso de cambiar, envejecer y morir, Ram Dass, octogenario en el momento en que escribo estas líneas, se pregunta por qué deberíamos esperar la conmocionante noticia de que empieza nuestro último año para vivir como podríamos vivir siempre, si prestáramos más atención a nuestros afectos, si reparáramos nuestras faltas, si agradeciéramos, si escucháramos a los otros, si no dilapidáramos tiempo y energía en cuestiones banales, si nos concentráramos en lo importante

antes que en lo urgente, si acariciáramos y besáramos más, si cambiáramos rencores por proyectos. Es decir, si viviéramos despiertos y conscientes en lugar de transcurrir anestesiados y distraídos. Si, en fin, advirtiéramos que cada día vivimos un milagro e iniciáramos el día siguiente poniéndonos a la altura de ese privilegio.

14. Stephen Levine, *¿Quién muere?*, Era Naciente, Buenos Aires, 1993.
15. Elisabet Kübler-Ross, *La rueda de la vida*, Byblos, Barcelona, 2004.
16. Stephen Levine, *Un año de vida*, Los Libros del Comienzo, Madrid, 2001.
17. Ram Dass, *Aquí todavía*, Kairós, Barcelona, 2004.

Inciertos

En la villa de Jaen, en España, el Castillo de Segura funcionó durante muchos años como cárcel. No resultaba, por cierto, de las más rigurosas, y quienes eran destinados allí solían salir pronto en libertad. Se decía entonces que cuando a alguien lo llevaban preso a Segura no sufriría demasiado. “A Segura se lo llevaron preso”, era una frase que transmitía desconfianza en la justicia. Con el paso del tiempo y con su extensión en la geografía, hasta llegar incluso a nuestro continente, aquel refrán sufrió algunos cambios y hoy se lo recita como “A Seguro lo llevaron preso”. El cambio en la vocal final significó también una transformación en el significado. La frase se usa actualmente para señalar que nadie está a salvo de nada.

“A Seguro lo llevaron preso” puede considerarse en estos días como la frase insignia de la inseguridad. Y ya no solo de la que atañe a cuestiones criminales o a la irrupción de la violencia, sino a cualquier tipo de certeza en cualquier ámbito de la vida. Vialidad, salud, uso de la tecnología, transportes, relaciones humanas. Se mire por donde se mire, pareciera que vivimos rodeados de peligros y acechanzas. No deja de resultar paradójico en un tiempo en que la tecnología y sus gurúes prometen seguridades que, al

parecer, no pueden brindar. El ensayista e investigador libanés Nassim Nicholas Taleb, miembro del Instituto de Ciencias Matemáticas de la Universidad de Nueva York, advierte que habitamos un mundo en el que predominan los “fragilistas”. Así denomina a quienes necesitan orden y previsibilidad para funcionar en cualquier plano de la vida. Los que huyen despavoridos del imponderable, de lo que está fuera de cálculos, de lo aleatorio y, ni hablar, del azar[18].

Nuevos demiurgos

Los “fragilistas”, piensa Taleb, creen ciegamente en cálculos y previsiones que ellos consideran “científicos” y “racionales” y en los que fundan su ilusión de que la realidad es predecible y dominable. Aunque se ríen de prácticas que consideran “no científicas”, como podría ser la astrología, se dedican a esto mismo, solo que lo llaman de una manera diferente. De ese modo nacen disciplinas como la llamada “gestión de riesgos”, a la que se suele definir como una serie de procesos que cuantifican y predicen peligros que se ciernen en el camino de un proyecto (generalmente de orden económico, tecnológico, organizacional, laboral, sanitario y, últimamente, también político). Los gurúes de esta práctica aseguran que pueden anticiparse a los hechos y desbaratar cualquier albur. Serían, entonces, modernos demiurgos, término con que se denominaba en la antigua Grecia a las divinidades creadoras del universo y capaces de manejar sus leyes. Para muchos conocedores, la astrología suele pretender menos que esto y obtener radiografías más precisas sobre lo que puede ocurrir a lo largo de ese viaje existencial cuyo mapa es la carta natal.

Una de las razones más sencillas por las cuales no se pueden plantear seguridades absolutas sobre el futuro, ni montarse en la

pretensión de prever todos los riesgos posibles, es que solo conocemos lo que ha ocurrido, pero no lo que ocurrirá. La experiencia de cualquier humano se remite al pasado. Es cierto que algunas cosas se repiten en ciertas circunstancias, pero muchas otras ocurren por primera (y a veces única) vez y no se sabía nada de ellas ni eran esperables. Son las que el propio Taleb definió como "cisnes negros". Y toda declaración de certeza o ilusión de seguridad total están siempre bajo la sombra de un "cisne negro".

El autor de *Antifrágil* llama "turistización" a la quimera de una vida segura y a salvo de riesgos. Con ese término define a la conversión de toda actividad en algo guionado y programado hasta en sus mínimos detalles, para que no haya sobresaltos y se pueda saber de antemano qué va a pasar. Es una vida que nunca se ve en perspectiva y profundidad, holísticamente, sino que se vive de breves tramos, como quien se va sosteniendo de agarraderas. Así viajan los turistas, dice Taleb, a diferencia de los viajeros, que se aventuran a explorar territorios con la expectativa de ampliar horizontes geográficos y existenciales más allá del andador. Esta última actitud es la que permitió al ser humano sobrevivir y expandir su mirada y sus experiencias, descubrir lo desconocido, integrar culturas, saber en dónde vive y para qué. Y lo hizo siempre, en todos los tiempos, corriendo riesgos y rodeado de peligros conocidos y desconocidos.

Hay inseguridades e inseguridades. Algunas son controlables o reducibles, como las vinculadas al crimen y la violencia, a las conductas viales, al manejo de herramientas y artefactos, a la manipulación científica y tecnológica (Chernobyl, los embriones humanos), al comportamiento doméstico y en eventos públicos. En todos esos casos existen responsables, y cuando estos fallan por error, especulación u omisión, se convierten en culpables.

Corazón hambriento

El filósofo y teólogo británico Alan Watts (1915-1973) escribió, a su vez, que la ansiedad desbocada de nuestra era deviene del deseo de vivir en el futuro, de adelantarse a los hechos, de tener seguridad sobre lo que vendrá[19]. Buena parte de la inseguridad que padecemos no obedece a factores externos y objetivos, sino a procesos internos y subjetivos. Por eso no hay seguros, blindajes, cámaras, horóscopos, predicciones, disciplinas presuntamente científicas ni descubrimientos tecnológicos que establezcan cierta calma y tranquilidad. Por mucho que se le ofrezca a la razón y a la lógica, dice Watts, el corazón está hambriento. Quiere todo el futuro y lo quiere seguro. No es posible.

El filósofo escribe: "La ciencia, lenta e inciertamente puede darnos un futuro mejor… durante algunos años. Luego todo terminará para cada uno de nosotros. Por mucho que lo prolonguemos, todo lo que está compuesto debe descomponerse". Esa es la verdadera certeza. ¿Qué hacer ante ella? Allí aparece lo que este pensador llamó la sabiduría de la inseguridad. Al recordarnos que no tenemos el control sobre todo, que no somos dioses, que la incertidumbre nos rodeó, nos rodea y nos rodeará siempre, la inseguridad nos inclina a pensar en lo que de veras importa. El sentido de nuestra vida. ¿Para qué vivimos? ¿Qué huella dejará nuestra existencia en otros y en el mundo? ¿Qué habremos hecho para dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos? ¿Vivimos para algo? ¿Nuestra vida mejora la vida de alguien?

Es difícil explorar las respuestas a estas preguntas decisivas si toda nuestra atención está puesta en el control, en la búsqueda de anticipar el futuro, en la obsesión por adelantarse a todos los riesgos, reales o imaginarios. Watts propone dejar de convertir la vida en una huida y el mundo en un refugio. No alejarnos de la

experiencia de vivir, de fluir con suavidad y adaptabilidad en el mar de las circunstancias. Huir, escondernos, atajarnos, prevenirnos permanentemente nos hace rígidos, dice. Nos hace perder integridad. Y nada nos garantiza. Porque, como bien se sabe, a Seguro lo llevaron preso.

18. Nassim Nicholas Taleb, *Antifrágil*, Paidós, Buenos Aires, 2013.
19. Alan Watts, *La sabiduría de la inseguridad*, Kairós, Barcelona, 1999.

2. CÓMO ACTUAMOS

Como turistas de la vida

En el año 1969 alcanzó cierto éxito una película bastante divertida que se titulaba *Si hoy es martes, debe ser Bélgica*. Dirigido por Mel Stuart y protagonizado por un grupo de actores que no perdurarían en la memoria colectiva (Suzanne Pleshette, Ian MacShane y Murray Hamilton, entre otros), el film parodiaba los paquetes turísticos en los cuales se ofrece visitar la mayor cantidad de países en la menor cantidad de tiempo. Los personajes eran sometidos a una agobiante serie de carreras para pasar apenas algunos minutos por diferentes lugares de interés histórico, cultural, comercial o paisajístico. Esos lugares no perdurarían ni en sus retinas ni en sus memorias, eran apenas ráfagas difusas, y muchos resultaban tan parecidos entre sí que costaba diferenciarlos. Atosigados, los turistas apenas tenían tiempo para hacer alguna pregunta mientras los verborrágicos guías los empachaban de datos que jamás podrían recordar. Y, desde ya, no había la menor posibilidad de deshacer las valijas y acomodar la ropa dado que su paso por los hoteles era más que fugaz. Las pocas prendas que rescataban para el día eran un festival de arrugas. El título de la película resultaba muy ilustrativo. Solamente si lograban averiguar qué día era, los turistas podrían deducir en qué

país estaban. Al día siguiente ya se encontrarían en otro. Y luego en otro y en otro. Así de efímeras eran las visitas.

Aunque se trataba de una ficción, aquella película bien podría haber pasado por un documental. Y lejos de haber perdido vigencia, su verosimilitud aumentó sustancialmente en los años transcurridos desde su estreno. En las últimas dos décadas el turismo creció mundialmente de modo exponencial y quedan pocos sitios en el planeta en los cuales miles y miles de personas no se desparramen y atropellen como hormigas escapadas de un hormiguero en el que se echó agua caliente. Pero no huyen, sino que corren hacia museos, shoppings, colinas, monumentos, playas, paradores, sitios arqueológicos, etcétera, por los que pasan velozmente y en los que difícilmente encuentren un momento de silencio, de soledad, de intimidad. Apenas puede hablarse hoy de temporadas altas y bajas. Los turistas no descansan en ningún momento del año.

La vida universal

El mundo, en fin, está lleno de turistas. Pero no de viajeros. Y hay una enorme diferencia entre ambos, aunque se tienda a considerarlos sinónimos. El turista viaja como los personajes de *Si hoy es martes, debe ser Bélgica*, con todo planificado de antemano, desde sus paseos hasta sus comidas. Suele pasar por los lugares para decir que estuvo, pero no establece una relación con ellos. Acumula países, ciudades y millas, pero no necesariamente experiencias y vivencias que lo transformen o lo ubiquen frente a nuevos horizontes existenciales. Busca seguridad y es remiso a la incertidumbre de abrirse a senderos desconocidos. Deja su destino, al menos durante el tiempo que tome el itinerario, en manos de otros y se entrega a lo que estos le propongan.

El viajero, en cambio, traza su propio mapa, toma decisiones sobre la marcha, puede cambiar sus puntos de llegada, se anima a transitar por caminos que aparecen de súbito ante él, no teme a experimentar las sensaciones de la vida cotidiana en los lugares en donde pone los pies, establece relaciones con los lugareños, conoce y aprende acerca de cada sitio a partir de las vivencias. Ninguna palabra lo define mejor que el vocablo *flaneur*.

Este término apareció por primera vez hacia el año 1863 en un texto del poeta y escritor francés Charles Buadelaire (1821-1867), titulado *El pintor de la vida moderna*[20]. Baudelaire es considerado uno de los grandes poetas "malditos" de la literatura universal, aquellos que escarban con sus palabras en los rincones más oscuros del alma humana. En su tiempo se lo consideraba un inadaptado, alguien que vivía contra la corriente, los mandatos y las costumbres, un bohemio. La siguiente era la definición del *flaneur* en aquel texto fundacional: "Para él, observador apasionado, es una alegría inmensa establecer su morada en el corazón de la multitud, entre el flujo y reflujo del movimiento, en medio de lo fugitivo y lo infinito. Estar lejos del hogar y aun así sentirse en casa en cualquier parte, contemplar el mundo, estar en el centro del mundo, y sin embargo pasar desapercibido (…). Vaya donde vaya se regocija en su anonimato. Hace del mundo entero su familia (…), amante de la vida universal penetra en la multitud como un inmenso cúmulo de energía eléctrica (…) en cada uno de sus movimientos reproduce la multiplicidad de la vida, la gracia intermitente de todos los fragmentos de la vida".

Llegar sin viajar

Turistas y *flaneurs* no solo representan dos maneras de viajar, sino esencialmente de vivir. Representan actitudes existenciales.

Hay quienes pasan por la vida como turistas y quienes lo hacen como auténticos viajeros. Los primeros van a lo seguro, no se arriesgan sin el GPS en la mano, buscan recetas y fórmulas para cada instancia, se refugian en pantallas, teclados y cualquier artilugio tecnológico que los proteja (o prometan protegerlos, aunque no lo hagan) del imponderable, de lo aleatorio, están más preocupados por llegar pronto y no les interesan las peripecias o los aprendizajes del camino. Si pudieran llegar sin viajar lo harían.

El viajero, por su parte, goza por sobre todo de la experiencia, toma desvíos, abre su curiosidad, inquiere, explora, asume nuevas vivencias, no teme a lo que no forma parte de su rutina diaria, está atento al sentido de cada nueva situación, no necesita traductores, aprende nuevos idiomas mientras vive sus experiencias, se abre, no siente miedo ante las costumbres y culturas ajenas, ni pretende que la suya sea la única válida, sino que las celebra, se asombra, aprende, y, al final de su viaje (ya sea del viaje físico o de ese viaje que es la vida), puede decir que todo, aun los momentos difíciles, inciertos, aun en los tramos en los que estuvo extraviado, valió la pena y tuvo significado. Fue consciente de cada paso de la expedición, sabe dónde estuvo, con quién, para qué. Encuentra el sentido de haber emprendido la marcha y termina con un rico bagaje en las alforjas del alma.

Si su tiempo es limitado, el viajero prefiere conocer lo más posible de un solo país en catorce días y no sobrevolar catorce países en dos semanas. No acumula sellos en su pasaporte, sino mundo en su vida. Pasó un siglo y medio desde que Baudelaire describiera al *flaneur*. Desde entonces hasta hoy han aumentado los turistas por sobre los viajeros, abundan el miedo a lo diferente, la pereza del alma, la confusión entre realidad y simulacro tecnológico (GPS, Google maps, HD, etc.), cosas que achicaron el mundo en lugar de ensancharlo. Para dejar de vivir en pequeños grupos pertrechados en la aparente seguridad de los artificios

tecnológicos, para volver a mirarnos, para salir de las cavernas del miedo, es necesario que nos convirtamos en viajeros. Transitar la vida como turista equivale a haber conocido poco, aunque se haya viajado mucho.

20. Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*, Taurus, Barcelona, 2013.

Como prisioneros de una pantalla

Con cierta frecuencia, y sin que haya explicaciones convincentes o formuladas en un lenguaje claro y no en jergas tecnológicas absurdas, las redes sociales o los servicios de mensajería en internet sufren apagones. Ha ocurrido con Facebook y también con Whatsapp. A veces duran horas, raramente se extendieron más de un día, pero es suficiente para que la estabilidad mental de millones de personas en el mundo colapse. WhatsApp en especial, esa aplicación que permite enviar y recibir mensajes, audios, fotos y videos por internet se ha convertido para muchos, demasiados quizás, en el hilo que los mantiene ligados a los demás, al mundo y, en definitiva, a la vida. Las reacciones que provocan sus apagones lo confirman: ataques de ira, brotes de ansiedad, variadas formas de desesperación, taquicardias, hiperventilación, discusiones absurdas y, finalmente, una ristra de explicaciones a cual más delirante o más paranoica, todas basadas en argumentos aparentemente lógicos, para explicar lo que los directivos de la compañía, que pertenece a Facebook, no creen necesario aclarar a sus más de dos mil doscientos millones de usuarios.

Estos episodios ponen a la luz la gran diferencia que existe entre conexión y comunicación. Mientras la primera es un fenómeno

tecnológico y masivo, la segunda es un proceso artesanal y puntual que requiere compromiso, empatía y responsabilidad. A través de artilugios tecnológicos, redes sociales y demás podemos establecer conexiones seriales, pero eso no significa necesariamente que nos comunicamos. La comunicación es el proceso por el cual las personas se miran, se escuchan, dialogan y establecen vínculos emocionales. Mirar es más que ver porque conlleva registrar al otro, observar su presencia, su transformación continua (fenómeno que afecta a todo organismo vivo). Escuchar es más que oír, se traduce como un acto receptivo, hospitalario, por el cual se respeta y reconoce la palabra del otro e incluso el contenido de sus silencios. Dialogar es más que emitir monólogos paralelos o sucesivos, significa intercambiar palabras con sentido y contenido, no meramente disparar vocablos o sonidos al azar. Y establecer vínculos emocionales es una consecuencia de todo lo anterior, ya que cuando las personas realmente se comunican, en el interior de cada una de ellas hay un proceso emocional que es importante detectar para salir del automatismo.

Si a todas estas razones se agrega que cada ser humano es único y diferente de los demás, cuando dos de ellos se comunican producen una pieza singular, inédita, como la que crea un artesano. Al igual que una pieza artesanal, esto requiere tiempo, presencia, exploración de los materiales, ensayo, error, aprendizaje, atención. En la conectividad todo sale en serie e igual para todos. Un emoticón no expresa una emoción personal, no es un mensaje afectivo con destinatario único, mediante un lenguaje creado en conjunto a través de la construcción de una relación con raíces y fundamentos. Los emoticones salen en serie y con fritas (fritas de paquete, no de sartén, dedicación y paciencia). No atraviesan la epidermis como lo hace un mensaje cargado de emociones reales.

De sujetos a objetos

Nada de lo escrito hasta aquí quiere decir que las tecnologías de conexión sean inútiles o intrínsecamente nocivas a los fines de la comunicación. Ellas son herramientas y, como tales, medios. Todo medio es funcional según el uso que se le dé. Con un cuchillo podemos cortar nuestros alimentos de manera de poder ingerirlos y nutrirnos o puede transformarse en un arma asesina. Lo grave ocurre cuando los medios se convierten en fines. Y quizás algo de eso está ocurriendo, en muchos casos y para muchas personas, con las herramientas de conexión. Las herramientas dejan de estar, progresivamente, al servicio de cuestiones puntuales como la transmisión de información valiosa (y no superflua, falsa, prescindible o tendenciosa), la solución inmediata de problemas serios (como conseguir rápidamente un medicamento que escasea), mantener contacto con seres queridos que están lejos, pero con los cuales se tiene un vínculo creado y alimentado por otras vías (las de la comunicación verdadera). A cambio de esto, se han ido convirtiendo en fines en sí mismas. Se está al servicio de ellas y no ellas al servicio del usuario. Este tiene que actualizarlas permanentemente porque así mandan los administradores, las "tendencias" y la masa de seguidores. Tiene que dedicarles tiempo y dinero que inevitablemente se restan a necesidades y a personas reales (no virtuales). La vida empieza a pasar más (en tiempo y en atención) por aplicaciones conectivas y redes sociales que por donde de veras ocurren los hechos que pueden orientar la existencia e iluminar su sentido.

Miles de personas, verdaderos rebaños, marchan por las calles, viajan en medios de transporte, comen en restaurantes, toman café en bares, esperan en aeropuertos, compran en supermercados con los oídos obstruidos por audífonos y sus ojos capturados de modo hipnótico por las pequeñas pantallas de sus celulares. Difícilmente

saben o se enteran de lo que ocurre a su alrededor, si alguien los llama, si alguien pide auxilio, si hay un arco iris en el cielo o un moribundo a sus pies. Abducidos, como en las películas de zombis, se han ausentado del mundo real para mudarse a un universo virtual, de puras apariencias, de presencias que son apenas siluetas sin carnalidad, de formas sin contenido. A su modo, muertos vivientes.

Esto explica, quizás, las reacciones extremas, y en muchos casos angustiosas, de millones de personas ante los apagones conectivos. Cuando se interrumpe súbitamente lo virtual se impone lo real. Y la realidad es que, a caballo de fenómenos tecnológicos desarrollados, estimulados e impuestos de manera disfuncional, se disimulan algunas de las epidemias más graves que afectan hoy a la construcción de vínculos humanos trascendentes y a la orientación de la propia vida hacia horizontes que vayan más allá del hedonismo, del narcisismo y del placer inmediato como único fin. Cuando se apaga WhatsApp (u otras redes), cada uno queda de cara al mundo, a los otros y, sobre todo, queda de cara a sí mismo.

No confundir el enemigo

A fuerza de estar conectados sin interrupción hacia afuera (y ya sin capacidad para distinguir necesidades reales de urgencias artificiales), se han perdido destrezas para la comunicación real, para la convivencia, el diálogo y la relación con el prójimo de carne y hueso. Y, acaso lo más grave, cada uno se ha convertido en un desconocido para sí mismo. Un desconocido con el que teme quedarse a solas y en silencio, con el que teme dialogar, al que teme escuchar cuando expresa sus necesidades olvidadas, descuidadas y postergadas. De pronto no se sabe qué hacer en compañía de otro real y, mucho menos, qué hacer en compañía de

uno mismo.

Evgeny Morozov, uno de los más sólidos, informados y lúcidos críticos de la mala praxis de internet y sus derivados (aplicaciones, redes, buscadores), recuerda en su valioso libro *La locura del solucionismo tecnológico*[21] que "la tecnología no es el enemigo". Somos los usuarios quienes podemos "domar" a la red en lugar de ser domesticados y amaestrados por ella, para ponerla al servicio de una mejor humanidad, y no de masas de individuos aislados, disociados de su propia vida y desesperados por la posibilidad de un apagón que los ponga ante la opción de comunicarse en lugar de solo conectarse.

21. Evgeny Morozov, *La locura del solucionismo tecnológico*, Katz, Buenos Aires, 2016.

Como sordos

“Nadie escucha —dice, desalentado, mi amigo Oscar—. No hay diálogo —insiste—. La mayoría de las personas te presta la oreja, pero no escucha. Está pensando en otra cosa, o simplemente se concentra en lo que va a responder, aun cuando el otro no haya terminado de hablar. Eso por no mencionar a los que se taponan los oídos con auriculares y se desentienden de todo lo que ocurre en su alrededor”. Cuando me dice esto llevamos largo rato dialogando mientras tomamos un café. Como dos transgresores, nos hemos comprometido a no desenfundar celulares durante nuestro encuentro, y así la conversación se extiende un largo par de horas. Una experiencia inusual en un tiempo en el que la sentencia de Oscar se puede comprobar en variados ámbitos. No hay tiempo ni paciencia para la escucha, tanto en las relaciones interpersonales como en los espectáculos mediáticos, en la política, en la educación, en la consulta médica o en cualquier interacción humana, pública o privada, íntima o colectiva. Para comprobarlo basta con mirar cinco minutos cualquier programa de televisión en donde personajes de la farándula, de la política, del deporte o de cualquier campo, incluidos los propios conductores y comunicadores, superponen sus palabras, gritan para acallarse

mutuamente e ignoran olímpicamente lo que dicen los demás. No solo allí. Ocurre lo mismo en las reuniones parlamentarias, en encuentros familiares o de amigos, en cualquier discusión o intercambio de opiniones y hasta en los que pretenden ser diálogos amables.

"Escuchar es mucho más que dejar hablar al otro mientras nos da la oportunidad de responderle, escuchar es prestar plena atención a los otros y darles la bienvenida en nuestro propio ser". Esta bella y sensible descripción de la escucha pertenece a Henri Nouwen, sacerdote holandés que exploró con lucidez la espiritualidad más allá del límite de lo religioso[22]. Escuchar es una forma de hospitalidad que invita a los extraños a convertirse en amigos, decía Nouwen, y enfatizaba que la belleza de escuchar consiste en que el escuchado comienza a sentirse aceptado, toma sus propias palabras más en serio porque las percibe valiosas y eso le ayuda a explorar su yo verdadero.

La voluntad de atención

Nouwen comprendía que la palabra es un precioso puente de comunicación entre los humanos y sufría cuando la encontraba despreciada. "La función principal de la palabra, la comunicación, ha dejado de realizarse", se lamenta. "La palabra ya no comunica, no fomenta la comunión ni crea comunidad y, por tanto, no da vida". Podría decirse, entonces, que, a oídos sordos, palabras muertas. Nouwen notaba que hoy las palabras se multiplican sin límite, pero no necesariamente son escuchadas. Oír no es escuchar. Los oídos no tienen párpados, de modo que, si no hay problemas fisiológicos, todos los sonidos penetran en ellos. Pero escuchar requiere voluntad, atención, respeto al otro. Escuchar es una ofrenda. Cuando no existe esta actitud las palabras son ruidos que

apenas se registran. Así, señala Nouwen, los alumnos salen de las clases, las personas salen de las misas, los concurrentes salen de actos políticos o los amigos salen de reuniones con la sensación de haber oído "puras palabras", nada importante.

Escuchar es, también, hacer silencio. No simplemente enmudecer, sino abrir un espacio fértil para el encuentro. Es que muchas de las palabras más fecundas, escribe Nouwen en otro sus textos esenciales, nacen del silencio. Por eso, apunta, "cada vez me convenzo de que permanecer en silencio con los amigos es tan importante como hablar con ellos"[23]. Por supuesto, se refiere a un silencio amable, afectuoso y, valga la paradoja, comunicativo. No al de la indiferencia, al que proviene de aislarse del mundo para conectarse obsesivamente a una pantalla, al que nace del muro que se levanta entre las personas cuando estas (sean parejas, amigos, familias, etcétera) se enfrascan en sus celulares y pueden pasar el tiempo en una especie de soledad grupal, haciendo caso omiso del otro, del presente, del prójimo (que significa próximo), convirtiéndolo en inexistente. Del silencio fértil y comunicante nacen palabras cargadas de sentido, que han germinado antes en la mente y el corazón de las personas.

"¿Por qué no puede ser así? Yo hablo, tú escuchas. Es así de fácil, ¿no?", se pregunta el terapeuta familiar Michael P. Nichols[24]. Y él mismo responde: no es fácil. Hablar y escuchar, señala Nichols, es una relación única y dinámica, en la que el hablante y el oyente se intercambian continuamente los roles y hasta compiten por imponer sus necesidades y prioridades por sobre las del otro. "Trata de contarle un problema que tengas a otra persona y fíjate lo poco que tarda en interrumpirte para describirte una experiencia similar u ofrecerte un consejo que, sin duda, será más apropiado para él que para ti, y que responde más a su propia ansiedad que a lo que le estás intentando explicar", advierte Nichols. La que describe es el tipo de escucha más frecuente. La escucha reactiva, en la cual lo

que el otro dice es menos importante que aquello que el oyente piensa. Este modelo excluye la empatía. Escuchar con empatía, describe Nichols, es como leer un poema con meticulosidad; es asimilar las palabras y llegar a lo que hay detrás de ellas. Aunque la empatía requiere una actitud y es por ello activa, en el fondo resulta ante todo receptiva. Y este es el tipo de escucha que hoy, como nunca, requiere ser aprendido y ejercitado. La escucha receptiva. La que Nouwen llama hospitalaria. Ella demanda comprender que quien nos habla, quien nos confía un problema, una experiencia, una duda, una vivencia, no nos está pidiendo forzosamente una solución o un consejo. Antes que nada, nos está pidiendo que escuchemos. Y a menudo no más, pero tampoco menos, que eso.

La generosidad verdadera

Escuchar nos desafía a ser humildes y a ejercitar la aceptación, porque, indica Nichols, es un arte que requiere aceptar la singularidad de cada uno, así como las diferencias. Se trata de escuchar lo que el otro dice, el modo, el tiempo en que lo dice, y no lo que uno desea oír ni la manera en que le gustaría hacerlo. Aprender a escuchar, sobre todo a las personas cercanas, es más fácil cuando recordamos que no son espejos de nuestras expectativas, sino seres autónomos y diferentes de nosotros. Y nunca hay que olvidar que la escucha necesita de tiempo. Cuando escuchamos hacemos un ejercicio de generosidad verdadera, que consiste en dar al otro algo que necesitamos y no algo que nos sobra.

En el Talmud, libro milenario que recoge las reflexiones y discusiones que los rabinos han sostenido a lo largo de los tiempos acerca de las leyes, costumbres y parábolas inscritas en el antiguo

testamento, se dice que se nos dio dos orejas y una boca para que escuchemos el doble de lo que hablamos. Nunca tan necesario como hoy recordarlo y, sobre todo, mantener despejados esos oídos, mantenerlos destapados de artefactos tecnológicos, de prejuicios y de indiferencia.

22. *Palabras con Henri Nouwen*, selección de María Eugenia Schindler, Lumen, Buenos Aires, 2002.
23. Henri Nouwen, *Escritos esenciales*, edición de Robert A. Jonas, Sal Terrae, Santander, 1999.
24. Michael P. Nichols, *El perdido arte de escuchar*, Urano, Barcelona, 1998.

Como artefactos descartables

Al final de cada año el planeta se carga, según el portal especializado FayerWayer[25], con cincuenta millones de toneladas nuevas de basura tecnológica. Esencialmente se trata de artefactos electrónicos y domésticos que se dejan de usar. De acuerdo con esa información, cada habitante de la Tierra arroja, en promedio, tres kilos de ese total (por supuesto, algunos superan largamente la cifra y otros no la alcanzan). Esta información, proporcionada por numerosos organismos oficiales y por las ONG en todo el mundo, plantea dos cuestiones cruciales. La primera: ¿todos esos aparatos se desechan porque dejaron de funcionar? La respuesta es no. Se tiran porque apareció un modelo nuevo. De hecho, se calcula que un 85% de sus usuarios no alcanzó a usar o tan siquiera a comprender muchas de las funciones antes de desprenderse del artefacto. La segunda pregunta es: ¿a dónde va a parar toda esa chatarra? La respuesta inquieta. La mayor parte de ella no es degradable y buena parte no es reciclable. Es puro material contaminante.

Por mucho discurso tranquilizador que los gobiernos y los fabricantes pretendan instalar, lo cierto es que esa chatarra compromete tanto la sustentabilidad como el futuro del planeta.

Algo que a quienes producen, consumen y publicitan no parece preocuparles demasiado, si las actuales generaciones vivientes fueran las últimas, como si no fueran a seguirlas otras después, y como si en esas próximas generaciones no fueran a estar incluidos sus propios descendientes. Algo parecido a la actitud del adicto (al tabaco, al alcohol, a las drogas, al sol, a los psicofármacos y demás) que, navegando entre la omnipotencia, la inconciencia, la irresponsabilidad y la patología, se cree a salvo de las consecuencias de sus acciones. "A mí no me va a pasar", piensa.

Este fenómeno conecta con lo que se conoce como obsolescencia programada, un mecanismo por el cual cada vez más artefactos salen de las fábricas con una "muerte planificada". Su proceso de fabricación incluye una fecha de vencimiento decidida por el fabricante y desconocida para el consumidor. Esto garantiza una producción continua (no importa con qué costos y daños colaterales) y contribuye de manera tóxica a incentivar el consumismo. La obsolescencia programada no es un invento nuevo. El primero que la mencionó fue Bernard London, un operador inmobiliario que sugirió en 1932 (cuando los efectos de la gran crisis de 1929 dejaban aún dolorosas secuelas) que para poner fin a la depresión económica tanto las casas como sus mobiliarios se construyeran con materiales rápidamente perecederos, de manera que eso acelerara la actividad en el rubro[26]. Y veinte años más tarde el diseñador industrial Clifford Brooks Stevens confesaría que la obsolescencia programada se propone introducir en el comprador el deseo de poseer antes de lo necesario algo más nuevo y supuestamente mejor[27].

Fábrica de compulsiones

Pero si bien no es un concepto novedoso, lo cierto es que alcanzó

en estos tiempos su manifestación más explosiva y disfuncional. A esto contribuyen intensivas campañas de marketing y el desarrollo de técnicas que estudian las conductas humanas con el fin de generar deseos disfrazándolos de necesidades hasta motivar comportamientos compulsivos. “No te lo podés perder”, “Tenelo ya”, “Pedilo ahora”, “Cambialo por…”, son algunas de las frases que escuchamos y leemos miles de veces por día, destinadas a generar comportamientos automáticos, reflejos como los de los perros del fisiólogo ruso Iván Pavlov (que segregaban saliva al oír la campanilla que anunciaba la comida). Palabras como “Nuevo”, “Ilimitado”, “Libre”, “Cuotas”, “Tarjeta”, machacadas incesantemente terminan por disparar los mismos reflejos.

Para que ese efecto sea posible tiene que haber un ansia, una insatisfacción, una sensación de carencia en quien responde a él. Y no se trata de una carencia menor. Hacia 1982 el periodista vienés Franz Kreuzer sostuvo dos largas y ejemplares entrevistas con Viktor Frankl, neurólogo y psiquiatra austríaco, padre de la logoterapia (psicoterapia orientada a la búsqueda y exploración del sentido de la propia vida)[28]. Esas entrevistas dan un invalorable panorama sobre lo que Frankl denominaba “la gran neurosis colectiva mundial”, a la que veía extenderse hacia décadas futuras, es decir hacia hoy. Desaparecen tradiciones, no se transmiten valores, hay carencia de ideales, y no hay quien enseñe a las nuevas generaciones la razón de alcanzar esos valores y plasmarlos. Todo eso crea una sensación de vacío. Aunque se posea mucho en el plano material, está extendida la sensación de no saber qué hacer con la propia vida, de ignorar para qué se vive. Frankl insistía en que toda vida debe tener un propósito y que ese propósito debe encontrarlo y forjarlo quien la vive. No vendrá de afuera, no llega en un smartphone, en un auto nuevo, en una súper heladera inteligente, en un televisor de altísima gama. Como no se lo encuentra allí, la sensación de vacío crece y se manifiesta a

través de numerosos síntomas que no se calman (salvo fugazmente) con el cambio de un artefacto por otro o con el consumo de psicofármacos, ansiolíticos y otras sustancias, así como tampoco con la voracidad bulímica por lo material.

Ir más allá de uno mismo

Ni la ciencia ni mucho menos la técnica, pueden brindarnos propósitos para nuestras vidas, dice Frankl en la entrevista. A lo sumo nos proporcionan herramientas para la búsqueda del propósito. Cuando se confunde el medio con el fin la principal necesidad humana, que es la necesidad de sentido, queda frustrada. "Dicho con otras palabras —expresa Frankl— el relativo bienestar material está acompañado de un empobrecimiento existencial".

La obsolescencia programada es fruto de este empobrecimiento, aun cuando las impresionantes cifras de la chatarra tecnológica generen la impresión de una enorme riqueza. Como señala Frankl, el sentido puede aparecer en la tarea que realizamos, en los vínculos que tejemos, en el modo en que manifestamos nuestros valores en la vida cotidiana e incluso en la actitud con que afrontamos las situaciones que escapan a nuestra voluntad, decisión o control. El pensador austríaco insistía en que hallar el sentido es trascender, es ir más allá de uno proyectándose en algo o en alguien, en el deber o en el amor. Llegado a ese punto sostiene que todo lo que se haga en la búsqueda del sentido (crear, amar, expresar valores, cumplir con un deber), siempre que se lleve a cabo con coraje y honestidad "lo habremos hecho de una vez y para siempre".

Mientras no conectemos con esta necesidad profunda, que es inherente a todos los seres humanos, seremos hijos de la insatisfacción y presas propicias para la obsolescencia programada.

Consumidores descartables de productos descartables en un mundo fugaz. Consumidores a los que, además, nadie atiende una vez que compraron. O podemos frenar, conservar nuestros afectos, mirar hacia adentro de nosotros, honrar nuestros tiempos, explorar nuestros valores, apreciar lo conseguido. Darnos tiempo los unos a los otros y no a la urgencia de los programadores. No somos, o al menos no deberíamos ser, objetos ni artefactos. Por lo tanto, dotados de conciencia, tenemos la posibilidad, y la responsabilidad, de elegir.

25. www.fayerwayer.co
26. Bernard London, *Ending the Depression Through Planned Obsolescence*, upload.wikimedia.org
27. www.contract.com.ar
28. Viktor Frankl y Franz Kreuzer, *En el principio era el sentido*, Paidós, Barcelona, 2000.

Como hámsters en una carrera sin fin

Es posible que si extraterrestres observaran nuestro planeta desde el espacio vieran a esta esfera cubierta por pequeños puntitos que se desplazan velozmente y sin descanso de un lugar a otro. Si se acercaran a la Tierra aquellos alienígenas descubrirían que los puntitos son humanos que corren. Al regresar a su planeta y presentar un informe sobre lo observado acaso puntualizarían que una característica notable de los humanos es esa: correr. Son seres que corren, dirían. Corren para llegar a sus trabajos, corren cuando trabajan, corren cuando viajan, corren cuando pasean. Y corren en sus tiempos de ocio. Además, dedican estudios a la actividad de correr, filosofan acerca de la misma, participan de innumerables maratones en las que cubren 5, 10, 21 o 42 kilómetros convencidos, según el informe extraterrestre, de que con ello luchan contra enfermedades, enfrentan males sociales, mejoran el ambiente o ennoblecen causas diversas. Aquel informe agregaría que cuando no esgrimen estas excusas simplemente dicen que corren para correr, o para "entrenar". Al preguntárseles para qué entrenan, se leería en el informe, una respuesta excluyente: para correr más rápido.

Correr se describe hoy como deporte, hobby, práctica saludable,

afición, pasión y más. Todo eso parece muy congruente con un tiempo fugaz, efímero, veloz, en el que las urgencias se reproducen y acosan. Quien no corre va, de todas maneras, apurado. ¿Para llegar a dónde? Esto no siempre es importante. ¿Para alcanzar qué? No es cuestión de detenerse en las respuestas. Puestos a correr, se crea un sistema centrado en la generación de endorfinas y adrenalina. Las endorfinas son hormonas que libera la glándula pituitaria y tienen un efecto similar al del opio, provocando una sensación de exaltación y bienestar independiente de estímulos y razones externas. La adrenalina, hormona producida a su vez por las glándulas adrenales, está vinculada al alerta, a las respuestas al riesgo, acelera el ritmo cardíaco, dilata los conductos aéreos. Ambas cumplen funciones útiles para la vida. La primera como un medicamento interno, la segunda como defensora ante situaciones externas. Su producción por parte del organismo tiene un fin: mantenerlo sano y protegerlo de peligros. Pero cuando producirlas se convierte en un fin en sí mismo el mecanismo que las produce suele adquirir un tinte adictivo.

Maratón de la muerte

En el año 490 a.C., un soldado griego llamado Filípides corrió 42 kilómetros hasta Atenas para anunciar que el ejército de esta ciudad-estado había vencido a los persas en la ciudad de Maratón. Tras llegar y transmitir la noticia, Filípides cayó exhausto y murió. Atenas se había salvado de su total saqueo y destrucción, prometido por los persas. La larga y exigente carrera de Filípides no era un fin en sí mismo, tenía un propósito trascendente. Se había entrenado para defender a su patria, y gracias a ese entrenamiento pudo llevar a su pueblo la buena nueva, misión en la que dejó la vida. Pasarían 2386 años antes de que en los Juegos

Olímpicos de 1896, celebrados en la misma Atenas, se instalara como deporte una carrera llamada maratón. Y un siglo más para que se convirtiera en una afición masiva cuyo fin último, acorde a estos tiempos, es correr. Correr para correr.

¿El fanatismo contemporáneo por entrenar y correr es una forma de fuga? ¿Un intento para alejarse de esas preguntas que la vida siembra tozudamente a cada paso? El gran novelista ruso León Tolstói (1828-1910), autor de obras maestras de la literatura universal, como *Guerra y paz*, *La muerte de Iván Illich* y *Anna Karenina*, enumera esas preguntas en su autobiografía: "¿Cuál es el resultado de lo que hago hoy y de lo que haré mañana? ¿Para qué vivo? ¿Para qué deseo? ¿Para qué hago cosas? ¿Cuál será el resultado de mi vida entera? ¿Hay en ella un sentido que no borrará la muerte?"[29]. Un filósofo de estos tiempos, el coreano-alemán Byung-Chul Han, aborda esta cuestión en su libro *El aroma del tiempo*[30]. La aceleración que caracteriza a la sociedad actual, señala, parte de la idea de que si se vive a toda velocidad se pueden hacer más cosas, aprovechar más oportunidades y llegar a tener dos vidas en una. "Es un razonamiento un poco ingenuo —apunta Han— que confunde logro con abundancia". No son la velocidad que se alcanza, ni la optimización del entrenamiento para esa velocidad o para la acumulación de kilómetros los que producen logros. El verdadero problema, según este pensador, es que "la vida actual ha ido perdiendo la posibilidad de concluirse con sentido. De ahí su aceleración y su ajetreo".

Hoy, continúa Han, se empieza una y otra vez sin llegar nunca hasta el final de una posibilidad. No hay paciencia, hay ansiedad por lo inmediato, se esperan resultados sin seguir procesos. Esto redunda en un aumento de la velocidad, cada vez hay que correr más y más rápido. Prepararse para esa carrera y preparar argumentos que la justifiquen. "Pero —escribe Han— nunca se llega a la tranquilidad, es decir a un final". Pareciera describir la

carrera de los pequeños hámsters en la rueda.

La caminata del alma

No se trata, sin embargo, de quedarse quieto. Otro filósofo contemporáneo, el francés Frédéric Gros, argumenta que para ir más despacio no se ha encontrado nada mejor que andar. Su libro, titulado precisamente *Andar*[31], es un llamado a la marcha lenta, consciente, que permite observar con más detenimiento tanto los paisajes externos como los menos transitados, que parecen ser hoy los internos. Estos últimos incluyen las necesidades del alma (tan distintas de los muy atendidos deseos del cuerpo). Andar no exige aprendizaje, ni técnica, ni dinero, solo requiere un cuerpo, espacio y tiempo, advierte Gros. Si quieren ir más rápido no caminen, insiste. Corran o vuelen. Caminar no es un deporte y caminando nadie huye de nada, menos de preguntas inquietantes. Al contrario, abre un paréntesis, para escucharlas y reflexionar sobre ellas.

Caminar, es decir simplemente andar, en un escenario donde todos corren con o sin vestimenta deportiva, es casi subversivo desde la óptica de este filósofo. Una forma de serena, firme y pacífica rebelión contra los mandatos y exigencias de los tiempos modernos. Gros relata un episodio que vivió junto a Mateo, un hombre mayor que le enseñó el valor de andar. Caminaban por un sendero cuando tuvieron que apartarse para dar paso a un grupo de jóvenes y bulliciosos corredores que, al pasar junto a ellos, los miraron con cierto desdén. “Si van tan rápido será que tienen miedo de no llegar”, comentó Mateo. Cuando arribaron a la cima, los corredores estaban allí, jadeantes y comentando tiempos y velocidades. Gros y Mateo miraron el paisaje, disfrutaron de él y reanudaron su caminata. Los corredores seguían en sus comentarios. Habían tardado dos horas, mientras el filósofo y su

amigo tardaron tres. ¿Habían “ganado” tiempo los corredores? Dos horas de prisa acortan la jornada, piensa Gros. Tres horas en contacto con uno mismo, con el otro y con el mundo hacen más profundo cada minuto, cada segundo. Los días son más largos y plenos, concluye.

Quizás un día los extraterrestres, si nos visitan y observan, vean un planeta distinto, en el que los puntos se desplazan con un ritmo sereno, un compás que armoniza el mundo interior con el exterior. En donde nadie correrá sin ton ni son, porque todo el mundo sabrá adónde quiere ir y para qué.

29. León Tolstói, *Confesión*, Acantilado, Barcelona, 2008.
30. Byung-Chul Han, *El aroma del tiempo*, Herder, Buenos Aires, 2005.
31. Frédéric Gros, *Andar, una filosofía*, Taurus, Buenos Aires, 2004.

Especializados, pero no educados

Un milenario proverbio chino propone: “Si haces planes para un año, planta maíz. Si haces planes para una década, planta árboles. Si haces planes para una vida, adiestra y educa a la gente”. El sociólogo y pensador polaco Zygmunt Bauman, afincado en Inglaterra durante muchos años a causa de persecuciones nazis y antisemitas sufridas en su país, creador del concepto de modernidad líquida (aplicada a estos tiempos, en los que nada permanece ni se consolida), recoge este consejo en *Sobre la educación en un mundo líquido*[32], libro que reproduce una larga conversación de Bauman con Riccardo Mazzeo, prestigioso intelectual italiano.

La cita del antiguo refrán no es caprichosa. Bauman cree, con razón, que si en algún momento de la historia humana se valoraba la permanencia y la trascendencia y se aceptaba que solo la vida es transitoria, la experiencia contemporánea es “un ensayo diario de la transitoriedad universal”. Los ciudadanos del mundo moderno, dice, se han acostumbrado a que nada perdura y a que los objetos que hoy se nos imponen como útiles e indispensables serán historia antes de que hayamos podido acostumbrarnos a ellos. Por supuesto, a pesar de la intensidad con que se nos impulsa a incorporarlos a

nuestras vidas, ni siquiera llegamos a comprobar si son necesarios o no. Este paradigma se impone en todas las áreas de la vida, incluso en las relaciones humanas. Y en ese panorama emerge una enorme contradicción. Se insiste una y otra vez en la importancia del conocimiento. Esta palabra se repite hasta el hartazgo. Vivimos, se nos dice, en la sociedad del conocimiento. Pero la repetición ciega de la consigna impide preguntar qué se entiende por conocimiento y de qué conocimiento se trata.

Comencemos por una respuesta sencilla. Si los tiempos son líquidos y nada permanece porque el cambio se instala como un valor en sí mismo (no importa cambiar para qué, cambiar se convierte en un fin, no en un medio), todo conocimiento será de corto alcance, porque también él tiene, desde el vamos, una cercana fecha de vencimiento. Los planes, en nuestra sociedad, son para sembrar maíz, no para plantar árboles ni para un verdadero y completo proceso de educación.

Especialistas monotemáticos

Lo que habitualmente se denomina conocimiento no tiene nada que ver con la educación. Se trata de un adiestramiento para lo inmediato. La educación, en cambio, es un proceso por el cual se procura hacer florecer los dones, los atributos, las habilidades y toda la singularidad que existe en ciernes en cada individuo. Sus potenciales como persona única. El tan mentado conocimiento se reduce, en realidad, a la adquisición de destrezas específicas para el desarrollo de especialidades que luego se aplicarán a la resolución de casos puntuales. La sociedad del conocimiento es finalmente una sociedad de especialistas enfocados en un único tema, con poca visión periférica respecto del contexto social en el que viven y con escasa perspectiva para entender el pasado, del que llegan legados

esenciales, para procesar esa herencia en el presente y para avizorar desde allí un futuro que exceda al simple desarrollo de su especialidad.

El historiador y ensayista canadiense John Ralston Saul advirtió esto hace más de dos décadas, en un libro titulado *Los bastardos de Voltaire*[33], que con el tiempo acrecentó su valor y su vigencia y amplificó el mensaje que anticipó con notable lucidez. El título de ese trabajo alude al desvirtuado uso de la razón que se verifica en una sociedad donde los tecnócratas se imponen y aparecen al frente de las empresas, los gobiernos, la educación y la ciencia. Voltaire (1694-1778), cuyo verdadero nombre era François-Marie Arouet, fue una de las más destacadas figuras del Iluminismo, movimiento que en el siglo XVIII empuñó la razón como arma contra el oscurantismo, el dogmatismo y los fundamentalismos de todo tipo que achataban el desarrollo de las capacidades humanas. Del Iluminismo nacieron las nociones fundadoras de república, democracia y derechos humanos. Para Ralston Saul, si Voltaire se levantara hoy de su tumba desconocería a quienes, en nombre de la razón, desarrollan nuevos fundamentalismos tecnocráticos y estrechan así los horizontes de la experiencia humana.

El conocimiento tal como se lo pregona hoy, dice el pensador canadiense, crea “solucionadores”. Son los especialistas que atienden temas puntuales. Saben mucho de eso y casi nada de todo lo demás. Según apunta, esto ocurre en la política, en la industria, en la gestión empresarial, en la ciencia, en la medicina, en numerosas actividades, profesiones y oficios. Se generan elites que imponen dogmas. Y estas elites, en palabras de Ralston Saul, “tienden a ausentarse de la continuidad de su civilización”. Pierden la visión histórica necesaria para una comprensión integral del presente y de la sociedad, y tienen poca conciencia de las consecuencias de sus actos. “No pueden imaginar un impacto que vaya más allá del caso al que se hallan abocados”, escribe en su

nutrido ensayo.

En nombre del conocimiento se enseña una eficiencia disociada de la realidad social, concluye el ensayista. Y describe a esto como una nueva forma de analfabetismo funcional. Es decir, el analfabetismo en el cual, aunque se sepa leer o escribir en sentido estricto, no hay capacidad para usar esa herramienta en función de la comprensión de lo que se lee, comprensión de la totalidad del mundo en el que se vive y posibilidad de desarrollar y expresar ideas y pensamientos que exploren ese universo. En la era del conocimiento, el mundo real, las personas reales, sus necesidades reales quedan lejos.

Conocimiento sin sabiduría

Otro penetrante sociólogo y exquisito escritor, como es el estadounidense Richard Sennett, autor de trabajos imprescindibles sobre los fenómenos sociales contemporáneos, apunta en su libro *La cultura del nuevo capitalismo*[34] que en la sociedad de hoy se reclama un yo orientado al corto plazo. O, como dirían los antiguos chinos, se pide sembradores de maíz. En la economía, en la tecnología y en las ciencias modernas, explica Sennett, al igual que en formas avanzadas de producción, las personas y los conocimientos se reciclan velozmente. Esto atenta contra el verdadero aprendizaje, no queda tiempo para la experiencia y mucho menos para la sabiduría.

Es oportuno detenerse en este punto y distinguir conocimiento de sabiduría. Conocimiento es, en la práctica, acumulación de información, datos y procedimientos. En el afán de actualización se pierde la idea de secuencia, de proceso. La sabiduría, en cambio, se cuece en el tiempo, es el tejido que una persona hace de las experiencias atravesadas, la perspectiva ganada, la amplitud de

miras y comprensión. Y esto no se mide por cantidad de data acumulada (y no siempre digerida). En la medida en que el tan loado conocimiento no ha dado pruebas, como señala Ralston Saul, de poder afrontar con éxito las verdaderas necesidades de la humanidad (al contrario, muchas de ellas se ahondan día a día), quizás esté llegando la hora de una educación que proporcione más alimento a la sabiduría. Es decir, que por lo menos prepare para la plantación de árboles. O, mucho mejor y más trascendente, para la vida.

32. Zygmunt Bauman, *Sobre la educación en un mundo líquido*, Paidós, Buenos Aires, 2013.
33. John Ralston Saul, *Los bastardos de Voltaire*, Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1998.
34. Richard Sennett, *La cultura del nuevo capitalismo*, Anagrama, Barcelona, 2008.

Entre la confrontación y la cooperación

A mediados del siglo XIX, en 1859, el célebre naturalista británico Charles Darwin revolucionó las concepciones sobre la evolución al publicar su libro *El origen de las especies*. Su teoría, sólidamente fundamentada, sobre el principio de la vida en el planeta, produjo en algunos sectores reacciones tan airadas como las que en su momento suscitó Galileo al sostener que la Tierra gira alrededor del Sol. Pero el pensamiento y los trabajos científicos de uno y otro, a pesar de los riesgos que les valieron, atravesaron los tiempos y contribuyeron al conocimiento del mundo y del universo que habitamos y de la especie que integramos, así como de aquellas con las que convivimos.

Se suele resumir las teorías de Darwin con una idea simplificadora, según la cual en la cadena evolutiva sobreviven los más fuertes y los más aptos. De esa manera las especies se irían proyectando, transformando, adaptando o desapareciendo, según el caso. De ahí se deduce habitualmente que la vida es una lucha. Sin embargo, hay una idea fuerte en Darwin, de la que se habla menos. Él sostenía que los instintos prioritarios, y sostenedores de la vida de las especies, son los de cercanía, unión y pertenencia. Ellos son anteriores a la agresividad. Esta, como el miedo, aparece como

reacción ante circunstancias en las cuales la vida se ve amenazada. Pero las primeras conductas que se manifiestan son las cooperativas, solidarias e inclusivas.

Una tajante polarización

Se puede decir que el objetivo inicial del ser humano en la Tierra es el de cooperar para vivir. Las teorías y creencias que avalan a la ley del más fuerte son producto de un reduccionismo orientado a justificar actitudes y conductas depredadoras. Desde su misma etimología, la palabra cooperar se opone a la idea de enfrentamiento o lucha. El vocablo, de origen latino, nace de la unión de *co*, que significa encuentro, conjunción o asociación, y *operari*, verbo que refiere a operar, ejercer, practicar, producir. A diferencia de la colaboración, que también se relaciona con la acción conjunta, la cooperación es más específica. Aquella remite a la labor en común y no focaliza meta o propósito puntual. La cooperación, en cambio, conecta con un fin concreto. Se coopera para un logro determinado, para arribar a una meta claramente definida. John Stuart Mill, filósofo y economista escocés cuyas ideas sobre la libertad, la felicidad y la democracia siguen influyendo en el pensamiento contemporáneo (al respecto bien vale una lectura o relectura de su obra *Sobre la libertad*[35]), sostenía que "no hay mejor prueba del progreso de la civilización que el progreso del poder de cooperación".

En sociedades como las de hoy, que han ido virando hacia el individualismo extremo, el hedonismo egoísta, el olvido del bien común en beneficio del propio y la indiferencia por el otro, la cooperación se reafirma como condición necesaria para la supervivencia humana y para la creación de espacios de convivencia en los que cada persona pueda desarrollar sus

potencialidades para autorrealizarse y para contribuir a la comunidad. La evolución del capitalismo en una dirección cada vez más utilitaria, en la cual la rentabilidad es más importante que las personas (es el camino que va del capitalismo de producción al financiero), pone sobre la mesa la tajante polarización que hoy se abre ante nosotros. Cooperar o confrontar.

Según se ponga el acento en uno u otro polo, cambian los valores, los propósitos, la manera de vincularse, de trabajar y de vivir. Como valores de la cooperación se pueden citar el propósito común, el registro de la existencia del otro, el respeto, la confianza, la aceptación y valoración de la diversidad. En el paradigma de la confrontación se destacan, en cambio, los intereses propios por sobre los de la comunidad, la desconfianza, la indiferencia hacia el prójimo, el "primero yo". Cuando se coopera, la convivencia es primordial. Cuando se confronta cobra importancia la competencia.

Dos visiones del futuro

Competir no está mal. Pero hay que ver cómo y para qué. Cuando se vive bajo las normas de la confrontación se compite "contra" alguien o algo. Si, en cambio, se habitan espacios cooperativos se compite "con". En el primer tipo de competencia el fin esencial es ganar o eliminar al otro. Ese es el fin. Cuando se compite "con", la competencia es un medio para el desarrollo de recursos propios, es una forma de autoconocimiento e incluso se pueden establecer términos de colaboración con el competidor. Ganar es una consecuencia posible, pero no es el fin último y único. Al transformar el ganar o el imponerse al otro en el fin primordial, la visión competitiva predispone a justificar los medios. En el paradigma cooperativo, en cambio, el medio debe adecuarse al propósito común. Hecha esta distinción, el lector puede levantar la

mirada, observar el mundo en el que vive y preguntarse si este se rige por coordenadas de confrontación o de cooperación. Las formas de convivir en uno y otro caso no son las mismas, el estado de ánimo, los vínculos que se construyen y las huellas que se dejan, tampoco lo son.

Quizás también difieran, y mucho, las visiones sobre el futuro. En el fondo del modelo mental confrontador está la creencia de que "no hay para todos". La escasez ocupa el centro del escenario. Los teóricos del utilitarismo egoísta plantean que ni los alimentos, ni el trabajo, ni el espacio físico, ni los recursos naturales, ni, desde ya, los puestos a que se aspira bastarán para todos, de manera que hay que procurarse cuanto antes lo propio. Esto convierte de inmediato al otro en un enemigo. Quiere lo mismo que yo y no alcanza para los dos. Debo imponerme a él, ganarle, eliminarlo, sacarlo de la cancha. ¿Por qué medios? Se verá. En esta cosmovisión la vida es guerra. No se habla de herramientas para vivir sino de armas para la supervivencia. Con herramientas se construye, con armas se destruye.

Una cosmovisión cooperativa, en cambio, crea condiciones para que quienes orientan sus valores y conductas en función de ella encuentren en su modo de vivir, relacionarse y trabajar, numerosos momentos de sentido. Son esos momentos, breves o prolongados en el tiempo, en los que sentimos que solo por lo que ocurre en ellos, y por experimentarlos, toda nuestra vida mereció ser vivida, independientemente de sus dolores, pérdidas, imposibilidades u otros imponderables que son inherentes a la existencia.

Como señala la psicoterapeuta y escritora austríaca Elisabeth Lukas, esos momentos en que percibimos el sentido de nuestra vida están vinculados a algo que hicimos o nos pasó relacionado con el otro, con los otros[36]. El sentido existencial jamás aparecerá en la confrontación, en el aislamiento narcisista, en la cerrazón egoísta, sino en las tramas de cooperación, aceptación y convivencia que

construimos y en que nos incluimos con otros.

Cada día nos ofrece una oportunidad de construir o fortalecer campos cooperativos. Esas oportunidades están en la pareja, en la familia, en el trabajo, en el barrio, en el consorcio, en cada uno de los lugares en donde protagonizamos cotidianamente nuestra vida. No depende más que de nuestra actitud. Confrontar o cooperar es una opción que cada uno resuelve bajo su propia responsabilidad. Las consecuencias son diferentes y opuestas. También lo son las formas de vida consecuentes.

35. John Stuart Mill, *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Barcelona, 1970.
36. Elisabeth Lukas, *El sentido del momento*, Paidós, Barcelona, 2008.

Librados a la suerte

¿Se puede convocar a la suerte? ¿Acude ella a nuestros llamados? Si nos guiáramos por las variadas cábalas que se observan entre los protagonistas del mundo deportivo y del espectáculo, entre estudiantes que van a dar un examen, entre personas que van a una entrevista laboral, entre quienes están por cerrar un negocio, entre los que acuden a un primer encuentro con alguien con quien esperan concretar una relación amorosa, o entre políticos y candidatos en días de elecciones, habría que decir que la suerte está con el oído atento. ¿Pero acude? Muchos repiten sus cábalas y rituales y siguen entregándose a esos dados del destino una y otra vez, aunque nunca salga su número.

Thomas Jefferson (1746-1823), principal inspirador de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, y tercer presidente de ese país, decía: “Yo creo mucho en la suerte, y observo que cuanto más trabajo más suerte tengo”. Una frase con la que le quitaba a la suerte su halo mágico y misterioso y la proponía como el resultado de un proceso y un esfuerzo. Sin embargo, no es un argumento que los escépticos acepten de buena gana. Muchos de ellos están convencidos de que hay gente que trabaja y se esfuerza y no sale de sus penurias, mientras otros holgazanean y

son premiados por el azar. De ahí el viejo refrán según el cual unos nacen con estrella y otros nacen estrellados.

Pero ocurre que suerte y azar no son la misma cosa. Al menos según el ensayista libanés Nassim Nicholas Taleb, célebre creador de la categoría de "cisne negro", la que define a aquellos acontecimientos altamente improbables o directamente impensables, que, sin embargo, ocurren. Taleb, un especialista en fenómenos aleatorios (los que no figuran en ningún cálculo) dedicó su obra *¿Existe la suerte?*[37] al estudio de esta cuestión. El ensayista no tiene, al menos desde un principio, una respuesta asertiva y única a la pregunta con que titula su libro. Puede haber ocurrido, dice, que hace cientos de años un hombre viera que empezaba a llover en el mismo momento en que él se rascaba la nariz, y que, desde entonces, se haya convencido de que rascarse la nariz trae buena suerte, sobre todo en épocas de sequía. Con que esta creencia se difundiera entre los suyos, ya tendríamos una cábala y una convicción sobre la suerte.

Hay formas más refinadas, según este autor. Por ejemplo, un político puede estar convencido de que él, durante su gestión, creó miles de fuentes de trabajo, al contrario de lo que ocurrió con su antecesor. Pero quizás eso se debió a que una serie de hechos ajenos a él y a su voluntad produjeron condiciones con las que el anterior gobernante no contó a pesar de tener mejores ideas e iniciativas. Es muy común, escribe Taleb, que se llame habilidad a la suerte o que se denomine determinismo al azar. Así, se ven causas determinantes en hechos azarosos e inexplicables y a partir de ahí se termina por elaborar complejas teorías. Al no aceptar la existencia del azar, porque los seres humanos se resisten a vivir con la incertidumbre y con lo misterioso, se dan curiosos significados a cualquier cosa y se llega a todo tipo de interpretaciones que suelen tomarse como fundamentadas. Ocurre mucho de esto en la economía, cuyos cultores viven elaborando hipótesis extrañísimas

en el afán de demostrar que hechos pasados e inesperados eran previsibles y fueron anunciados, aunque ni remotamente haya ocurrido así. En esta discutida ciencia (suponiendo que lo sea), el azar no deja de meter la cola y de contradecir enfáticamente a los especialistas.

El valor de la conducta

Como Jefferson, también Taleb cree que el éxito moderado es producto de la habilidad y del trabajo, mientras que el éxito fugaz sí se debe a la suerte. Lo que vale, entonces, es mantener la conducta. Quizás esta misma convicción llevaba a un seleccionador del fútbol argentino a decir que a sus jugadores jamás les deseaba suerte antes de entrar a la cancha. Solo les auguraba éxito, porque, afirmaba, el que tiene talento no necesita de la suerte.

Jugando con estas ideas, Taleb elaboró una "Tabla de confusiones". Se confunde habilidad con suerte, dice allí, azar con determinismo, probabilidad con certeza, creencia con conocimiento, teoría con realidad, previsión con profecía, ruido con señal, contingente con necesario. No se trata de confusiones menores, porque basándose en ellas se toman decisiones familiares, personales, políticas, económicas, deportivas, etcétera, que suelen afectar no solo a la vida de quien decide sino a muchas otras. Es muy común, sostiene el pensador libanés, que a un idiota con suerte se lo considere como inversor habilidoso y que, como consecuencia, se hable de su "método" (inexistente, por supuesto), que se escriban libros sobre él, que se convierta en *best seller* su biografía (generalmente una vida plana y sin atractivos) y que, en fin, aquel golpe de suerte no se repita entre quienes aspiran desesperadamente a emularlo.

El gran historiador y prolífico escritor de ciencia-ficción Isaac

Asimov (1920-1992), a quien se debe la apasionante saga que incluye las novelas *Fundación, Segunda fundación* e *Imperio*, se refería a estas cuestiones de un modo sintético: “La suerte favorece sólo a la mente preparada”. El mismo tiempo que algunos dedican a preparar cábalas y rituales, consultar oráculos y atiborrar de oraciones a santos que están ocupados en otras cosas, y que acaso no tengan tiempo para tanta demanda, otros lo invierten en desarrollar recursos interiores y externos y a preparar las condiciones para aquello que aspiran lograr. El trabajo sin suerte resulta más dificultoso, pero la suerte sin trabajo no suele ser más que una ilusión pasajera.

Como el reloj roto

En su libro, Taleb incluye un ejemplo interesante. Supongamos que 5000 personas apuestan que una moneda arrojada al aire caerá del lado “cara”, y otras 5000 auguran que lo hará del lado ceca. Los perdedores salen del juego. Tras la prueba, de las 10.000 personas iniciales quedarán 5000. Se vuelve a arrojar y otra vez la mitad apuesta por una posibilidad y la mitad restante por la otra. Quedarán 2500. El juego sigue y en el paso siguiente quedarán 1250. Luego 625, después 313, más tarde 157, posteriormente 79, y así. Al final se alabará la intuición, la habilidad y la inteligencia de quienes “supieron apostar” hasta llegar triunfadores al final. Pero fue siempre suerte, porque, como asegura un viejo dicho popular, “Incluso un reloj roto acierta dos veces por día”.

Quien apuesta a la suerte suele apostar a una única posibilidad. Abundan quienes disimulan esta conducta con teorías que, dice Taleb, solo pueden considerarse como charlatanerías por muy atractivo que sea su envase. Ocurre en todas las actividades. Por supuesto, la suerte existe y sus mecanismos son misteriosos. La

razón tiene sus límites, pero no por eso hay que dejarla de lado para entregarse a ilusiones esotéricas. Cicerón, filósofo y político de la antigua Roma, a quien se considera el mejor orador de todos los tiempos, aconsejaba guiarse por la probabilidad (aquello que podría ocurrir y puede probarse), antes que por las certezas (que suelen ser la cobertura de las creencias ciegas). Y si la suerte acompaña, mejor.

37. Nassim Nicholas Taleb, *¿Existe la suerte?*, Paidós, Buenos Aires, 2011.

3. CÓMO PENSAMOS

Con una herramienta desaprovechada

Al calor de la euforia por las neurociencias, en los últimos años se multiplicaron las novedades y conocimientos sobre el cerebro, aunque esto parece correr en dirección inversa al uso que hacemos de él. Cuanto más lo conocemos pareciera que más regresamos a su etapa primitiva. Un fuerte indicio de esto se verifica en el estado del mundo contemporáneo. Guerras declaradas y no declaradas, atentados terroristas, aumento del crimen organizado, y del desorganizado también, la agresión como forma cotidiana de "comunicación", violencia en las calles, en los estadios, en los hogares, gobernantes de países distintos que se insultan entre sí, parlamentarios que terminan sus sesiones a las trompadas, automovilistas que estallan y se pelean por nimiedades, linchamientos mediáticos, físicos y virtuales, foros de internet que se usan como vaciaderos de amenazas, resentimientos y descalificaciones, programas de televisión que recuerdan a reñideros. Son comportamientos primitivos que no se corresponden con la evolución del cerebro humano.

Nuestro cerebro pesa alrededor de un kilo y medio y está constituido por unos cien mil millones de células (neuronas). Estas establecen permanentemente nuevas conexiones entre sí,

estimuladas por lo que vemos, sentimos, oímos, olemos, pensamos, leemos, imaginamos. Esas conexiones se llaman sinapsis. Parte de estas responden a programas genéticamente predeterminados. Muchas otras se originan en nuestras experiencias, nuestras elecciones y según los rumbos que toma nuestra vida. La multiplicidad de sinapsis es origen y consecuencia, según cómo se mire, de la extraordinaria plasticidad del cerebro.

Algo más que reptiles

La historia de este órgano puede leerse como la historia de la evolución de la especie humana desde nuestros primitivos ancestros hasta quienes somos hoy. Como el de las otras especies, nuestro cerebro comenzó por ser *reptílico*, constituido por el tronco y el cerebelo. Al igual que el de criaturas primitivas, se dedicaba a regular las funciones básicas para la supervivencia. Aún conservamos ese cerebro primitivo y es la sede de los instintos y las reacciones que estos provocan. Si no hubiésemos evolucionado, hoy seríamos un reptil más, la criatura con menor desarrollo cerebral. Ese cerebro inicial, queda dicho, permanece en nosotros y determina dos reacciones básicas ante situaciones extremas: luchar o huir. Pero al compás de nuestro desarrollo como especie, otras dos capas se le sumaron, como en una cebolla.

Una, que hoy sería la capa media, es el mesencéfalo. Este es el cerebro que nos lleva de la condición de reptiles a la de mamíferos y se llama también cerebro *límbico*. Va del encéfalo al bulbo raquídeo y se encarga de recoger información de nuestros sentidos, de regular el sueño y movimientos esenciales de nuestros músculos. Es el gestor del sistema nervioso autónomo o involuntario (gracias al cual parpadeamos, respiramos, circula nuestra sangre, late nuestro corazón, todo sin intervención de la voluntad).

Por fin, aparece la tercera capa, la que, podríamos decir, nos hace humanos. El *neocórtex*, producto de un gran salto evolutivo, con sus lóbulos frontales que nos permiten aprender, imaginar, calcular, tomar decisiones, proyectar, entender nuestros propios sentimientos y sensaciones, tener conciencia de nosotros mismos (autodesignarnos con la palabra "yo" y comprender que somos diferentes de "tú", al tiempo que entendemos la noción de "nosotros"). Gracias a este "cerebro nuevo", razonamos y podemos desarrollar el pensamiento crítico. Este cerebro es lo que comúnmente se denomina corteza cerebral.

El orden en que se desarrolló nuestro cerebro "tripartito" abarca una muy extensa cronología. Hace más de 500 millones de años, según estudios científicos, aquel cerebro reptílico inicial empezó su evolución, que se prolongaría con la aparición del cerebro medio. Este, responsable de coordinar nuestros movimientos corporales, la motricidad gruesa y fina y la orientación espacial, tuvo su evolución entre 500 y 300 millones de años atrás. Y hace unos 300 millones de años que somos algo más que simples mamíferos gracias al desarrollo del neocórtex. Como quedó dicho, es el que nos lleva más allá del instinto primario, el que nos abre un abanico de posibilidades que trascienden la reacción inicial de "luchar o huir", el que nos permite hablar de amor, de espiritualidad, desarrollar y exponer argumentos, el que nos llevó a crear la palabra y, con ella, un lenguaje complejo y único, el que nos condujo a concebir comunidades y sociedades que son tramas extraordinarias, el que nos lleva a hablar de valores, a crear leyes, a desarrollar herramientas y tecnologías. Con él damos un salto de la inteligencia práctica al pensamiento abstracto. Hay una estrecha relación entre el neocórtex y lo que el gran médico y pensador vienés Viktor Frankl, padre de la logoterapia (sistema filosófico orientado a profundizar en el poder terapéutico encerrado en el descubrimiento del sentido de la propia vida) llamaba la dimensión

“noógena” o espiritual, que diferencia al hombre de las demás criaturas. El ser humano puede trascender lo meramente biológico e incluso la predeterminación psíquica, e ir más allá, comprender que vive para algo y realizar ese algo, decía Frankl.

En realidad, otros mamíferos cuentan con neocórtex, lo que da cierta complejidad a sus conductas. Pero ninguno en la proporción del ser humano, en cuyo cerebro el neocórtex significa el 90% del total.

El ocaso de la razón

Cuidarse, cuidar, preservar su vida y la de sus compañeros más cercanos y directamente vinculados son funciones básicas de los sistemas nerviosos de todos los seres vivientes, recuerda Patricia S. Churchland, neurofilósofa canadiense, en su libro *El cerebro moral*. De ahí que haya conductas solidarias innatas. La confrontación entre “ellos” y “nosotros” aparece en el devenir humano cuando, una vez organizados en estructuras cada vez más complejas (familias, tribus, villas, poblaciones, ciudades, países), los individuos se encierran en sus guetos, olvidan que necesitan del otro como condición de la propia supervivencia y comienzan a ver a ese prójimo como medio para un fin, como enemigo o como aquel de quien obtener lo que uno no produce o no tiene. Se pasa de la cooperación a la confrontación.

En ese punto pareciera que el neocórtex se paraliza y el cerebro reptílico toma el timón valiéndose de la amígdala. Esta se encuentra debajo de la corteza y determina la reacción que sigue a las emociones. Miedo, ira, satisfacción están en su área. Cuando se pierde la conexión entre amígdala y lóbulos prefrontales todo es emoción, todo es pura reacción, y el razonamiento desaparece. ¿Está la sociedad contemporánea bajo el imperio de la amígdala?

¿Está desapareciendo la conciencia superior, esa maravillosa herramienta que nos proporcionó la evolución? ¿Somos protagonistas de la tremenda paradoja que significa ser dueños de un cerebro reptílico para nuestras relaciones sociales y personales y del neocórtex solo para aplicarlo a la invención tecnológica, aunque desprovista de contexto ético? Acaso como nunca, y de manera dramática, sea tiempo de usar el cerebro para algo más que para dedicarlo a interminables, sofisticados y a veces improbables estudios sobre el propio cerebro, como si este fuera un artefacto al que se le bajan aplicaciones o, peor, como si en realidad fuera una aplicación en sí mismo, disociado de la totalidad del ser. Quizás haya llegado la hora impostergable, a la vista de cómo anda el mundo, de valerse del maravilloso potencial del cerebro humano para ponerlo al servicio de la evolución moral, aspecto en el que estamos muy retrasados respecto del progreso tecnológico. Y esto es inquietante, pues puede convertirnos en reptiles con herramientas peligrosas en su poder.

Con un razonamiento que nos enjaula

"Soy así y no voy a cambiar". Muchas personas se aferran a esta consigna y atraviesan la vida abrazadas a ella. En el camino pierden oportunidades, afectos y horizontes, y ganan sufrimientos y decepciones. En otros casos el diagnóstico del cambio imposible proviene desde afuera. "Es inútil, no hay forma de cambiarlo", proclama alguien refiriéndose a un tercero. ¿Qué es "ser así"? ¿Y qué significa la imposibilidad de cambio? Confrontar con estas preguntas puede llevarnos a la comprobación de que nadie, por mucho que lo afirme, "es así". Se trata de un pensamiento determinista. Un cepo mental.

En su libro *Sobre la agresión*[38], el célebre etólogo austríaco Konrad Lorenz (1903-1989), ganador del Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1973 por sus investigaciones sobre el comportamiento instintivo, sostenía que, tanto en el hombre como en los animales, los instintos innatos son semejantes a los programas de las computadoras. Así, las abejas estarían "programadas" para hacer miel, los gatos para cazar ratones, los pájaros carpinteros para horadar la madera y los seres humanos, tal como muchos de ellos proclaman, para "ser así". ¿Dónde radicaría, entonces, la diferencia entre un humano y una abeja? Es difícil

decirlo, puesto que ambos estarían condenados desde su origen a un comportamiento inmodificable.

Esto acarrea para los humanos un problema filosófico y moral con el que no se topan los animales. La ausencia de la libertad. No es lo mismo no estar en cautiverio (algo que puede ocurrirle tanto a los animales como a los humanos) que ser libre. Libertad no es ausencia de rejas o de límites. Libertad es, en realidad, capacidad de elegir, de ir más allá de los determinismos y de hacerse cargo de la elección y sus consecuencias. Por ese motivo libertad y responsabilidad van hermanadas.

La dimensión "noética"

Cuando digo "soy así" o cuando decimos de otro que "es así", y en ambos casos damos por cerrada toda otra alternativa, estamos afirmando que somos prisioneros del determinismo y que no hay posibilidad de cambio. Contra esta idea se alzó a lo largo de su vida y de su obra el gran médico austríaco y estudioso de la filosofía Viktor Frankl. Durante sus estudios escuchó a un profesor decir que la vida humana es simplemente un proceso de oxidación y combustión. "¿Cuál es entonces el sentido de la existencia?", se preguntó. Y ese interrogante orientó su trabajo y dio nacimiento a la logoterapia, una corriente psicoterapéutica que incluye la dimensión espiritual. Como los animales, decía Frankl, los humanos tenemos una dimensión biológica que nos condiciona. Y como ellos también tenemos una dimensión psicológica de la que derivan ciertos complejos y comportamientos efectivamente "programados". Pero accedemos en forma exclusiva a una tercera dimensión, que no compartimos con ninguna especie. La llamaba "noética". El nombre proviene del término griego *nous*, que define tanto a la mente como a la conciencia y al espíritu, en una

acepción no religiosa. La dimensión noética, explicaba Frankl, está en todos los humanos, sean religiosos o no. Es la que nos lleva a formularnos preguntas existenciales, tomar decisiones más allá de lo instintivo, desarrollar proyectos de vida, desplegar el pensamiento crítico, realizar potencialidades, vernos como parte de un todo que lo trasciende.

Las personas pueden ser biológicamente programadas, como los animales, pero desde la perspectiva existencial son libres de resistirse a esa programación. Nuestra sangre circula, nuestros pulmones respiran, nuestro corazón late, nuestros ojos son de un determinado color, nuestra altura alcanza cierta cantidad de centímetros. Nada de eso depende de nuestra voluntad. En ese plano "somos así" y no hay discusión. Pero distinta es la cuestión cuando hablamos de comportamientos, valores, actitudes, aspiraciones, elecciones, decisiones. En síntesis, cuando ejercemos nuestra libertad.

Cada vez que debía explicar a sus alumnos qué es un comportamiento neurótico, Viktor Frankl señalaba que la neurosis podía definirse en la frase: "Es así como estoy obligado a ser". Un comportamiento saludable resulta, en cambio, el de la persona que dice "Siempre puedo cambiar".

Cambiar no significa, sin embargo, convertirse en otro, sino actualizarse. Esto significa tener conciencia de las circunstancias que se viven y de los propios atributos, para establecer conexión entre ambas cosas. Hay en el fondo de cada persona algo esencial que le es propio. Joseph B. Fabry (1905-1999), discípulo y gran amigo de Frankl, llamaba a eso una "huella dactilar espiritual" (en la cristiandad se denomina alma, en el hinduismo "atman" y en la filosofía existencialista "yo"). Esa huella, afirmaba Fabry, permite al humano salir de la prisión de los determinismos físicos y mentales para buscar el sentido de su vida y realizarse en el mundo, con los otros. Fabry trae a colación un ejemplo que Frankl

solía repetir. “Un avión no deja de ser un avión cuando carretea en la pista, pero su verdadera naturaleza se manifiesta cuando vuela en el aire. De la misma manera, el hombre no deja de ser humano cuando actúa en el plano meramente psicofísico; no obstante, su esencia humana sólo se manifiesta cuando se eleva a la dimensión noética”[39].

Verbos en conjugación

Encallar en la consigna “Soy así” equivale, desde este punto de vista, a ser un avión que solo carretea, pero no se permite levantar vuelo por temor a abandonar el suelo. Es declararse terminado, inmovilizado. *Game over*. Pero en tanto seres vivos estamos sometidos a una constante transformación (característica de las criaturas vivientes) que va más allá de nuestra voluntad y, a menudo, de nuestra conciencia. La aceptación de este hecho puede permitir que en lugar de afirmar “soy” digamos “estoy siendo”. Ese es nuestro presente. Un pasaje entre un futuro siempre fugaz, pues avanzamos hacia él, y un pasado que se modifica constantemente alimentado por aquello de ese futuro que, tras un veloz paso por el presente, lo engrosa. Nadie “es”, entonces, de una manera rígida, estática, como una imagen congelada en un punto del tiempo.

“Estar siendo” significa que nuestra real condición es la de gerundios. No somos verbos ni conjugados ni a conjugar, sino en conjugación. Y en esa transición permanente dejamos la impronta de nuestra “huella dactilar espiritual”. Escapamos de la trampa que nos tendemos a nosotros mismos cuando proclamamos “soy así”. Y podemos aventurarnos en la experiencia de, realmente, explorar quienes vamos siendo.

38. Konrad Lorenz, *Sobre la agresión*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2016.
39. Joseph B. Fabry, *La búsqueda de significado*, Ediciones LAG, México, 2008.

Aferrados a una sola verdad

Imaginemos a tres personas ubicadas en diferentes lugares de un salón y a desiguales distancias de una escultura que se encuentra en el centro de la sala. Ahora pidámosle a cada una de ellas que describa la escultura con la mayor fidelidad posible. Tras escucharlas es probable que nos encontremos con tres esculturas diferentes. En cada descripción influirán múltiples factores. Acaso una persona sea miope. Otra verá desde su posición detalles que para las otras están ocultos (un brazo o una mano de la figura esculpida, un pliegue en la ropa, una zona iluminada). Al mismo tiempo no accederá a aspectos que las otras ven (una sombra que aumenta un volumen, un escorzo). Si guiándonos por las descripciones debiéramos decidir cómo es la estatua, ¿qué diríamos?

Quizás antes de responder debiéramos ubicarnos por un momento en cada uno de los lugares que estas personas ocupaban. Entonces descubriríamos que las tres descripciones eran certeras. Acaso no eran completas, porque ninguna de las tres personas veía la totalidad de la escultura, sino la perspectiva que su ubicación le brindaba. Pero no dejaban de ser certeras. Lo que detallaban estaba ahí y era comprobable. ¿Dónde está la verdad de la escultura,

entonces? En cada descripción, no en una sola. Lo que cada una contiene es, en todo caso, una porción de la verdad, una mirada sobre ella. No existe en este ejemplo una verdad absoluta. O sí. La verdad absoluta es que allí había una estatua. Esto es lo único que ninguno podrá negar, salvo que actúe de mala fe, o cegado por la necedad.

Cada día, a cada momento, nos encontramos ante circunstancias, cosas, fenómenos, situaciones que nos tienen como protagonistas o testigos en simultáneo con otras personas. Y frecuentemente este hecho desemboca en enfrentamientos, desencuentros y polémicas desgastantes y dañinas debido a que no aceptamos que no percibimos la totalidad de la cuestión, sino solo aquello que nuestra perspectiva nos permite registrar. Y la misma indignación que nos asalta cuando alguien niega que las cosas sean como las estamos percibiendo desde nuestro lugar, es la que se apodera del otro o de cada uno de los otros, cuando a nuestra vez no aceptamos sus miradas sobre la situación.

La única posibilidad

En la política, en la religión, en el deporte, en la economía, en la cultura y en numerosas facetas de la vida pública y privada, tanto en la intimidad como socialmente, es común que se trate de imponer verdades parciales como si fueran verdades totales. Dogmas, mandatos y consignas que se repiten y se imponen son enarbolados como verdades indiscutibles. Nadie dice “mi verdad” (lo que significaría “lo que veo desde donde estoy”). Se habla de “la verdad” y allí se cierra toda discusión. La posesión de ella pareciera dar derechos y se actúa en nombre de estos. La consecuencia se traduce en descalificaciones, autoritarismos, violencia verbal o física. Quien toma una parte por el todo limita su

visión del mundo, empobrece su existencia, cierra su razón, pierde perspectiva, deja de comprender, se ausenta de la empatía tan necesaria y esencial en la construcción de los vínculos humanos. De hecho, abundan quienes abrazados a "su" verdad, convencidos ciegamente de que no hay otra posibilidad, se encierran en un reducto mental y emocional tan pequeño como rígido y quedan de espaldas al mundo, a su riqueza, a su diversidad y a su belleza.

Otras personas admiten la verdad del otro siempre y cuando coincida con la propia y la confirme. Es decir, mientras no las obligue a argumentar, revisar, comprender, evaluar e incluso dudar. Ante situaciones de este tipo refuerza su valor una reflexión del gran novelista británico Graham Greene (1904-1991), autor de conmovedoras y apasionantes novelas que invariablemente plantean agudos dilemas morales, como *El americano impasible*, *El poder y la gloria*, *Un caso acabado* y *El cónsul honorario*, entre otras. "Intento comprender la verdad, aunque esto comprometa mi ideología", decía Greene. Y se disponía así a uno de los más difíciles ejercicios de apertura mental, de honestidad intelectual y de aceptación que pueden atravesar los seres humanos en tanto criaturas sociales y morales. Lo habitual es encontrar actitudes que están en las antípodas de la de Greene. Personas que se aferran a su verdad hasta convertirla en armadura protectora. Al parecer temerosas de que la aceptación de otra mirada amenace a su integridad o a su identidad.

Que la realidad tenga matices y que el registro de esos matices termine por dibujar el mapa de la verdad, conlleva el riesgo del relativismo. Por ejemplo, llegar a la conclusión de que, al no haber una verdad absoluta, todo vale. El filósofo Allan Bloom (1930-1992) advirtió contra este riesgo en su libro *El cierre de la mente moderna*[40], en el que señaló que el relativismo acabó con el objetivo central de la educación: la búsqueda de una vida buena. Desde los tiempos de Aristóteles se entiende por vida buena una

existencia sostenida por valores puestos en práctica y orientada a la exploración del propio sentido antes que a los simples aspectos materiales.

Respetar el contrato moral

En nombre del relativismo se dice que todo es según el cristal con que se mire y que no se puede emitir juicio sobre otras conductas. Suena correcto, pero no deja de aparecer como un modo de evadir responsabilidades y compromisos respecto de los temas esenciales de la convivencia social. Aquí regresamos al principio. El hecho de que cada momento, individuo, fenómeno o situación solo pueda ser descripto desde el lugar en que alguien lo ve, no exime a esta persona de definirse acerca de los valores acordados en el contrato moral que hace posible la existencia de la comunidad humana.

Pasémoslo en limpio. Cada persona puede elegir su manera de vivir y, mientras no afecte a la mía, yo tendré, a mi vez, otro modelo que no será más "verdadero" que el de aquella persona. Pero más allá de lo que cada uno decide hacer con su vida, hemos acordado una verdad social y moralmente aceptada: el valor de la vida. Por lo tanto, sin dejar de respetar la diversidad como base esencial de la realidad, tomaré siempre partido frente a quienes atentan contra la vida y la integridad física, emocional o psíquica de otras personas.

Esto no quita que, en una sala y ante una estatua, sigan existiendo las descripciones diferentes. Vemos distintas maneras de vivir (llamémosle diferentes verdades). Las vemos en seres que viven. Que estamos vivos es una verdad "absoluta" e innegable. Lo seguirá siendo en la medida en que nos comprometamos a respetar la vida. Se trata de estar a favor de que la estatua siga allí, aunque

luego no todos la veamos igual. Y recordar, quizás, una sentencia de Rabindranath Tagore (1861-1941), poeta y narrador indio, Premio Nobel de Literatura: “La verdad no está de parte de quién grite más”.

40. Allan Bloom, *El cierre de la mente moderna*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989.

Encadenados a una falacia detrás de otra

Lionel Messi es considerado el mejor futbolista del planeta, en la Copa del Mundo juegan los mejores, Messi juega para la selección argentina y por lo tanto la Argentina debería ser campeona del mundo de fútbol. El doctor Fulano posee una enorme biblioteca atiborrada de libros, las personas instruidas y cultas leen mucho, de manera que el doctor Fulano es una persona muy sabia e inteligente. Mengano acude semanalmente a una consulta psicológica, los psicólogos atienden cuestiones psíquicas, entonces Mengano tiene problemas mentales. El jazz tiene su origen en canciones y danzas de los esclavos negros, John es negro, seguro que será un gran jazzista. En los países de clima tropical el calor impide trabajar durante largas horas del día, Juan vive en uno de esos países, no hay duda de que Juan es vago. Las brujas tienen gatos negros, mi vecina tiene un gato negro, en consecuencia mi vecina es bruja.

Se pueden enumerar infinidad de formulaciones de este tipo, expresadas como verdades irrefutables. En la medida en que se suceden van configurando conversaciones, apoyan convicciones, se convierten en verdades de a puño y, en fin, terminan por construir una visión del mundo y de la vida. Las oímos a cada paso, y no solo

eso. Posiblemente nadie, con una mano en el corazón, podría afirmar que no ha dicho y repetido alguna de estas afirmaciones, o quizás todas, en algún momento de su vida. Además de aquellas que, con un poco de memoria y de buen oído, podría agregar a la lista. Parecen verdades indesmentibles, conclusiones de una lógica sólida y fundamentada, y, sin embargo, no lo son. Se trata de falacias.

Una fatigosa tarea

Como los sofismas, como las perogrulladas (aparentes obviedades que no se verifican previamente), como las preguntas capciosas, como los supuestos, como las ilusiones y otras tantas piruetas argumentales, las falacias son tentadores traspiés del razonamiento que resultan verdaderos obstáculos para el pensamiento crítico. Así las define el filósofo británico Nigel Warburton, doctorado en el Darwin College de Cambridge, y reconocido divulgador de temas filosóficos[41]. Su exploración de la falacia en las variadas versiones en que esta se manifiesta es útil para advertir la maraña de errores lógicos en que vivimos envueltos y las consecuencias de estos en nuestras acciones y en nuestros vínculos.

Aunque resulte paradójico, los errores de pensamiento devienen de los atajos que tomamos justamente para no pensar. Al menos para no pensar por cuenta propia. Ya decía el filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) que la renuncia a pensar bajo la propia responsabilidad en lugar de acogerse a ideas prefabricadas o a pensamientos de otros, congela a las personas en una perpetua minoría de edad[42]. Así lo expresaba: “Pereza y cobardía son las causas por las cuales una parte tan grande de la humanidad, después de largo tiempo de que la naturaleza la declare libre de cualquier dirección ajena, permanezca gustosamente en la minoría

de edad, y de por qué a esas personas les resulta tan difícil erigirse en sus propios tutores". Kant vendría a decir que quien no ejerce un pensamiento propio y crítico no es autónomo y libre. Y hace tres siglos escribía algo que cabe a la perfección en los tiempos actuales: "Es tan cómodo ser menor de edad. Si tengo un libro que juzga por mí, un director espiritual que remplaza mi conciencia, un médico que me dicta la dieta, etcétera, entonces yo mismo ya no necesito molestarme. No tengo necesidad de pensar, otros me sustituirán en la fatigosa tarea".

Las falacias vienen, justamente, a dispensarnos de esa "fatigosa tarea". Warburton define a la falacia como un argumento en el cual las premisas pueden ser verdaderas, pero la conclusión no lo es necesariamente. Que Messi juega en la selección argentina es cierto, que es considerado el mejor futbolista del planeta también lo es, pero que por ello la Argentina vaya a ser campeón mundial, no resulta verificable. Y no ocurrió, al menos en las primeras cuatro Copas del Mundo en las que participó, desde 2006. Lo mismo puede aplicarse a todos los ejemplos iniciales de este texto.

Warburton da un ejemplo tan claro como estremecedor. Toma el tema de los gatos y las brujas. Si todas las brujas tienen gatos negros, dice, y mi vecina tiene un gato negro, indudablemente mi vecina es una bruja. La pereza mental lleva a omitir un punto importante. La primera premisa dice que todas las brujas tienen gatos negros, lo cual podría ser cierto. Pero no dice que todas las mujeres los tienen. Y mi vecina es una mujer. Eso sí es comprobable y verdadero. Que sea una bruja es una conclusión no verificada de mi parte. Un grueso error de razonamiento. Razonamientos de este tipo han originado genocidios, persecuciones, xenofobia, discriminación, guerras. Y lo siguen haciendo.

En cierto modo podría decirse que vivimos en un mundo falaz, y que buena parte de nuestras conversaciones se basan en

conclusiones falsas de premisas verdaderas. Esto tiene un agravante. Esas conversaciones reflejan razonamientos, y los razonamientos concluyen en decisiones, acciones y conductas. Aun así, es necesario tener cuidado con el uso de la palabra falacia. Su divulgación hizo que se la aplique para refutar cualquier idea, dato o argumento con el cual no se esté de acuerdo. Lo escuchamos o leemos en discusiones políticas, deportivas, económicas, etcétera. "Eso es una falacia", se dice para desacreditar un argumento. Y con ello se quiere catalogarlo como mentira. Sin embargo, en una falacia los puntos de partida son verdaderos y lo erróneo es la conclusión.

La trampa del ornitorrinco

También hay conclusiones verdaderas que parten de premisas falsas. Warburton da un ejemplo trasladable a otros ámbitos. Todos los peces ponen huevos, afirma. Continúa con la premisa de que el ornitorrinco es un pez. Y concluye en que, por lo tanto, el ornitorrinco pone huevos. Parece lógico. Sin embargo, hay peces que dan nacimiento a sus crías cuando estas ya están desarrolladas. Además, el ornitorrinco no es un pez. Y, sin embargo, pone huevos. Una falacia muy usada por quienes se oponen a las ideas evolucionistas de Charles Darwin es la de sostener que, si de veras descendiéramos del mono, nuestros abuelos (los del árbol genealógico familiar) deberían haber sido simios y nosotros debiéramos ser idénticos a la célebre mona Chita, compañera de Tarzán. Esto conlleva dos obstáculos para el pensamiento. El primero, la reducción al absurdo. Y el segundo, la ridiculización del argumento que se quiere rebatir, sin oponer fundamentos que demuestren lo contrario. Algo muy frecuente en estos tiempos de grietas, polémicas y enfrentamientos cotidianos por el motivo que

fuere.

Vivimos en un campo minado de falacias, y Warburton da cuenta de un gran número de ellas, muchas seguramente insospechadas de serlo. Las falacias se burlan de la razón. Y razonar, como bien advierte el filósofo francés Michel Onfray en su *Manual de antifilosofía*[43], es pensar con orden y método, reflexionar con cuidado, demostrar, probar y justificar. Honrar, en fin, a esta capacidad humana hoy en baja. La capacidad de pensar para entendernos y para entender el mundo en que vivimos.

41. Nigel Warburton, *Pensar de la a A la Z*, Gedisa, Barcelona, 2005.
42. Immanuel Kant, *¿Qué es la Ilustración?*, Alianza Editorial, Barcelona, 2007.
43. Michel Onfray, *Manual de antifilosofía*, Edaf, Madrid, 2016.

Prediciendo el pasado

Los seres humanos somos capaces de llegar a la Luna, de erigir edificios, puentes, catedrales y monumentos impresionantes, de vencer a terribles enfermedades, de construir vehículos y artefactos asombrosos, de descubrir las leyes de la naturaleza, de producir conmovedoras obras de arte, de elaborar un maravilloso intangible como la música. Y también podemos crear terribles instrumentos que provocan muerte y destrucción. Somos capaces de muchas cosas, menos de una: vivir en la incertidumbre, carecer de explicaciones para lo que nos ocurre y nos rodea. Nos resulta insoportable lo aleatorio, el imponderable, lo impredecible. Buscamos y creamos modos para bloquearnos contra ello.

La tecnología nos ofrece promesas en ese sentido. La ciencia también. Nos brindan ilusiones de seguridad, de inmortalidad, nos prometen el fin de las enfermedades, la eliminación de los riesgos, drogas milagrosas, un repuesto para cada órgano y cada miembro de nuestros cuerpos. Y en paralelo con esto, momento a momento se nos ofrece un nuevo seguro contra cada peligro, real o imaginario, cierto o incomprobable. Una sutil contradicción entre la utopía de la seguridad absoluta y la inmortalidad por un lado y la amenaza de lo incierto por el otro.

Pese a todo lo único cierto, fue, es y será la incertidumbre. Navegando en ella evolucionamos y llegamos hasta aquí. Pero no aprendimos a aceptarla. Es una pasajera que nos incomoda y nos angustia. Lo mismo ocurre con lo incomprensible. Creamos explicaciones de manera serial para protegernos de su existencia. Esta necesidad de prevenir lo azaroso y de explicar lo inexplicable produce lo que los psicólogos del comportamiento y los estudiosos de la probabilidad llaman sesgos cognitivos. Son atajos del pensamiento, ejercicios de la mente que nos llevan a explicaciones tranquilizadoras por el camino más corto, independientemente de que esas cortadas se salteen evidencias de la lógica, de la comprobación o de la realidad.

Profetas del pasado

Nassim Nicholas Taleb, ensayista libanés establecido en Estados Unidos, fue durante varios años asesor financiero antes de convertirse en un lúcido analista de probabilidades y en un filoso ensayista. Es el creador de la categoría de *cisne negro*[44]. Así llama a esos acontecimientos que, a pesar de escapar a todas las previsiones y posibilidades lógicas, se producen y existen. Un *cisne negro* no es predecible hasta que aparece. Todos los cisnes son blancos, según demuestran durante siglos las estadísticas, los estudios biológicos e incluso las investigaciones zoológicas. Pero un día, en la laguna menos pensada aparece un cisne negro. Es el momento en que todo lo que se sabe y se dice sobre estas aves pierde su sustento. ¿Qué hacer? Se crea lo que Taleb denomina una “posdicción”. Al revés de las predicciones, que anuncian lo que ocurrirá y exponen por qué sucederá, las “posdicciones” intentan explicar las razones de que haya aparecido el *cisne negro,* presentándolas como si hubieran sido previstas e incluso anunciadas. Son formulaciones clásicas, del

tipo “yo lo sabía”, “estaba calculado”, “lo habíamos advertido”, etcétera. El problema es que si se buscan aquellos cálculos y advertencias previas no aparecen por ningún lado. Es que no existían. El *cisne negro* no habitaba ni en la más audaz imaginación.

A pesar de esto las “posdicciones” prenden, porque generan una tranquilidad que, aun artificial, parece fundamentada. La economía, el deporte, la medicina, la política y hasta los juegos de azar están habitados por legiones de “posdictores”, que disparan excusas muy bien disfrazadas de conjeturas y de sólidas tesis. Como advierte Taleb, muchos de ellos una vez que logran instalar su hipótesis (presentándola casi como una prueba científica) pasan a la categoría de predictores. Despliegan nuevas teorías y estadísticas para prevenir acerca de lo que ocurrirá en el futuro y cómo afrontarlo. El temor a la incertidumbre y la poca o nula tolerancia al imponderable suelen trabajar a su favor. Sin embargo, Taleb actúa nuevamente como aguafiestas. Lo que va a ocurrir, dice, no se puede prevenir ni explicar. La razón es muy sencilla: no ocurrió. No hay una sola evidencia acerca de sus mecanismos y causas. Y construir predicciones o aventurar probabilidades a partir de las conclusiones obtenidas de un hecho anterior es más que aventurado. Las causas de lo ocurrido operan hacia atrás, no hacia adelante.

Furor interpretativo

En el afán de escapar a lo que no se conoce o no se puede controlar, dice Taleb, se desarrollan algunas falacias lógicas. Por ejemplo, se le llama habilidad a la suerte. Se atribuyen talentos imaginarios y no demostrados a alguien que (en cualquier ámbito, sea deportivo, empresarial, político, artístico, etcétera) tuvo suerte, y de inmediato se intenta explicar y repetir su “método”. Aparecen

biografías “demostrando” que lo suyo fue producto de estrategias inteligentes y se ofrecen recetas basadas en su “idoneidad”. Por supuesto, el golpe de suerte no se repetirá y pronto todos los que buscaron replicarlo irán en busca de lo que Taleb, con su filoso lenguaje, llama “otro idiota con suerte”.

Otra falacia lógica consiste en tomar un hecho absolutamente azaroso e inexplicable y adjudicarle causas necesarias e inevitables. “Demostrar” que es inevitable que ocurra o fatal que haya ocurrido. A partir de ellas nuevamente se construyen sesudas teorías. La no aceptación del azar, de lo imprevisible y de lo incierto lleva a la compulsión de encontrar un significado a todas las cosas. Se desarrolla el *furor interpretandis*, una irrefrenable vocación por el simbolismo que impide ver lo simple y obvio y lleva a considerarlo como señal, causa o anuncio de algo que no está en la realidad evidente, sino en la mente del interpretador. O de sus creyentes.

Estos y otros sesgos cognitivos muy extendidos pueden explicar resultados electorales, deportivos o económicos alejados de todas las predicciones, encuestas, y sesudos diagnósticos y análisis previos. También la asombrosa recuperación de algunos enfermos enfrentados a sombrías perspectivas. Y la repetición de muchos errores, algunos de ellos trágicos, en todos los campos.

Por supuesto, hay cosas que se pueden prever. Pero previsiones y profecías no son lo mismo. Lamentablemente muchas de estas últimas se confunden con las primeras. Como señalaba el austríaco Karl Popper, gran pensador y filósofo de la ciencia, solo se puede aceptar como correcto aquello que fue “falsado”, es decir contrastado y refutado. Es así como la ciencia y el pensamiento producen descubrimientos e ideas que se sostienen en el tiempo. Sabemos que la mayoría de los cisnes son blancos. Pero existen los cisnes negros. Su aparición no niega a los blancos, pero evita que se tejan teorías falsas sobre la exclusividad de estos. Siempre nos espera un cisne negro a la vuelta de la esquina, pero es inútil que lo

busquemos de antemano. Mejor es admitir que no sabemos ni entendemos todo y que esto, lejos de minimizarnos, nos ofrece la posibilidad de vivir despiertos y atentos, abiertos a los inmensos y variados horizontes de la realidad.

44. Nassim Nicholas Taleb, *El cisne negro*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

4. CÓMO NOS RELACIONAMOS

Como fantasmas que simulan amarse

En una ciudad de Los Ángeles apenas futurista, Theodore, un hombre en la mediana edad, transita el final de un divorcio conflictivo. Es escritor (se gana la vida en una empresa en la que redacta cartas de amor a pedido de los usuarios), y una vez cumplido su horario laboral consume su existencia en esporádicos y rutinarios encuentros con unos pocos amigos o dedicándose a juegos electrónicos. No hay novedades en su vida hasta que adquiere un nuevo sistema operativo para su computadora y para su teléfono móvil. El sistema funciona mediante la voz, y se llama Samantha. Responde y dialoga como si se tratara de una persona, y modula sus palabras de un modo seductor y sensual. Al cabo de poco tiempo Theodore está perdidamente enamorado de Samantha, que parece corresponderle. No sabe, ni nunca sabrá, cómo es "ella", porque "ella" no es más que eso: un sistema operativo. Pero en la relación virtual que establecen la temperatura sube e incluye el sexo, también tácito, a infinita distancia, sin contacto real, sin cuerpo presente. Samantha es un producto de la inteligencia artificial, pero alcanza para trastocar la vida de Theodore y apartarlo de personas y sucesos reales hasta sumirlo en un verdadero desquicio existencial.

Este es el argumento de *Her*, film realizado en 2013 por el director Spike Jonze, con Joaquin Phoenix y Scarlett Johansson (la voz de Samantha). Como toda distopía, plantea un futuro cercano, problemático y disfuncional (lo contrario de las utopías, en donde el porvenir se dibuja siempre como ideal y venturoso). En este caso dispara interrogantes acerca de cómo evolucionarán los vínculos humanos y qué será de la identidad (esa compleja construcción) en un mundo sometido a la tecnología hasta en sus aspectos más íntimos y privados. La historia que cuenta *Her* puede parecer exagerada. Pero exageración no es falsedad, sino ampliación extrema de un hecho cierto.

Las relaciones virtuales son parte del panorama actual de nuestra sociedad. La manera más cruda de definirlas podría ser esta: se trata del vínculo que establecen entre sí dos artefactos tecnológicos (computadoras, tablets, celulares) mientras generan en sus usuarios o propietarios la idea de que son ellos quienes se relacionan. De esta creencia nacen enamoramientos y supuestos noviazgos. Como en el filme de Spike Jonze, no intervienen los cuerpos, las presencias reales, la textura de las pieles, los aromas, el destello sutil de una mirada, el aliento que acompaña a una voz. No es poco lo que está ausente, sobre todo si se considera al amor como una construcción que dos personas llevan a cabo en el tiempo y el espacio (tiempo real, espacio real) compartiendo experiencias felices y dolorosas, conociéndose gracias a ellas, armonizando diferencias mediante vivencias que los requieren presentes. Esa construcción no es abstracta: encarna. Encarnar es entrar en la carne. No hay encarnación donde no hay cuerpo. Cuando finalmente se llega al amor (porque este es un punto de llegada y no de partida, es realidad y no ilusión, es certeza y no simple deseo) el sentimiento, holísticamente, se expresa en el cuerpo, en la mente, en el alma.

La artesanía amorosa

La construcción amorosa incluye riesgos, incertidumbres, apagones, alumbramientos, descubrimiento. Trabajo. Compromiso. Es imposible, no cuaja, con deslealtades, con ocultamientos, con temores paralizantes, con manipulación. Mucho menos con pereza mental, avaricia afectiva, indolencia. Y, muchísimo menos, con delegación. Es una tarea indelegable, que no se puede tercerizar o dejar en manos de promesas tecnológicas. El amor real, el que cuando se construye encarna, significa ir al encuentro de otro igualmente real. Comunicarse con él, aprender esa comunicación, aprenderla desde el principio, porque al no existir dos personas iguales, todo acto de comunicación es artesanal y único. Comunicación no es conexión. La conexión es serial, masiva, en ella prima la tecnología por sobre el factor humano. En cambio, cuando dos personas se comunican crean una joya única, irrepetible. Es artesanía, y, como tal, descarta la instantaneidad, se alimenta de tiempo, de presencia, de atención, de trabajo sutil.

Una sociedad y una cultura en las cuales los temores superan a las certezas, en la que se piden garantías y se evaden riesgos, en las que el otro es sospechoso (o es, simplemente, un instrumento para diferentes fines propios), en donde la confianza pierde espacios y la especulación los gana, en donde todo debe ser redituable y cuantificable, se ha ido convirtiendo en campo fértil para publicitar el amor virtual como el *non plus ultra* de las relaciones sentimentales.

Amor virtual. Una suerte de delivery afectivo consistente en pedir desde casa (apostado ante la pantalla de turno) y esperar que llegue. Sin moverse, sin arriesgar, sin trabajo, sin conocer los ingredientes ni participar de la cocción. Con ciertas ventajas aparentes sobre el “cuerpo a cuerpo” y el “cara a cara”. Se pueden simular identidades, fingir destrezas, maquillar perfiles e imágenes

y hasta elegir nombres. Puede ocurrir (ocurre frecuentemente) que las relaciones virtuales sean vínculos entre dos fantasmas. Dos que no son quienes dicen ser mientras se aferran a la ilusión de que el otro sí sea tal como se describe a sí mismo. En ese caldo se suelen cocer dolorosas decepciones, que a veces se producen en el momento de la primera cita verdadera o poco después, cuando la virtualidad deja su lugar a la realidad.

Tantos escenarios posibles

A esta altura del presente texto habrá quien pueda decir, con razón, que está en pareja con una persona que conoció en el mundo virtual y que es feliz con ella, o quien cuente la historia de un amigo íntimo que conoció a su cónyuge en internet y construyeron una familia feliz y con hijos. Probablemente sea verdad. Como es cierto que hay parejas felices que se conocieron en un lavadero automático, en la fila del súper o del colectivo, en un bar, en la boda de unos amigos comunes, en un cumpleaños, en el colegio, en el trabajo, en un club, en un viaje, en un velorio, en un curso, en decenas de otros lugares, o simplemente en la calle.

Desde que existimos en el mundo, las personas se conocen en el vasto e inagotable escenario que ese mundo ofrece generosamente. Y es allí, en ese universo de otros reales y carnales, en donde se desarrollan destrezas fundamentales para la vida humana. Destrezas para la comunicación, para el relacionamiento, para el encuentro, para el intercambio, para la cooperación, para el entendimiento, para el trazado y la realización de proyectos comunes y trascendentes.

No hay tecnología que remplace estos dones ni que permita desarrollarlos sin presencia y sin compromiso. Pero sí las hay, y cada vez más sofisticadas, para generar la ilusión de que se puede

vivir en una burbuja esterilizada, a prueba de realidad. El amor, sin embargo, se niega a quedar encerrado en esa burbuja. Pide aire, mundo, presencia, cuerpo, piel, compromiso, paciencia, experiencias, vivencias. Nos desafía a salir de las zonas de confort infecundo. En el mundo real, más allá del resultado final, uno se enamora de una persona tangible. En el mundo virtual se enamora de su propio deseo o fantasía. La comunicación humana depende de la palabra en un 30%. El resto es no verbal: gestos, miradas, movimientos, distancias, posturas, olores, contacto físico. Cuando esto último se escamotea el resultado está a la vista: más soledad real en un mundo cada día más virtual.

Construyendo la cultura del amor

El amor tal como lo concebimos, pensamos y experimentamos no viene con nosotros. Lo que sí está en nuestra naturaleza es la capacidad de amar, las herramientas para construir el amor. Ni la palabra “herramientas”, ni la palabra “construcción” aparecen aquí por azar. Hace largo tiempo que destacados filósofos, pensadores y exploradores del acontecer humano abonan la idea de que el amor no es un fenómeno mágico ni sobrenatural. Es una construcción humana, un lazo profundo, sanador, trascendente, inspirador, que dos personas tejen, puntada a puntada, a través de acciones y actitudes concretas que tienen al otro como destinatario. Y, en tanto construcción, el amor es una conquista humana.

La gran filósofa alemana Hannah Arendt (cuyas obras sobre los orígenes del totalitarismo y sobre la condición humana son ineludibles) decía que nacemos humanos, pero tenemos el deber moral de convertirnos en personas, mediante el despertar de la conciencia y la asunción y ejecución de valores morales. Somos humanos como especie (como los gatos son felinos o los perros caninos), y la moral y el amor nos hacen personas. Moral y moralismo no son sinónimos. La moral empieza por el reconocimiento del otro, del diferente, por el respeto hacia él, y por

la asunción y el ejercicio de valores que reafirman ese reconocimiento y ese respeto. Por eso moral y amor marchan de la mano, como señala el pensador francés André Comte-Sponville. Moral es hacer lo que se debe para honrar la convivencia entre personas. Moralismo es decir lo que otros deben hacer en función del pensamiento dogmático de quien lo ordena, aunque ese que lo ordena no cumpla los preceptos. Moralismo y amor son opuestos.

Viktor Frankl, sostenía algo que podría recordar a Arendt y que ya he mencionado anteriormente. Los humanos, decía, compartimos con las demás especies ciertos condicionamientos biológicos y psíquicos (puesto que también los animales tienen psicología). ¿Qué nos diferencia, entonces? Una dimensión que nos es propia. La dimensión espiritual, que nos permite trascender, ir hacia el otro, adquirir valores, expresar sentimientos, comprendernos como partes de un todo que es más que la suma de sus partes. Esa espiritualidad incluye a la religiosidad, pero va más allá de ella. Abarca a todos los humanos, es una potencialidad que cada uno puede consumar independientemente de sus condiciones y sus características y de si es creyente o no.

Con todo esto se construye el amor. Es una construcción artesanal. Un arte, según lo definió otro gran pensador, Erich Fromm[45]. Y los artistas y artesanos tienen que entrenarse, formarse, experimentar. El arte de amar, de acuerdo con Fromm, consiste en establecer los puentes que permiten a cada uno salir de su angustiante singularidad e ir al encuentro del otro. Si esto no fuera posible, el hecho de ser únicos e inéditos sería para cada uno de nosotros una fuente de angustia existencial más que un don. El amor nos rescata así de lo que Fromm llamaba *separatidad* (la sensación de estar irremediablemente solo y aislado).

La larga marcha del amor

Todo lo que los humanos construimos a lo largo de nuestra historia tiene un nombre: cultura. Se habla de cultura en donde el ser humano deja una huella, construye, modifica, agrega. La cultura es, a un tiempo, el hacer humano y el modo humano de hacer. Si el amor es una construcción podemos hablar de una cultura amorosa. Llegar a esa cultura llevó un largo tiempo. De hecho, el amor no fue un ingrediente esencial en el inicio de la pareja humana. El matrimonio nació en realidad como un modo de ordenar las filiaciones y los patrimonios, como bien lo recuerda el economista y psicólogo catalán Lluís Casado[46]. Había que saber de quién eran los hijos y adónde iban a parar las dotes y las herencias. Sin eso las querellas, a menudo sangrientas, y las disputas estaban a la orden del día. Que los cónyuges se amaran no era prioritario. No los unía el amor sino los mandatos familiares. Era como si se casaran las familias y no las personas.

Transcurrieron muchos siglos para que el amor se abriera paso y las elecciones afectivas de las personas determinaran la conformación de la pareja. Fuertes mandatos sociales y familiares, rígidos dogmas mantenían al hombre en su papel de productor y proveedor económico y a la mujer como procreadora y cuidadora. La irrupción del amor debió atravesar prohibiciones, correr peligros, transitar lo clandestino y con frecuencia enfrentar la tragedia. Solo bien entrado el siglo XX (no hay error: siglo XX) el amor se consideró fundamento esencial de la pareja humana. Tras dos guerras que pusieron a la humanidad ante la posibilidad de su extinción hubo una reacción contra mandatos que maniataban sentimientos profundos e impedían su consagración en encuentros amorosos plenos y fecundos. Muchos movimientos de liberación de la segunda mitad de ese siglo fueron síntomas de la necesidad de ampliar, oxigenar y fecundar el campo de las relaciones afectivas (son algunos de esos síntomas el amor libre, la sexualidad de la mujer asociada al amor y no solo a la reproducción, las segundas

oportunidades amorosas tras la aceptación del divorcio como parte de la experiencia humana, la plasticidad de la pareja manifestada en diversas formas de búsqueda afectiva y no en un molde único y rígido).

Amar con el ser completo

Trascender lo meramente instintivo, extender la existencia humana más allá de los determinismos biológicos o psíquicos, acceder a la condición de persona y hacer del encuentro entre dos seres un acto amoroso y espiritual en el sentido más amplio y profundo de la palabra, significa incluir e integrar en ese encuentro todo lo que una persona es: mente, espíritu y cuerpo. Estos son los tres ingredientes esenciales del amor. Falibles, incompletos, en búsqueda y transformación permanentes, los seres humanos hemos logrado incluir el amor como pilar de nuestra cultura. Él nos eleva por sobre la condición animal. Aunque imperfecta y por lo tanto perfectible (como toda creación humana) vivimos en la cultura del amor. Y una cultura amorosa ni se construye ni se mantiene con prejuicios, con descalificaciones, con dogmas inflexibles, con punciones, con culpa. Sí con aceptación, con respeto, con celebración de la diversidad. Negarse a esto es clausurar la propia capacidad de amar. Es regresar a la oscuridad de la que nos rescató el amor.

45. Erich Fromm, *El arte de amar*, Paidós, Buenos Aires, 1984.
46. Lluís Casado, *La nueva pareja*, Kairós, Barcelona, 1991.

Entre la promesa y el perdón

Nadie promete tanto como el que no va a cumplir. Así pensaba Francisco de Quevedo (1580-1645), hombre controvertido, muchas veces irritante, autor polifacético (ningún género se le resistió), desafiante y a menudo genial. Tantas veces se repiten, incluso sin saberlo, muchos de sus versos, como aquellos que dicen: *Pues da autoridad/ Al gañán y al jornalero/ Poderoso caballero/ Es don Dinero*. Su pensamiento sobre el incumplimiento de la promesa lleva a recordar que hay que tener mucho cuidado con lo que se ofrece, tanto como con lo que se recibe como proposición o juramento.

Hay una relación muy estrecha entre prometer y comprometerse. Ambas palabras se originan en el vocablo latino *mittere*, que significa enviar. Cuando se le antepone "pro", que significa hacia adelante (pro-meter), enviamos algo hacia el futuro. El compromiso, a su vez, incluye en el envío una promesa. En todos los casos promesa y compromiso, además de resonar entre sí, llaman a la responsabilidad. El envío no puede ir vacío, no debe ser, para decirlo en lenguaje actual, puro *packaging*. Cada promesa esperanza e ilusiona. Cada incumplimiento hiere y defrauda.

La ley de causa y efecto

En el amor, en la política, en los negocios, en cualquier actividad en la cual los seres humanos se relacionan, crean vínculos e interactúan, la promesa es un factor esencial. En su formidable obra *La condición humana* (una visión sensible y profunda del acontecer humano)[47], la filósofa alemana Hannah Arendt (1906-1975), nacionalizada estadounidense tras huir de la persecución nazi, señala que la continuidad de la existencia de la humanidad depende esencialmente de la posibilidad de perdonar y de la capacidad de cumplir las promesas.

Las consecuencias de nuestras acciones son irreversibles en todo sentido. Lo hecho, hecho está, reza un viejo refrán. Más allá de la intención o de la conciencia que guíe a los actos, estos tienen siempre consecuencias. La ley de causa y efecto se cumple a rajatabla. Por eso es importante el ejercicio de la responsabilidad: esto es, responder por las propias acciones. Irreversibilidad, escribe la filósofa, es la imposibilidad de deshacer lo hecho, aunque no se supiera, ni pudiera saberse lo que se estaba haciendo. Frente a esto solo hay un antídoto: la facultad de perdonar. Ausente esta facultad, las relaciones entre las personas penden siempre de un hilo, pueden naufragar por la inconciencia de uno o la inflexibilidad de otro. De manera brillante Arendt dice que el perdón, cuando se ejerce, tiene el poder de no dejarnos encadenados eternamente a las consecuencias de un solo acto. Permite que la historia (la personal, la general) continúe. Que haya futuro y nuevas posibilidades.

Ahora bien, la historia (la personal, la general) avanza siempre por rumbos inciertos. Navegamos por la vida en un mar de incertidumbre y de inseguridad. Mucha de esa inseguridad está vinculada al imponderable, a lo aleatorio, a lo que no depende de nosotros y no puede ser previsto. Allí nada tiene que hacer el

perdón. Pero otra inseguridad deriva de la irresponsabilidad de quienes no prevén lo previsible, no evitan lo evitable o provocan daño a sabiendas de lo que hacen. Y hay veces, en esto coincide Arendt, en que no se puede perdonar lo imperdonable.

¿Cómo tejer proyectos, cómo soñar futuros, cómo comprometerse en realizaciones cuando la incertidumbre manda (y manda siempre)? Ahí entra en juego la promesa. "Sin estar obligados a cumplir las promesas realizadas —dice la filósofa— no podríamos mantener nuestras identidades, estaríamos condenados a vagar desesperados, sin dirección fija, en la oscuridad de nuestro solitario corazón". Esa oscuridad, agrega, solo desaparece ante la presencia de los demás y, esencialmente, cuando quien promete cumple.

El novelista sueco Henning Mankell (1948-2015), célebre por su serie de novelas protagonizadas por el inspector Kurt Wallander, policía que hurga no solo en la negrura del delito sino también en la del corazón humano, señaló: "Nos hacemos promesas a nosotros mismos. Escuchamos las promesas de los demás. Los políticos nos hablan de una vida mejor para los que envejecen, de una sanidad donde nadie sufra en la espera. Los bancos nos prometen mejores intereses, los alimentos nos prometen mejor silueta y las cremas nos garantizan una vejez con menos arrugas. La vida no consiste más que en navegar en nuestra pequeña embarcación cruzando un mar de promesas siempre cambiantes pero inagotables. ¿Cuántas de esas promesas recordamos?".

Libres, pero no soberanos

Que las pequeñas embarcaciones mencionadas por Mankell lleguen a puerto depende de los otros. Tanto el perdón como la promesa son imposibles sin el otro, machacaba Arendt. Perdonarse a sí mismo o prometerse a sí mismo son actos realizados en

soledad. Actos de un yo aislado. Se promete a otro o se recibe la promesa de otro. Se perdona a otro o se recibe el perdón de otro. Creer lo contrario equivale a pecar de autosuficiente o sentirse superior a los demás, y por lo tanto prescindente de ellos. Somos libres, subraya la pensadora, pero no soberanos respectos del otro, no podemos emanciparnos del prójimo. Lo necesitamos, nos necesita. De ahí que haya que ser muy honesto con la clemencia (no se puede convertir en moneda de cambio, no se perdona a cambio de algo, si no se puede perdonar no se perdona) y también con la promesa. La Tierra está habitada por todos los humanos, no por un solo humano, se lee en *La condición humana*. Cada uno, aislado, es irremediablemente mortal. La humanidad no lo es, porque ella resulta de la permanente suma e integración de lo que cada uno hace y deja durante su vida. Una promesa incumplida viene a ser una resta en esa realimentación permanente de la condición humana.

Las promesas, en cualquier campo del acontecer humano, desde el más íntimo al más público, nos ligan a los demás (a uno, a muchos). Una promesa es, en cierto sentido, un contrato moral. Es ella, dice Arendt, la que habilita a la fe y a la esperanza en los asuntos humanos. Una promesa dice que hay algo por comenzar, algo por construir, algo por continuar. Aletea en ella la idea de trascendencia, de ir más allá de la propia y solitaria mortalidad. No se puede, por lo tanto, prometer livianamente, sin escucharse a sí mismo, tomando conciencia de aquello por lo cual se da la palabra. Todos prometemos y todos recibimos promesas en nuestra vida cotidiana, en nuestras actividades, en nuestras relaciones con otras personas (relaciones familiares, profesionales, laborales, comerciales, de amistad, de pareja, de vecindad). No se trata de prometer demasiado, sino de prometer responsablemente. Hay circunstancias que habilitan el perdón ante una promesa no cumplida. Pero también las hay que cierran el camino al perdón.

De algún modo acaso sea posible decir que, en definitiva, por nuestras promesas nos conoceremos. Y también por nuestros perdones.

47. Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 2004.

Con el amor como punto de llegada

Cuando Valentín, de quien se dice que fue un médico romano luego convertido en sacerdote, se opuso a los designios del emperador Claudio II, que prohibía el casamiento de los jóvenes soldados porque consideraba que el matrimonio quitaba energía a los varones y los hacía débiles como combatientes, seguramente no previó que dieciocho siglos más tarde (aquello ocurría en el siglo III de nuestra era) habría una festividad y un día que llevarían su nombre y que estarían dedicados a los enamorados. Valentín se las arregló para casar, a pesar de la prohibición, a las parejas que lo desearan, y esto provocó, según narra la leyenda, su martirologio. El 14 de febrero del año 270 fue ejecutado y sus restos descansan hoy en la Basílica que lleva su nombre, en la pequeña ciudad italiana de Terni, en la región de Umbría. Junto a esa tumba, una joven llamada Julia, a quien el santo habría devuelto la vista, plantó un almendro de flores rosadas y ese árbol pasó a ser el símbolo del amor.

En el año 498 el Papa Gelasio I estableció la festividad del 14 de febrero en remplazo de los Lupercales, una celebración pagana, en la cual jóvenes varones azotaban a muchachas con látigos de cuero de cabra pues se suponía que esto provocaba fertilidad. Otros

matices paganos aparecen hoy en el Día de los Enamorados, cuando este se convierte en una abrumadora apelación al consumo de supuestas pruebas de amor, como ser costosas cenas, viajes, joyas, ropa, muñecos y demás.

¿Pero qué ocurre con el amor durante los otros 364 días del año?

El inicio pasional

En principio habría que recordar que enamoramiento y amor no son lo mismo, aunque se los suele considerar sinónimos. El enamoramiento es un momento inicial, una suerte de *bing bang* sentimental de enorme voltaje emocional, de revolución hormonal y de gran desconocimiento mutuo. Ambas personas conocen poco de la otra, lo que conocen les gusta y eso las atrae. Se acercan montados en una enorme ilusión. Ojalá el otro o la otra sea quien yo siempre soñé como ideal, ruegan. Tiene que serlo, porque hay en esa persona cosas que me gustan y me atraen irresistiblemente. La idealización ocupa el escenario. Y, con ella, el temor, la angustia que seca la boca. ¿Cómo hacer para evitar que todo se desvanezca como una burbuja? ¿Cómo permanecer junto a ese desconocido, esa desconocida? Aparece la pasión como respuesta. Si apenas nos conocemos, ¿qué nos uniría? Por ahora solo puede hacerlo la pasión. Esta no pide antecedentes, simplemente arde. Luego, si la historia prospera, la pasión se convertirá en energía y se plasmará en proyectos realizados, experiencias compartidas, logros alcanzados, dolores transitados en mutua compañía. Porque donde hay amor la pasión no se pierde, se transforma.

En su libro *Enamoramiento y amor*, un clásico en la materia, el pensador y ensayista italiano Francesco Alberoni compara el enamoramiento con una revolución[48]. Se derroca lo existente, el viejo orden no está más, pero aún no hay uno nuevo, Todo bulle.

“Es un movimiento de dos que avasalla”, dice Alberoni. El enamorado ve a la otra persona (y así es visto por ella) como alguien especial y único, aunque se trate de un ser como los demás. El enamoramiento nos separa de algo a lo que estábamos unidos y nos une a alguien que desconocíamos. Y si hubiese algún obstáculo a vencer, mejor, pues habrá más épica.

Como ocurre con las revoluciones que se instalan, tras el momento de la epopeya inicial hay que construir algo nuevo. Levantar un nuevo orden en el cual desarrollar la vida que continúa. Puede haber un día de los enamorados, pero si la historia ha de perpetuarse, si no será un simple fogonazo, habrá que construir el amor. Los demás días deberán ser del amor. Enamoramiento y amor están en puntos opuestos de un camino. El enamoramiento es comienzo, el amor es llegada, consagración. El enamoramiento es incertidumbre, agonía y renacimiento permanente, deslumbramiento, hiperventilación, desesperación por saber si lo que ocurre es cierto, si habrá continuidad. El amor es certeza, serenidad, seguridad sobre lo vivido, refugio, cimiento, cosecha. Todo amor empieza en enamoramiento. No todo enamoramiento termina en amor. Para que ello ocurra es necesario recorrer la totalidad del camino.

Conocerse para pedir

El amor no se da mágicamente (aunque en el arrebato del enamoramiento se llegue a creer que sí), no es obra de la voluntad, aunque necesita de ella, y, a diferencia del enamoramiento, que es inicial y transitorio, echa raíces, es estable y permanente. Pero básicamente es una construcción, y como tal no se erige en un día sino a través de un proceso y una labor. Se edifica con acciones amorosas. Una acción amorosa es aquella por la cual el amor de

una persona llega a la otra de la manera en que esta necesita ser amada. Y necesitar no es lo mismo que desear. Para poder transmitir amor y que el otro lo reciba es necesario mirar a ese otro, escucharlo, dialogar, preguntar. Y para saber explicar el modo en que uno necesita ser amado es preciso tomar contacto consigo mismo, hacer introspección, explorar las propias necesidades. No es lo mismo decir "Quiero que me acompañes" que "Me siento amado o amada cuando me acompañas de tal manera específica, que es la que necesito". Esto vale también para "necesito que me escuches, "que me entiendas", "que me esperes", "que me valores", etcétera. El amor es el "qué" de la cuestión. El "cómo" debe decirlo quien va a recibirlo. Quizás el otro no sepa o no pueda. Si no sabe tendrá que aprender. Si no puede, hay una dificultad a afrontar. Y también de dificultades afrontadas se nutre el amor.

Todas estas cuestiones hacen a la labor amorosa, a la construcción del vínculo, a su solidez y trascendencia. El amor es algo demasiado maravilloso y grande como para envasarlo en una forma rígida y pretender que dos personas que se aman deban vivir su experiencia de una única manera, determinada desde afuera de ellas y establecida como un mandato. No es la forma la que determina el amor, sino el amor el que determina la forma. Hay quienes cumplen con el mandato de la forma, pero no demuestran amarse a través de acciones. Y hay quienes se aman sincera, profunda y fecundamente a través de un tipo de vínculo que solo a ellos les pertenece. Es que, en definitiva, el verdadero amor tiene mucho que ver con la moral y nada que ver con el moralismo.

Se puede decir que el camino a recorrer va de la ilusión y el desconocimiento del enamoramiento a la certeza y el conocimiento del amor. Por eso este es un punto de llegada. Aquellos que se enamoraron y no se conocían terminan amándose porque se conocen. Es decir, han accedido a las luces y a las sombras del otro y así se reciben mutuamente. Este peregrinaje insume los 365 días

de todos los años que se comparten. Uno o varios días de celebración son merecidos cuando la tarea ha sido emprendida y está en marcha. Después de cada 14 de febrero, de cada San Valentín, quedan 364 días por delante. Y es en ellos en donde aguarda el amor.

48. Francesco Alberoni, *Enamoramiento y amor*, Gedisa, Barcelona, 2005.

5. CÓMO NOS COMUNICAMOS

Incomunicándonos

Hace sesenta años Georges Simenon (1903-1989), creador del entrañable Comisario Maigret, que protagonizara 80 de las más de 200 novelas del escritor belga, se lamentaba así: “El hecho de que seamos no sé cuántos millones de personas pero que la comunicación, la comunicación completa, sea absolutamente imposible entre dos de ellas, resulta uno de los temas trágicos más importantes del mundo”[49]. Cuando Simenon decía esto no existían internet, las redes sociales, los celulares, los mensajes de texto, WhatsApp ni Skype. Podría creerse que hoy, gracias a las nuevas tecnologías, no pensaría igual. Sin embargo, hay razones para imaginar que actualmente Simenon seguiría aferrado a aquella desencantada idea.

Las nuevas tecnologías de información y comunicación (TIC, como se las llama) proveen, sin duda, abundante información, pero queda por ver si comunican o no. En todo caso conectan, pero conexión y comunicación no son sinónimos. El Centro de Investigaciones Pew, de Washington, dedicado al estudio de conductas y tendencias en la sociedad, señala en una investigación que sobre dos mil usuarios de smartphones analizados, el 47% usa ese celular para aislarse deliberadamente de las personas que los

rodean[50]. Y mientras el 54% admitió que en muchas ocasiones el dispositivo no es necesario, el 46% afirmó que le es imposible vivir sin él. Diferentes estudios, de otros organismos y universidades, se han detenido a investigar las conductas de familias, parejas y grupos de amigos mientras se encuentran en restaurantes, bares, medios de transporte y diversos espacios, para llegar a la conclusión que cualquier observador preocupado por el mundo en el que vivimos puede advertir fácilmente. Es epidémico el hábito de esas personas, en esas circunstancias, de sumergirse en la pantalla y el teclado de su celular o su tablet y desentenderse del resto. No se miran, no se hablan. Quedan incomunicados entre sí, aunque se encuentren a pocos centímetros de distancia y compartan la mesa, el sillón o el ámbito. De ese modo, el ausente, el virtual, el que acaso solo sea una *password* (contraseña) o un *nickname* (alias) que cubre una identidad inexistente, termina apoderándose del tiempo y de la atención, desterrando a quien de verdad existe, está presente y es tangible.

Una artesanía especial

Se extiende del modo descrito el fenómeno de una tecnología que conecta, pero aísla. Y que más temprano que tarde produce individuos que son solitarios reales en mundos virtuales. Es que mientras la conexión es un fenómeno tecnológico, la comunicación es una tarea artesanal. La primera es serial, depende de instrumentos y artefactos que se usan de la misma manera con todas las personas, mientras la segunda produce contactos únicos e irreproducibles. No existen dos personas iguales e incluso una misma persona se modifica y transforma según tiempos y circunstancias. Cuando dos individuos se comunican crean, por lo tanto, una pieza única, como la del verdadero artesano. Y, como

ocurre en el artesanado, esa pieza tiene tras de sí una historia de búsqueda, de ensayo y error, de dedicación, atención y presencia.

En la comunicación intervienen herramientas ajenas a la tecnología y pertenecientes al acervo humano esencial. Son atributos. Uno es la mirada. Otro la escucha. Otro es la palabra. Y otro es el registro racional de las emociones. Detengámonos en cada uno:

Mirar es más que ver. Ver es un hecho fisiológico, mirar es percibir lo que se ve, poner atención en ello, captar matices, evaluar sobre lo visto. Para comunicarnos tenemos que mirarnos, no basta con darnos por vistos y congelar la imagen. Cada persona es única y, mientras vive, se transforma. Cuando nos miramos nos comunicamos. Podemos vernos en una pantalla, pero no es allí donde nos miraremos.

Escuchar es más que oír. También oír es fisiológico, pero escuchar es recibir hospitalaria y respetuosamente la palabra (e incluso el silencio, tantas veces significativo) del otro. La escucha trasciende el sonido, percibe esencias. Podemos darnos por oídos, pero es al escucharnos cuando descubrimos matices, significados, texturas. La escucha debe ser permanente, sostenida. Así nos comunica. Distinto es oír. Cuando cesa el sonido ya no oímos. Pero podemos seguir escuchando.

La palabra, a su vez, es más que la simple emisión de un sonido. Se trata de una maravillosa creación humana nacida de la necesidad de construir puentes hacia el otro, de comunicarnos. Por eso debe ser emitida con cuidado, sin devaluarla, sin vaciarla de contenido. Abreviar todo el tiempo palabras cuya grafía se ignora es una manera de devastarla. La palabra debe ser expandida, no contraída. Con ella pedimos, afirmamos, negamos, interrogamos, reflexionamos, pensamos. A menudo, cuando es bien usada, una palabra vale más que mil imágenes. Y comunica.

Finalmente, cuando se produce esa pieza artesanal única e

inédita que es la comunicación entre las personas que se perciben mutuamente como individuos únicos y reales, se instalan en ellas emociones y sensaciones. Una emoción es algo mucho más profundo, complejo y rico que un emoticón. Registrar lo que siento mientras me comunico (puede ser alegría, rabia, tristeza, impaciencia, aburrimiento, sorpresa, deslumbramiento, etcétera) enriquece y guía mi modo de comunicarme. Y establece vías entre mi intelecto y mi emoción. Pero esto ocurre ante alguien real, no virtual.

Herramientas que sean herramientas

No son muchas, pues, las herramientas del artesanado comunicacional, pero son valiosas, intransferibles, no se puedan fabricar en serie, comprar ni vender. Todos contamos con ellas, pero son propias de cada uno, llevan nuestro sello. Comunicarnos requiere tiempo, atención, presencia, predisposición. Hay que priorizar. Para comunicarme de veras con alguien deberé postergar algo, no puedo abrir pantallas simultáneas. Y esa priorización es un modo de honrar al otro. Cuando nos comunicamos nos honramos.

¿Qué papel queda entonces para las tecnologías de conexión? El de herramientas que aporten a la comunicación una vez que esta nace y se enraíza por los caminos de siempre, mediante los modos humanos que van más allá del tiempo y las modas. Bienvenidas como herramientas, se convierten en riesgosas cuando desplazan a las personas al lugar de la herramienta y ponen a aquellas a su servicio, obligándolas a correr detrás de aplicaciones, actualizaciones, artificios y artefactos que tienen más que ver con urgencias y voracidades comerciales y con pirotecnias técnicas que con la esencia de una comunicación humana eterna y fundacional: la comunicación real.

Georges Simenon tenía razón hace siete décadas al llamar tragedia a la imposibilidad de la comunicación entre las personas. La tendría mucho más hoy, cuando somos más de siete mil millones de habitantes en el planeta. Aunque cabría una objeción. Los mecanismos de la tragedia (se sabe desde la antigua dramaturgia griega) son inevitables. La incomunicación no lo es. Pero requiere voluntad, disposición y aspiración de encontrar al otro real en espacios reales.

49. Georges Simenon entrevistado por Carvel Collins, *The Paris Review entrevistas*, compilación de Ignacio Echevarría, El Aleph Editores, Barcelona, 2007.
50. www.pewresearch.or

Con un lenguaje anémico

Entre invalorables objetos greco-romanos y bizantinos, cerámicas de Éfeso, Creta y Troya, e imponentes sarcófagos (entre ellos el de Alejandro Magno, del siglo IV a.C.), además de tantísimas reliquias que testimonian el pasado de la humanidad, el Museo Arqueológico de Estambul, en Turquía, conserva 75 mil tablillas que dan cuenta del comienzo de la escritura en la historia de nuestra especie. Una de las más llamativas fue encontrada en Nippur, Irak, hacia 1880 y se calcula que data de 4000 años atrás. Ya descifrada se supo que contiene una declaración amorosa, uno de cuyos párrafos dice: "Novio mío, próximo a mi corazón, grandiosa es tu belleza. Me has cautivado, déjame presentarme temblorosa ante ti"[51]. Otra de esas tablillas, cuya visión estremece a quien las observa, contiene el primer tratado de paz del cual se tiene registro. Fue firmado por hititas y egipcios en el año 1259 a.C., tras la batalla de Qadesh, en la que se enfrentaron esos dos imperios. Las tablillas son de arcilla y el texto fue traducido luego a la lengua caldea babilónica en delgadas hojas de plata.

Estos son apenas dos bellos ejemplos de lo que significa el lenguaje en la vida humana. Amor y paz son los contenidos de estas tablillas. Otras reflejan la vida cotidiana, otras testimonian

hechos políticos, observaciones de la naturaleza. Las hay en las cuales se expresan sueños, esperanzas, sentimientos o, simplemente, el deslumbramiento ante la maravilla del mundo.

En las cavernas

Así como un bebé no nace hablando, sino que pasan casi tres años de su vida hasta que, además de emitir primero sonidos y luego pronunciar palabras, puede articular frases, la humanidad siguió su propio proceso evolutivo. Los humanos no aparecimos sobre la superficie del planeta hablando. Tuvimos que construir el lenguaje que nos caracteriza (compuesto de diferentes idiomas, dialectos, gramáticas, sintaxis, reglas y etimología). Necesitábamos esta herramienta para expresarnos, comunicarnos, exponer ideas, necesidades, dones y llegamos a ella a través del tiempo, en un lento proceso de creación y construcción que empezó de una manera muy simple, con pinturas en las cavernas, y luego fue tomando forma de símbolos, a esos símbolos se les agregó sonidos y los sonidos se modularon en frases. La humanidad aprendió a hablar a partir de sus necesidades y de su imprescindible socialización, tal como ocurre con cada nuevo humano que nace.

El proceso es relativamente nuevo, al menos en términos de tiempo histórico. Se deduce de las investigaciones de arqueólogos y lingüistas que fueron los sumerios, en la Mesopotamia, los iniciadores del lenguaje tal como hoy lo conocemos. Lo hicieron en tablillas, con escritura cuneiforme (llamada así porque se punteaban las tablillas de arcilla húmeda con cuñas hechas al principio de plumas). Esto ocurrió alrededor de 3500 años a.C., en la región ubicada entre los ríos Tigris y Éufrates, en la desembocadura del Golfo Pérsico.

Como tantas otras cosas en las que no solemos reparar lo

suficiente, también el lenguaje, con todas sus extraordinarias potencialidades, es un legado que recibimos. Y como todos los legados requiere agradecimiento hacia aquellos de quienes lo aprendemos y heredamos, demanda ser honrado, cuidado y también enriquecido para luego ser nuevamente legado, esta vez a quienes nos siguen. Cada palabra desvirtuada, cada vocablo vaciado de contenido, cada término usado sin sentido y sin noción de su significado, cada expresión puesta al servicio de una mentira, de un ocultamiento, de la manipulación emocional o intelectual es un grave atentado contra uno de los más extraordinarios dones humanos.

Podríamos decir que no hay malas palabras en el sentido en que habitualmente las definimos, dado que toda palabra tiene su razón de ser. Las que abundan, y esto sí es grave, son las palabras mal usadas, aunque no aparezcan entre las “malas” o “prohibidas” por el llamado buen gusto. En ese aspecto son más escatológicos u obscenos algunos discursos y promesas políticas, muchas mentiras que se emiten en las relaciones humanas, demasiadas excusas por faltas a valores esenciales como la responsabilidad, que alguna mentada de madre proferida en situaciones extremas.

Las palabras construyen el mundo que habitamos. No en un sentido físico y tangible, sino en cuanto a la experiencia humana. Un elefante existe, pero ¿cómo lo llamaríamos?, ¿qué sería para nosotros, sin la palabra que lo nombra? Solo empieza a ser real cuando podemos nombrarlo. Esto vale para todo lo que constituye nuestro universo. No es casual que la Biblia comience diciendo que en el principio fue el verbo. Y que en el inicio mismo del Génesis se informe que Dios, tras crear al hombre, lo llevó a conocer el mundo para que fuera él quien les pusiera nombre a las demás criaturas.

Sin palabras no hay memoria (de hecho, nuestros recuerdos personales abarcan desde el momento en que comenzamos a hablar en adelante, porque ese es el punto desde el cual contamos con una

herramienta para relatar). Y tampoco habría pensamiento. Se piensa en palabras, y ordenándolas es como se organizan las ideas. Confusión de palabras y confusión de pensamientos son, así, una misma cosa. Y también hay correlación entre la escasez o pobreza de ideas y escasez o pobreza de palabras. Esto no quiere decir que se necesite un enorme vocabulario, sino que se trata de usar con precisión y, en sincronía con los pensamientos, aquel del que se dispone.

Regreso al gruñido

Pasar del garrote como medio de expresión al gruñido, de este a las pinturas en las cuevas, de estas a los símbolos, de los símbolos a los fonemas, al lenguaje escrito y estructurado y, con este, a diferentes y ricas formas de expresión que abarcan todas las áreas de la vida de nuestra especie fue, queda dicho, un largo y complejo proceso. Por eso resulta inquietante el progresivo deterioro del lenguaje humano al que asistimos. Se verifica en lo oral y en lo escrito, abarca todo tipo de niveles sociales y culturales y todo tipo de actividad, aunque resulta especialmente evidente en algunas de alta exposición pública, como la política, la economía, el deporte, los medios audiovisuales o el espectáculo. Esto ahonda la gravedad, porque estas actividades suelen influir sobre el habla y el comportamiento colectivo.

El español cuenta oficialmente (si se puede decir así) con más de 100 mil palabras. Un adulto que haya completado la educación secundaria y accedido a la terciaria o universitaria y que tenga preocupación por la lectura y la escritura, usa a lo sumo (según estudios coincidentes) 5 mil. Por debajo de ese nivel una gran proporción de la población no sobrepasa las 2 mil. Y entre los nacidos y criados en la era de la explosión de las nuevas

tecnologías (es decir no más allá de 1990), apenas se alcanzan las 300. Mediante los artefactos tecnológicos muchos se comunican con abreviaturas, pero no saben cómo se escribe esa palabra que abrevian. Puede parecer gracioso. No lo es. Se trata de un síntoma que merece atención urgente. Antes de que empecemos otra vez a darnos garrotazos y a gruñir, esta vez rodeados de celulares, pantallas y computadoras.

51. Traducción recopilada por el autor en el Museo Arqueológico de Estambul, Turquía.

Con más monólogos que diálogos

Hay diálogos que aparentan serlo, pero no lo son. Se trata de monólogos paralelos que, como las vías del ferrocarril, pueden recorrer kilómetros tras kilómetros sin tocarse jamás. Quien observa de afuera puede ver en esas conversaciones buenas maneras y hasta cierta apariencia de amabilidad y escucha, pero no dejan de ser monólogos paralelos. Y si en lugar de buenas formas predomina el grito se tratará de lo que comúnmente se llama "diálogo de sordos". El filósofo existencialista israelí Martín Buber (1878-1965) remarcaba esto al señalar que hay formas de vivir y vincularse que son monológicas y otras que son dialógicas. En las primeras el otro no existe, no es tomado como un semejante, sino apenas como un receptáculo donde el monologuista vierte palabras mientras se oye a sí mismo. Al mismo tiempo, construye un blindaje para no ser alcanzado por las palabras del otro.

En la existencia dialógica tanto las palabras como muchos silencios ricos en contenido fluyen hacia un punto de encuentro en el que se integrarán dando nacimiento a algo nuevo. Una idea, una visión del mundo. Un acuerdo. No hay que confundir acuerdo con una fusión en la que desaparecen las ideas propias de cada dialoguista. Buber señala que cuando dos seres humanos se

relacionan de manera dialógica, “deben estar abiertamente orientados el uno hacia el otro”. Es decir, reconocerse mutuamente como Tú. “Al volverme Yo, digo Tú”, escribe Buber[52]. E insiste en que un concepto no puede existir sin el otro. Soy el Tú de ese Yo que está ante mí. Y él es mi Tú, gracias al cual puedo experimentarme como Yo. Esas dos palabras inseparables (Yo-Tú) e inconcebibles una sin la otra, son en realidad una sola. Y el filósofo la llamó “la palabra primordial”, el fundamento de la experiencia humana. Sobre esta idea, Martín Buber desarrolló lo que llamó la Filosofía del Diálogo.

Todo esto viene a cuento de la insistencia con que se suele invocar, sobre todo en tiempos difíciles, la necesidad de diálogo. Saludable insistencia cuando ha prevalecido largamente el grito o el silencio indiferente. Sin embargo, el diálogo es un arte, que, como todas las artes, exige práctica, dedicación, trabajo, vocación. No toda conversación es un diálogo. Buber afirma que conoce tres tipos de diálogo. El auténtico (hablado o en silencio), durante el cual cada participante piensa realmente en el otro o los otros como seres existentes y se dirige a ellos con intención de reciprocidad. El técnico, que se limita a cumplir con la formalidad de establecer acuerdos específicos. Y el monólogo disfrazado de diálogo, en el cual dos o más personas reunidas en un espacio común hablan cada una consigo misma “mediante rodeos maravillosamente retorcidos”.

Un submundo de espejismos

Con toda razón advertía Buber en su momento que el primer tipo de diálogo se hacía cada vez más raro. Lo decía en 1962, cuando publicó su obra cumbre. Cuánto más lo afirmaría hoy. Consideraba al segundo, el diálogo técnico, como “inalienable núcleo de la

existencia moderna". Y veía al tercero (los monólogos en paralelo) como pseudo debates en los que "se expresan las propias ideas de la manera más impactante posible sin considerar a aquellos a quienes se habla como personas allí presentes". No se trata de comunicar ni de experimentar algo, señalaba, ni de entrar en relación con alguien, sino que simplemente se desea consolidar la imagen personal o recomponerla en el caso de que esté en duda. Es una charla, subrayaba Buber, en la que "cada uno se ve a sí mismo como absoluto y legítimo y ve al otro como relativo y cuestionable". Un submundo de espejismos sin rostro, lo llama.

En este punto entra en escena otro peso pesado de la filosofía de todos los tiempos. Arthur Schopenhauer (1788-1860). En un opúsculo sin desperdicio titulado *El arte de tener razón*, el pensador alemán detiene su insobornable mirada sobre el modo en que los seres humanos acostumbran a discutir sus asuntos[53]. Una cosa es la validez de una tesis, dice Schopenhauer, y otra cosa es su argumentación y aceptación. Así, en una discusión, una posición falaz sobre la cual se argumente con habilidad puede imponerse, con visos de verdad, sobre otra que es verdadera pero no fue expuesta con fundamentos sólidos. Se trata de algo que se puede ver con frecuencia en debates televisivos, en porfías políticas, en argumentaciones deportivas y hasta en discusiones familiares, conyugales o de pareja.

Antes la vanidad que la verdad

La aguda observación de Schopenhauer revela que con frecuencia se formula una tesis con la intención genuina de demostrar una verdad, pero a cierta altura de la discusión lo único que importa es satisfacer la propia vanidad. O, como se suele decir, no dar el brazo a torcer. Es que, aunque cueste aceptarlo, al final

del día suele ser más importante tener razón que encontrar la verdad. Y aunque parezca lo mismo, no lo es. Esto lleva a que se ponga mucho empeño en hacer pasar lo verdadero por falso y lo falso por verdadero. Por regla general, señala el autor de *Los dolores del mundo*, no se discute por amor a la verdad sino por imponer la propia tesis y la propia imagen. E insiste en que muy a menudo "quien queda como vencedor de una discusión tiene que agradecérselo no tanto a la certeza de su juicio al formular su tesis como a la astucia y a la habilidad con que la defendió". Una cosa es la búsqueda de la verdad objetiva, dice Schopenhauer, y otra es la dialéctica, un proceso que consiste en lograr que un enunciado pase por verdadero más allá de que lo sea o no.

En la dialéctica, según el pensamiento de este filósofo, la verdad objetiva puede llegar a ser algo accidental y lo más importante resulta el modo de defender las afirmaciones propias al tiempo que se invalidan las del otro. En una discusión las dos partes empiezan convencidas de que tienen razón. En el desarrollo del debate, y ante el argumento opuesto, llegarán a dudar de que sea así (aunque jamás lo confesarán) y el final debería coincidir con el momento en que se demuestre la verdad. Para que esto ocurra, mientras dejamos por un momento a Schopenhauer, toda discusión debería incluir un requisito ineludible: la buena fe de los debatientes. La buena fe desaparece, como decía Albert Camus (Premio Nobel de Literatura, autor de *El extranjero*, una de las novelas esenciales del siglo XX y hombre moral por excelencia) cuando alguien miente sobre lo que sabe.

Se puede dialogar y discutir de muchas maneras. Aquí he consignado los tres tipos de diálogo que enumera Martín Buber, y en su opúsculo Arthur Schopenhauer describe 38 estratagemas para tener razón. Pero ni un diálogo ni una discusión serán jamás un encuentro entre Yo y un Tú ni una experiencia honesta de exploración de la verdad, si la buena fe queda fuera y si no se

respeta al otro en su dignidad. Aprender a dialogar (una discusión honesta es una forma de diálogo) no resulta una tarea sencilla. Intervienen en ella también la humildad, la paciencia, la gratitud, la empatía. Ojalá se inicien tiempos de aprendizaje. Porque cuando se dice que falta diálogo, en realidad se está diciendo que sobra vanidad y escasea la buena fe.

52. Martín Buber, *Yo y Tú y otros ensayos*, Lilmod, Buenos Aires, 2006.
53. Arthur Schopenhauer, *El arte de tener razón*, Editorial Quadrata de Incunable, Buenos Aires, 2014.

Sumergidos en polémicas tóxicas

A juzgar por la frecuencia y la facilidad con que se usa hoy la palabra "polémica", todos deberíamos andar con cascos, atrincherados y armados hasta los dientes. Es que "polémica" tiene su origen en el vocablo griego *polemikós*, que aludía al arte de la guerra. Los aficionados a esta práctica eran llamados *polemistés*, que significaba combatientes. Con el uso, "polémica" terminó definiendo a la práctica por la cual se aprende a atacar o a defender una posición, siempre militarmente hablando.

Vivimos en el mundo de la polémica. Escuchamos o leemos esta palabra decenas de veces por día. Está en todos los ámbitos. En el deporte, en el espectáculo, en la farándula (ese territorio ambiguo habitado por personas cuya única actividad consiste en ser famosas a cualquier precio y mediante cualquier actividad), en la política, en la moda y no sería sorprendente que invada pronto la gastronomía y una mínima variación en una receta (pasas de uva sí o pasas de uva no, aceitunas sí o aceitunas no) derive en una furiosa "polémica" entre dos chefs. Una condición de este tipo de "polémica" que nos satura es que requiere ser pública. Estar, como fuere, en los medios, en las redes sociales, en el chismorreo cotidiano. Así, continuamente personas y personajes de diferentes

ambientes buscan con afán, a través de actitudes, declaraciones, corte de pelo, o variados recursos, instalar una “polémica”. Es decir, instalarse ellas mismas en el único lugar en el que pareciera que se sienten seguras de existir. En la mirada ajena, en el murmullo público sobre sus declaraciones o sus actitudes. Si “polémica” es guerra, a cada momento silban en nuestros oídos los proyectiles de múltiples batallas protagonizadas por “combatientes” cuya única función es esa. Polemizar.

Ridículas transgresiones

Después de expandirse (en el significado y en los hechos) desde los escenarios bélicos hacia más allá, al trasladarse desde las armas a las palabras, la polémica devino en el arte de sostener perspectivas opuestas en diferentes materias: ideología, arte, ciencia, política, historia, creencias religiosas, etcétera. Por supuesto, no de sostenerlas a los balazos o cañonazos, sino con argumentos, desarrollando las capacidades del pensamiento, informándose, adquiriendo destreza en el ejercicio de la lógica. Son clásicos los torneos de debate en los cuales suelen competir equipos de estudiantes en universidades y colegios de Estados Unidos. Sus integrantes deben informarse del tema a discutir, profundizar en su posición respecto de este, entrenar y mejorar su uso de la palabra, su capacidad de ordenar el pensamiento a través de la expresión oral. De veras ellos polemizan, y lo hacen en el mejor sentido del término.

La verdadera polémica está muy lejos de aquello a lo que hoy se aplica el término con llamativa facilidad y desconocimiento. Las “polémicas” con que nos desayunamos (y almorzamos, merendamos y cenamos) cada día, están muy lejos de serlo. La mayoría de ellas son simples transgresiones, provocaciones

elementales en busca de atención (las más de las veces comprensibles en un chico, pero ridículas o desubicadas en un adulto). Un transgresor no es un polemista, sino alguien que necesita que lo miren mientras viola una norma, una regla o una ley. El transgresor necesita de esas normas para saltarlas como vallas, sin otro objetivo más que ese. No es un transformador, y suele calcular sus riesgos, porque nunca se hace responsable de sus actos. No tiene argumentos, solo actos. Distinto es el caso del revolucionario, que arremete contra lo establecido con el propósito de instaurar un orden nuevo (no viene al caso discutir aquí sobre si es un orden mejor o peor). El revolucionario debe desarrollar argumentos para su visión y exponerlos con claridad para convencer de que lo sigan. E incluso puede entregar su vida en el empeño. La historia nacional y universal ofrece abundantes ejemplos de verdaderas polémicas entre revolucionarios. O entre pensadores. O entre transformadores. Ninguno de ellos necesitaba insultar a la madre del otro, ni pintarse el pelo de un color llamativo, ni aparecer vestido de manera estrafalaria, ni pararse de cabeza, ni lanzar un exabrupto en el lugar y el momento menos indicado, ni proclamar públicamente sus gustos o perversiones sexuales para llevar adelante la polémica. Desenvainaban ideas, fundamentos y cuando sus polémicas trascendían públicamente ayudaban a pensar.

El parlamento nacional supo ser un escenario que habitaron grandes y verdaderos polemistas, como Alfredo Palacios o Lisandro de la Torre. La polémica entre De la Torre y monseñor Gustavo Franceschi a partir de una conferencia de aquel titulada “La cuestión social y los cristianos sociales”, en 1937, está considerada entre las más apasionadas y enriquecedoras del siglo XX. Tras haber polemizado duramente con Juan B. Justo y haberse distanciado de él, Palacios le dedicó un memorable discurso de despedida cuando Justo murió en 1928. Su enfrentamiento no

buscó la espectacularidad, sino la profundidad, sus polémicas los mejoraron.

En 1977 el periodista inglés David Frost entrevistó al presidente estadounidense Richard Nixon en un programa memorable que marcó un antes y después en el periodismo y en la política. Una verdadera y ejemplar polémica, sin nada más que dos hombres, una cámara, información e ideas (la película *El desafío: Frost vs. Nixon*, de 2008, dirigida por Ron Howard con Frank Langella y Michael Sheen, reproduce ese hecho de manera extraordinaria). En 2001 el Canal 2 de la cadena mexicana Televisa transmitió la entrevista entre Julio Scherer (incomparable maestro de periodismo y pensador profundo) y el Subcomandante Marcos, sostenida en la Parroquia de Asunción de María, en Milpa Alta. Polémica de verdad, hasta lo más hondo, con dos hombres capaces de convertir un combate de ideas en un apasionante thriller intelectual iluminador para cualquier espectador. El 14 de noviembre de 1984 el entonces canciller argentino, Dante Caputo y el senador peronista Vicente Leónidas Saadi debatieron en televisión argumentando en favor y en contra de la firma de un tratado de paz con Chile, que cerraría el diferendo por el Canal de Beagle. La admirable clase de razonamiento lógico y de cultura política que brindó Caputo no solo volcó el resultado del plebiscito en favor del sí, sino que fue un extraordinario ejemplo de cómo discutir sin ofender, de cómo hablar honrando al lenguaje y de cómo discrepar enalteciendo el disenso.

Agresión y vacío mental

No cualquier cosa es una polémica. Un desacuerdo no lo es. Una discusión a los gritos no lo es. Un intercambio de insultos no lo es. Y mucho menos un comportamiento excéntrico o una transgresión

caprichosa. La lingüista estadounidense Deborah Tannen señala que, en la cultura contemporánea, la provocación ha sustituido a la reflexión, y que, ante cualquier tema o situación, se batalla en lugar de argumentar[54]. La forma en que hoy se presentan las "polémicas" (programas de televisión en los cuales nadie está dispuesto a escuchar a nadie y en los que poco importa lo que se dice sino el volumen del grito con que se lo hace, redes sociales o foros en los que el tono de los insultos revela el peligroso nivel de violencia subterránea que circula por la sociedad), son meras puestas en escena, cáscaras sin contenido. Cuando se dice que Fulano hizo una "polémica" declaración o que Mengano "le dio duro" a Perengano, o que Zetangano "lo cruzó" a Cutano, y ese tipo de cosas se lee, ve y escucha todo el día, no hay allí ninguna polémica, pero sí una peligrosa naturalización de la agresión y del vacío mental.

La polémica por la polémica, dice Tannen, termina en una patética lucha por excluir o eliminar. No importa exponer razones, sino ganar. Cualquier verdad, cualquier idea mueren en ese tumulto. Y hasta la palabra "polémica" carece de sentido. Mientras no volvamos a aprender a discutir estaremos sumergidas en el lodo de las polémicas artificiales y tóxicas.

54. Deborah Tannen, *La cultura de la polémica*, Paidós, Barcelona, 1999.

6. CÓMO NOS INFLUYEN LAS CUESTIONES DE GÉNERO

Interrogándonos sobre qué es una mujer

¿Qué es una mujer? Interrogante simple, respuesta compleja. El propio Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, la veía en su tiempo tan inescrutable como el continente negro y confesó que la única pregunta que no sabía responder era "¿Qué quiere una mujer?". Se ha ligado a la mujer con numerosas palabras. Misterio, flor, intuición, maternidad, devoción, entrega, nutrición, cuidado, astucia, refugio, amor. Y tantas más. Se dijo que ella es poesía y que el hombre es prosa. Que la mujer es arco y el hombre es flecha. Mucho se dijo y se seguirá diciendo. Y la pregunta sigue ahí. ¿Qué es una mujer? Más allá de la coyuntura política y social inmediata, de los movimientos como *Ni una menos* o *Me Too*, ¿qué es una mujer?

Las creencias, los mandatos, los prejuicios, los modelos mentales y los credos culturales apresuran algunas respuestas, presentes en la realidad cotidiana.

El 8 de marzo de cada año se conmemora el Día Internacional de la Mujer. Fue instituido en 1975 por las Naciones Unidas, aunque, con leves variaciones de fecha, se venía rememorando desde principios del siglo XX, cuando diferentes movimientos de mujeres en todo el mundo luchaban contra la guerra, por mejores

oportunidades y condiciones de trabajo, por el derecho a votar y por otros derechos elementales y negados. Aquel origen es hoy tan desconocido como olvidado. Así, parece que el Día de la Mujer es un pretexto más para incitarlas a comprar o a ser objeto de regalos. Para hipócritas zalamerías oportunistas. Para recordatorios de compromiso. Para discursos oportunistas de políticos que el 9 de marzo ya olvidaron lo que sus escribas les acercaron el día anterior. "Descuentos increíbles para mujeres increíbles" prometía en una de esas conmemoraciones el afiche de una cadena de tiendas que inundó las carteleras callejeras en Buenos Aires. Y por el estilo, muchos más.

¿Qué es una mujer "increíble", según la propuesta publicitaria? ¿La que cría a sus hijos, trabaja, asiste a una capacitación, atiende problemas familiares, sostiene la crisis emocional de una amiga? Hay muchísimas de ellas y lo único increíble sería que tengan tiempo o estén de humor para, además, salir a gastar. ¿O será una mujer tipo barril sin fondo de deseos, torbellino de impulsos consumistas desenfrenados, obsesiva por la propia apariencia, siempre de buen humor, con tiempo y dispuesta? Ambas imágenes son comunes hoy. También lo es la de la madre abnegada que solo vive para sus hijos y posterga necesidades y sueños con resignada satisfacción. Una mujer parece ser también, según estereotipos habituales, alguien obsesionado por el paso del tiempo y dispuesta a cualquier dieta, gimnasia, cirugía o pase mágico que le sea ofrecido para no perder la atención de hombres que le exigen tácita o explícitamente perfección física mientras ellos, víctimas del mismo tiempo, se desvencijan y deterioran sin el menor complejo.

El lugar predestinado

Una mujer sería, siempre según los modelos observables, alguien

que, en general, puede ascender en las escalas laborales y alcanzar las jerárquicas (aunque con un techo) siempre y cuando esté dispuesta a comportarse con la dureza, la asertividad, la fiereza competitiva y la insensibilidad de un varón "ganador". Y a cobrar menos. Esto vale también en la política, en el deporte, en la ciencia. Y aunque logre todo eso estará siempre en observación.

Para muchos hombres poderosos (en los gobiernos, en la política, en los negocios), una mujer es un objeto decorativo que, cuanto más joven y atractiva, agrega un plus mayor al potencial competitivo de ellos. Se dice, con ese automatismo banal con que se repiten cosas sin pensarlas, que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer. Parece un elogio a la presencia femenina, pero si se escucha con atención suena como un recordatorio acerca de dónde debe estar la mujer. La palabra clave es "detrás". Suele ocurrir que, a menudo, esa "gran mujer" se retira o sale a la luz y el "gran hombre" se derrumba como una fachada de cartón piedra.

Para tanto machista suelto (y muchas veces disimulado) la mujer es solo una presa. Se la toma, se la usa y se la deja. Eso en el plano emocional. Pero hay más y peor. También se la mata. Los femicidios son una cruel y creciente realidad a la que se responde con mucho discurso y poca acción, poca política real y escaso compromiso. Ni siquiera las propias gobernantes mujeres (escasas, pero las hubo y las hay) parecen ver en esto una prioridad política. Una imagen más edulcorada resalta la función materna de la mujer y este ancestral mandato suele imponerse con tal fuerza que aquellas mujeres que no pueden tener hijos, y las que no quieren, sufren de distinta manera, pero sufren. Las primeras porque pareciera que son víctimas de una maldición que las excluye y las segundas porque son miradas con sospecha, como si estuvieran afectadas por el virus del egoísmo o por algo peor. En realidad a esta altura del siglo XXI haría mucho bien que se entendiera que la maternidad es una función en la vida de la mujer (como lo es la

paternidad en el hombre), pero no es condición obligatoria de su identidad. La feminidad incluye esa función, pero es mucho más que eso.

El marketing, la publicidad, cierta televisión de bajo nivel, alguna literatura y algún cine de poca calidad y escrúpulo insisten en responder que la mujer es un objeto sexual, que ha sido creada para satisfacer deseos que los hombres no pueden controlar y que su deber es ser esclavas de esos deseos. Esto degrada a mujeres y hombres. Así aparecen sagas como Cincuenta sombras y formas sutiles, solapadas, brutales o hipócritas de la prostitución. Una de ellas fue, en la televisión argentina, la búsqueda de una novia para Ricardo Fort. Y una muestra de lo que pueden los dogmas implantados con fuerza a lo largo de los tiempos hasta amaestrar las mentes, es que la perversa saga de Grey (pésimamente escrita, peor traducida y de una asombrosa puerilidad argumental) cosechó millones de lectoras, no de lectores.

Expresiones de lo humano

¿Qué es, entonces, una mujer? Si se toma en cuenta que durante siglos se discutió si tenían alma o si eran animales inferiores, que se las quemó considerándolas brujas (y que aún se las llama así despectivamente), que hasta bien entrado el siglo XIX no votaban en ningún lugar del mundo (se cree que fue en 1838 en la isla polinésica de Picarin en donde lo hicieron por primera vez) y que en la Argentina solo lo hacen desde 1951, pareciera que la complejidad de la respuesta se origina en una larga e inacabada historia de prejuicios, injusticia e ignorancia.

No es fácil para un hombre responder a esta pregunta, más aún cuando entre los mismos varones hay tanto prejuicio y tanto mandato tóxico por despejar acerca de la masculinidad. Y quizás

tampoco sea pertinente, puesto que la experiencia y la vivencia femeninas son patrimonio de las mujeres. Y frente a la vivencia, a la necesidad, al sentimiento del otro, del diferente (en este caso la otra, la diferente), se impone en primer lugar el respeto. Las mujeres no son hombres fallados, como cree la mirada masculina hegemónica. Son una expresión completa y específica de lo humano, como los varones. Ni unas ni otros somos autosuficientes. Por eso resultamos complementarios y mutuamente necesarios.

En su libro *Aprendices del amor*[55], el maestro Norberto Levy, psicoterapeuta argentino, define así a este sentimiento: "Tal vez podamos comenzar observando simplemente nuestras manos. Cómo se relacionan entre sí mientras realizan las tareas del día: ponerse la ropa, abrochar un botón, preparar un café. Todas las tareas. Observarlas con detenimiento y mirar la relación. Allí hay ayuda recíproca, ajustes continuos, acoplamientos precisos, sentido de equipo. Esa es la cooperación del amor". Y define al amor de una manera hermosa: "Es la memoria que la Unidad tiene de sí misma en la diversidad".

La cooperación, la unidad, la diversidad. Si conjugamos estos tres factores acaso podamos comenzar a entender que mujeres y varones somos partes necesarias e inescindibles del amor. Y cada uno podrá vivir con el misterio del otro, sin descalificar y sin tener respuestas a todas las preguntas. ¿Qué es una mujer? Acaso el mismo misterio que cada ser humano, sin distinción de sexo, es para sí mismo.

55. Norberto Levy, *Aprendices del amor*, Grijalbo, Buenos Aires, 2005.

Confundiéndonos sobre qué hacer

Cada marcha bajo la consigna *Ni una menos* deja ecos audibles. Muchos varones (además de millares de mujeres) proponen, como reacción, movilizarse contra todo tipo de violencia. Vivimos en una sociedad violenta: asesinatos, asaltos, peleas callejeras, peleas en los colegios, en los boliches, en las canchas (dentro y fuera del campo de juego), descalificaciones continuas, violencia verbal, violencia contra los animales. Sin distinción de clases, niveles culturales, profesiones, oficios y edades. No faltan rubros. Dentro de ese contexto hablar contra la violencia queda bien, es oportuno y cumple el protocolo del pensamiento correcto.

Pero ese pensamiento generalista puede llevar al relativismo moral y a la inmovilidad. Asesinatos y femicidios se siguen sumando como respuesta cruel a la protesta. En 2015, en los cuatro meses siguientes a la primera marcha, se contaron 40 femicidios. Es esta la violencia que urge enfrentar, y apremia hacerlo con hechos concretos, no con palabras de ocasión ni un "correctismo" que, en los hechos, es indiferencia *cool*.

El machismo *light*

Ejemplo de la desviación del tema son los hombres que se dicen "no machistas", pero "antifeministas". ¿Si no se es machista, a qué viene lo del antifeminismo? Simulando disparar contra el radicalismo feminista (que opera como contracara del machismo al convertir una parte en el todo y en nada contribuye a una integración de lo diverso), expresa de manera velada, *soft*, y hasta glamorosa, un agudo malestar ante el creciente protagonismo de las mujeres en áreas que les eran prohibidas, malestar ante el clamor femenino que exige acciones y las exige en primer lugar a los hombres, malestar ante una situación que amenaza la zona de confort masculino que durante generaciones permitió a los varones poner las reglas de juego en los temas donde se define el destino colectivo y común: la política, los negocios, el espacio público, el sexo, la ciencia, la técnica.

El "antifeminismo no machista" termina en machismo *light*, pero machismo al fin. Violencia contra la mujer significa más de 300 mujeres asesinadas por hombres cada año, chicos huérfanos, indiferencia estatal (sea el gobierno que fuere), justicia machista y cómplice, educación familiar que sigue transmitiendo prejuicios patriarcales. Estar contra "la violencia de todo tipo" es disolver prioridades, cambiar el eje de la cuestión mientras acontece el brutal femicidio de cada día. Tampoco agregan demasiado los hombres "feministas". El término tiene mucho de culpa. Si no son machistas no tienen de qué sentirse culpable. Un hombre que no mata mujeres ni las degrada, ni las somete, un hombre que las respeta no tiene que asumir culpas de otro hombre que sí lo hace. La culpa nunca ayuda, ni este ni en otros campos. Solo hace más pesadas las mochilas y más confusas las mentes. Antes que hombres "feministas" son necesarios varones "masculinistas", dispuestos a trabajar, desde sí y entre sí, por un rescate y una vivencia activa de lo más valioso, profundo, intransferible y fecundante de la masculinidad. Varones que enriquezcan de manera propia el amor,

que cuiden el mundo, que participen amorosa y activamente en la crianza de sus hijos, que tengan la valentía de negarse a la violencia, a las guerras, a la prepotencia. Varones receptivos como varones, no como mujeres, amantes como varones, no como mujeres, tiernos como varones, no como mujeres. Varones que no necesiten pintarse los labios, usar vestidos o calzar tacos un día al año para congraciarse con las mujeres, sino que las amen y respeten y valoren de igual a igual, cada día, en todos los escenarios. Y con los pantalones puestos.

Parar con el divague

Las mujeres no se matan entre ellas. Tampoco se suicidan en masa. Mueren a manos de hombres. Por lo tanto, esta es ante todo una responsabilidad de los varones, y debemos ser los primeros en abordarla y poner un freno. No hay que asustarse, la masculinidad auténtica, profunda, nutricia, fecunda, capaz de liderar con valores, de transformar el mundo para mejor, de abrir el corazón para que entren y salgan emociones fertilizantes, la fuerza masculina capaz de construir, no peligran por la movilización de las mujeres sino por la pasividad de los varones ante el machismo brutal que no solo se expresa en femicidios, sino en guerras, narcotráfico, barras bravas, depredación económica, vaciamiento de la política, todas especialidades masculinas (en las que suelen filtrarse mujeres machistas, que las hay y las conocemos).

La violencia contra la mujer es concreta. No divaguemos. Partamos de ella y afrontemos luego cada violencia puntual, con menos palabras y declaraciones para la tribuna y más acciones específicas y anónimas en el día a día. Para esto se necesita mucha testosterona espiritual, del corazón, no de los testículos. Esta se produce con conductas, con actitudes. Y se necesita, lo repito,

mucho coraje. Los varones deberíamos prometernos que Ni uno más, ni un machista más ofenderá y deshonrará a nuestro sexo con femicidios, descalificaciones antifemeninas cobardes, chistes machistas (de esos que infestan las redes sociales), indiferencia, desigualdad y maltrato laboral a las mujeres, publicidad sexista del peor tipo, etcétera. Ni uno más significa, definitivamente, ponerse los pantalones para que deje de haber Ni una menos.

Intentando reconstruir la paternidad

¿Hay un nuevo padre? Y si existe, ¿cómo se lo describe? El afán por instalar la palabra "nuevo" en todo, como si lo que no la llevara no existiera, impulsa cada año, sobre todo a medida que se acerca el tercer domingo de junio, a buscar imágenes y descripciones de lo que, ansiosamente, se quiere definir como "nueva paternidad". Y, de paso, como una transformación de la masculinidad. Y esas imágenes terminan por repetirse año a año. Un hombre relativamente joven, generalmente con una barba de tres días y aspecto informal, jugando con su hijo o hija como si fuera un niño más. También se lo describirá como alguien que cambia pañales, enchastra la cocina junto con sus hijos y los besa y abraza mucho. Observada de esta manera, la "nueva paternidad" aparece como una cuestión de formas. Y, sin dudas, es bueno que haya una cercanía entre el padre y sus hijos, que él esté lo más presente posible en la cotidianidad de ellos. ¿Pero de qué manera? ¿Cómo adulto y referente? ¿O como un par, con unos años más? ¿Cómo un guía para iniciar los caminos decisivos de la vida? ¿O como un compañero de juegos?

Desde comienzos de la Revolución Industrial, en el siglo XVIII, y con mayor énfasis desde mediados del siglo XIX, en el mundo

occidental los hombres empezaron a estar cada vez más horas lejos de sus casas, trabajando en fábricas, minas, talleres, oficinas, o combatiendo en lejanos campos de batalla. La historiadora y filósofa francesa Elisabeth Badinter lo describe muy bien. En ese escenario, escribe Badinter, “el contacto entre los padres de familia urbanos y sus hijos se reduce considerablemente y el padre se convierte en un personaje lejano, cuyas ocupaciones, la mayor parte de las veces, son un misterio para sus hijos”[56].

El exiliado emocional

A partir de allí la familia se reorganiza a la par del trabajo, y donde marido y mujer trabajaban codo a codo, con ayuda de sus hijos, hay ahora una clara escisión. Se crean dos esferas, apunta la historiadora, una privada y doméstica, regida por la madre, y otra pública y profesional, exclusividad de los hombres. Estas esferas son heterogéneas y no se comunican entre sí. Los hijos quedan dentro de la primera.

De ahí en más, la psicología y los manuales de crianza, así como los mensajes familiares y sociales, pusieron cada vez menos la mirada en las funciones paternas y se dedicaron a adoctrinar y entrenar a las mujeres, a las que se veía, dice Badinter, como “providencialmente dotadas de todas las cualidades necesarias para educar a los hijos de ambos sexos”. También se refuerza la idea de que hay en ellas un “instinto” del que carece el hombre. Esto, que parece una valoración de la mujer, es en cierto modo una trampa. Se le dice y repite que ella está “naturalmente” destinada a esa tarea y tiene toda la responsabilidad sobre la misma.

¿Y el padre? Mientras cumpla con el aporte económico y sostenga materialmente el hogar, todo estará bien. Sin embargo, se convierte en un exiliado del mundo emocional de los hijos, en un

administrador de recompensas y castigos (“Ya vas a ver cuando venga tu padre”), de cuyas propias emociones y necesidades o capacidades afectivas poco se sabe y nada se muestra. Además de que se produce una doble postergación u ocultamiento. En el caso de las mujeres queda relegada y desvalorizada su capacidad para desempeñarse en el mundo externo, tanto político como laboral o profesional. En el de los hombres se clausuran sus capacidades para la crianza, la nutrición, el acompañamiento cercano y participativo en la evolución de sus hijos.

Como todo paradigma que se instala en una sociedad y una época, y marca modelos mentales y conductas, también este echó raíces suficientemente profundas como para que su modificación no sea ni rápida ni sencilla. Algo comenzó a cambiar, es cierto, desde mediados del siglo anterior, y fue a partir de transformaciones en los roles femeninos. Por una parte, con la aparición de la píldora las mujeres recuperaron autonomía y decisión sobre la concepción. La aspiración hoy masiva de ser “soberanas de su cuerpo”, puesta en primer plano con la discusión sobre la despenalización del aborto, germinaba ya entonces. Y, por otra parte, las diferentes crisis y reacomodamientos económicos y sociales les abrieron a ellas las puertas del mundo público, de los espacios laborales, profesionales y de decisión. Su instalación en estos fue creciente desde entonces y no se detiene, pero aun así no alcanzó un nivel de equidad.

A la espera de Ulises

El desplazamiento de las mujeres hacia esos espacios antes prohibidos para ellas no fue simétricamente acompañado por un movimiento de los hombres hacia el territorio doméstico, hacia la intimidad del hogar, hacia la presencia emocional y referencial

explícita y compartida en esa “retaguardia” donde se coprotagoniza el desarrollo de los hijos. Que haya hombres que sí lo hacen, de ninguna manera representa un movimiento colectivo con fuerza suficiente para transformar socialmente paradigmas y modelos mentales. Esto llevó a decir al psicoanalista italiano Massimo Recalcati, que hoy el complejo de Edipo (hijo que, para reinar, compite con el padre y, simbólicamente, lo mata) fue remplazado por el de Telémaco (nombre del hijo de Ulises, que espera ansioso el regreso del padre, quien se ausentó para ir a la guerra de Troya, y cuyo alejamiento repercute en caos y ausencia de ley en el reino de Ítaca, en donde también Penélope, su mujer y madre de Telémaco, espera al hombre ausente)[57].

Así es como la importancia del padre en la educación y formación compartida de los hijos, su aporte irremplazable (porque varones y mujeres aportan atributos diferentes y complementarios) y su coprotagonismo no necesitan de ninguna “novedad”, ni manifestarse como tendencia o moda. La necesaria energía masculina que el padre puede aportar comprende, según el poeta y ensayista Robert Bly (iniciador en los años 80 del movimiento de reafirmación de la masculinidad profunda), “inteligencia, autoridad compasiva, capacidad de mando, y es, en definitiva, una energía positiva que el varón descubre y acepta en sí y pone al servicio de la comunidad”[58].

Mujeres y varones nacemos capacitados para ser madres y padres, pero debemos aprender a serlo, cada uno a su manera y desde su condición única, intransferible e irremplazable. Como las madres, los padres no nacen, se hacen. Con presencia, con ensayo y error, con cercanía, con tiempo y nunca confundiéndose con sus hijos (unos son los adultos y los otros los chicos o adolescentes), sino manteniéndose como líder y orientador del vínculo. En una de las cartas a su hijo que constituyen el conmovedor libro *De hombre a hombre*, el ensayista estadounidense Kent Nerburn, quien se

define a sí mismo como un buscador de la auténtica espiritualidad, escribe: “No quería ser padre. Un hijo significaba una serie de limitaciones y responsabilidades que no ofrecían ninguna recompensa. Pero cuando experimenté la paternidad, el resto del mundo volvió a construirse ante mis ojos. Sentí la unidad de las generaciones cayendo como cascadas en otras generaciones desde el comienzo de los tiempos. En mi esclavitud por un hijo había encontrado mi verdadera libertad. Cuando experimentas esta experiencia, te haces uno con todos los hombres en una forma llena de calor y armonía”. Y aconseja: “Acércate con cautela a la paternidad. Es mucho más fácil convertirse en padre que ser padre”[59].

No se necesitan “nuevos” padres, sino el padre de siempre (aunque vista ropas de hoy). El que pueda entregar a sus hijos y sus hijas una imagen de masculinidad emocionalmente rica, de fuerza constructiva, de asertividad sensible. El que con su presencia, sin mimetizarse con la madre, sin ponerse en un segundo plano doméstico, con sus conductas y sus palabras les permita aprender y comprender lo valioso de disponer de fuentes diferentes de donde nutrirse de la compleja riqueza de lo humano. El que, cuando se ausenta, aunque esté físicamente presente, deja un vacío doloroso en el hogar y en la sociedad.

56. Elisabeth Badinter, *XY, la identidad masculina*, Norma, Bogotá, 1993.
57. Massimo Recalcati, *El complejo de Telémaco*, Anagrama, Barcelona, 2014.
58. Robert Bly, *Hombres de hierro*, Planeta, Buenos Aires, 1992.
59. Kent Nerburn, *De hombre a hombre, cartas a mi hijo*, Norma, Bogotá, 1997.

Entrampados en la jaula de los estereotipos

Pasaron 345 años desde su fundación para que la Academia Francesa aceptara como miembro a una mujer. Ocurrió el 6 de marzo de 1980 y la agraciada fue Marguerite Yourcenar, autora de obras memorables, como *Memorias de Adriano* (impresionante semblanza ficcional del emperador romano y su tiempo, y profunda inmersión en los recovecos del alma humana), *Alexis o el tratado del inútil combate*, *Fuegos*, *Cuentos orientales* y *Tiro de gracia*. La escritora tenía entonces 76 años (murió en 1987) y desde hacía tiempo llevaba una vida retirada en Mount Desert, Estados Unidos.

La Academia fue fundada en 1635 por el célebre Cardenal Richelieu (a quien Alejandro Dumas rescató como personaje en la inmortal *Los tres mosqueteros*), un hombre siempre ligado al poder de la monarquía, a la que, como estadista, se preocupó de blindar contra todo cuestionamiento. La misión de la institución sigue siendo salvaguardar la lengua gala, honrarla y ayudar a enriquecerla. Se destacó durante siglos por su cerrada e inconmovible misoginia. Semejaba, antes que nada, un exclusivo club de hombres. Así, cuando el periodista Jean D'Omersson, entonces director del diario conservador *Le Figaro*, propuso a

Yourcenar para un sillón en la Academia recibió en contra una serie de calificativos que incluían lindezas como "tonto despreciable", "comunista", etcétera.

La antropóloga Françoise Heritier, autoridad mundial en su materia, recuerda al respecto un dibujo del ácido humorista Georges Wolinski (una de las víctimas del ataque terrorista al semanario *Charlie Hebdo*, en enero de 2015), en el que, ante la presentación oficial de Yourcenar, dos viejos académicos conversan y uno le dice al otro: "Hay una mujer en la Academia". A lo que su interlocutor responde: "¿No puede esperar al final de la reunión para limpiar?". Heritier trajo esto a colación durante una conferencia que brindó en Montreuil, Francia, el 6 de junio de 2009. Destinada a chicas y chicos estudiantes, la charla se llamaba *Diferencia de sexos*[60].

Cuerpos y derechos

La exposición de Heritier es una lúcida, sólida y aleccionadora mirada sobre un tema que cada día genera nuevas discordias (y renueva otras viejas), no solo en círculos intelectuales y académicos, sino en la vida y las relaciones cotidianas de hombres y mujeres de todo tipo de condición social, económica, etaria y cultural. La cuestión de género.

Con un lenguaje claro y accesible y con fundamentos y razones sólidos, avalados por su fecunda experiencia profesional, Heritier pone el acento sobre un gran malentendido, origen de graves discriminaciones, de oscuras descalificaciones y de siniestros femicidios, todos generadores de incomprensión, dolor, resentimiento e infelicidad, además de constituir un grave problema social y educacional. En la especie humana, como en todas, hay machos y hembras. Nenes y nenas. Varones y mujeres.

Las diferencias más visibles son inocultables y de carácter físico, anatómico, fisiológico. Esto no se discute. Y desde allí la antropóloga dispara el interrogante que es hilo conductor de su conferencia y que continúa como tema no resuelto en la sociedad (a pesar de vivir en el siglo XXI, y más allá de discursos bienintencionados o voluntaristas). ¿Diferentes cuerpos significan diferentes derechos?

Puede ser que la respuesta parezca obvia. Pero en la realidad de cada día no se demuestra así. Las mujeres siguen ganando menos por igual trabajo, hay actividades que les siguen vedadas o restringidas no por cuestiones de capacidad sino de prejuicio (basta recordar a un grupo de pasajeros que tomaron tiempo atrás la patética y discriminatoria decisión de descender de un avión de línea que los llevaría de Miami a Buenos Aires porque sería piloteado por mujeres), todavía hay reproches abiertos y velados cuando toman la decisión de salir de la jaula doméstica en la que durante siglos estuvieron confinadas sin apelación, y destinadas a tareas de crianza, ordenamiento, alimentación y gestión de tareas escolares. Demasiados avisos publicitarios continúan usándolas como objetos tentadores para la venta de productos o servicios en los que esa presencia no tiene nada que ver (¿en qué mejora el rendimiento de un auto el hecho de que una mujer semidesnuda aparezca sentada sobre el capó?). Los chistes machistas (portadores de una violencia soterrada que con frecuencia se convierte en acto trágico) circulan libremente en corrillos y redes sociales y son repetidos hasta por muchos que niegan ser machistas (entre ellos, incluso mujeres). Profesiones “femeninas” (¿por qué?, ¿según quién?), como la docencia, la enfermería, el secretariado, e incluso el servicio doméstico, entre otras, se mantienen en escalones bajos de la pirámide laboral y salarial y hasta se miran con disimulado desdén.

Se da por sentado que las mujeres manejan mal (“alquilamos

también a mujeres", decía tiempo atrás el aviso de una empresa rentista de autos), que no entienden de números, que son despistadas y por lo tanto poco confiables para determinadas misiones. La lista se hace interminable en cuanto se mira alrededor sin preconceptos. Y ni hablar de las esferas de poder en donde se deciden y ejecutan los destinos comunes de la sociedad, como la política, los negocios, la tecnología y la ciencia. Allí son una inmensa minoría y para ser aceptadas deben demostrar capacidad para aceptar los códigos masculinos y manejarse con ellos. Por supuesto, siempre habrá un ejemplo (solo uno, repetido hasta el hartazgo) para sostener que esto no es así, que las cosas ya cambiaron.

Por otra parte, sigue instalada en el inconsciente colectivo la expectativa de que un hombre sea productor, que tenga capacidad de provisión económica, que no flaquee en la adversidad, que no se deje carcomer por la incertidumbre, que no abandone el lugar de la iniciativa, que sea un competidor exitoso. Aún se duda (aunque no se diga públicamente, porque el correctismo vigila) de un varón que se aparta de esos mandatos, e incluso mujeres esclarecidas suelen confesar en confianza que un hombre así no les da seguridad. Se dirá, siempre se dice, que esto ya no es así, que los jóvenes varones responden a otros modelos. Pero ocurre que muchos jóvenes varones se estacionaron (por obra y gracia de confusiones maternas y paternas combinadas) en una suerte de adolescencia perpetua en la que eso que se llama "sensibilidad masculina" es solo inmadurez emocional. Y muchos de esos jóvenes varones muestran a través de sus conductas, a la hora de la verdad, que, debajo de la nueva fachada, los viejos mandatos y paradigmas gozan todavía de buena salud. Me consta que esta descripción irrita a padres o (sobre todo) madres que se autoproclaman progenitores de un nuevo varón, pero ocurre que los paradigmas que enraizaron con fuerza a lo largo de siglos y modelaron una cultura, no

desaparecen en corto tiempo y por obra del deseo o la voluntad. Hay mucho por trabajar en este campo.

Lo heredado y lo adquirido

El sexo de las personas proviene de la naturaleza. Las diferencias sexuales están marcadas y definen claramente a machos y hembras de la especie humana. Por nombrar algunas, los hombres no amantan ni conciben a sus hijos en su vientre, las mujeres no tienen barba ni proveen espermatozoides. Hay muchas más. Pero una cosa son las diferencias sexuales y otra muy diferente las de género. Las primeras son naturales, las segundas son culturales. Las diferencias de sexo no crean fricción y, por el contrario, estimulan la integración (¿cómo concebir un bebé sin integrarlas?). No cambian. Las de género tienen que ver con expectativas sociales que, a partir de mitos, creencias, mandatos heredados y transmitidos, clasifican a los individuos (como señala Heritier) y les exigen determinados comportamientos y pensamientos como condición de aceptación. Varón y mujer corresponde a la naturaleza. Masculino y femenino son construcciones culturales. La naturaleza es inmutable, la cultura está en transformación permanente. Quedar aprisionados en estereotipos culturales llamándolos "naturales" es una fuente de abundantes desencuentros entre varones y mujeres, de mucho dolor e incomprensión acumulados, de demasiado oscurecimiento de la razón.

A la luz de hechos y cifras trágicos, las cuestiones de género requieren menos discursos, menos investigaciones de cenáculo, menos cerrazón mental y más actitudes transformadoras en todos los campos: gobiernos, empresas, clubes, instituciones, educación, hogar, barrio, en fin, en todo escenario en donde unas y otros coincidimos y convivimos. También con esto tiene que ver el futuro

de nuestros hijos y nuestras hijas.

60. Françoise Heritier, *Diferencia de sexos*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2015.

7. QUÉ Y QUIÉNES NOS INSPIRAN

El desafío de convertirnos en personas

Todos los seres humanos somos iguales, pero no todas las personas lo son. Esta frase parece una contradicción, pero no lo es. Nacemos humanos. Esto tiene que ver con la especie a la que pertenecemos dentro del ordenamiento de la Naturaleza. Compartimos características y atributos que nos definen. Somos humanos, como ya vimos en otro capítulo de este libro, de la misma manera en que los gatos son felinos, los perros son caninos, los caballos son equinos o los elefantes son paquidermos. A partir de ahí, señalaba la filósofa alemana Hannah Arendt, debemos convertirnos en personas. Arendt, que tras huir del nazismo se convirtió en ciudadana estadounidense y fue una de las mentes más luminosas del siglo XX, decía que accedemos a la categoría de persona cuando ejercemos la palabra y el pensamiento, dones exclusivos de los humanos. Pensar, según ella, es dialogar con uno mismo (coincidía en esto con Platón). Y la herramienta esencial del diálogo es la palabra. Estos dones no se ejercitan de modo automático. Hay que activarlos. Requieren voluntad y responsabilidad. Es decir, la decisión de ponerlos en marcha, y la actitud de responder a las consecuencias de nuestras acciones a partir del momento en que pensamos y hablamos.

De acuerdo con esta mirada, un ser humano se convierte en persona cuando reflexiona sobre sí mismo, sobre el curso de su vida, sobre su lugar en el universo y sus deberes en la sociedad de la que forma parte. El humano es, ante todo, un animal pensante apunta Arendt en "Responsabilidad" (ensayo incluido en la compilación *Responsabilidad y juicio*[61]). Y al dialogar consigo mismo descubre lo que está bien y lo que está mal, lo que debe y lo que no debe hacer. Se autolimita, explica la filósofa, porque sabe que no se puede todo, que vive entre otros. Este es el principio de la moral. De los valores. De la responsabilidad. Vivir entre otros es, por lo demás, la única manera humana de vivir. Y la política, recuerda la filósofa, es la articuladora de esa necesaria convivencia. Tal es su sentido.

Detrás de la máscara

Por ese camino que Arendt describe y explora un ser humano llega a ser persona. Desde esta perspectiva filosófica la persona es una construcción. También lo es, pero de una manera distinta, según la explicación de Carl Jung (1875-1961), el médico y psicólogo suizo que fundó la psicología arquetípica (corriente que estudia los modelos profundamente arraigados en el inconsciente colectivo de la humanidad, sobre los cuales cada individuo desarrolla su singularidad). Jung tomaba la raíz latina de la palabra persona, que describía a la máscara que cubría el rostro de los actores en el antiguo teatro griego. El espectador no veía el rostro sino la máscara, y la voz del actor resonaba a través de un pequeño agujero en la misma. *Personare* significaba hacer sonar la voz, y ese sería el origen de la palabra *persona*, que denominaba a la máscara.

También nuestra personalidad es una carátula, sostenía Jung. Con ella nos presentamos en el mundo y ante los demás, pero

aquello que de veras somos (el *Sí mismo* de cada individuo, algo cuyo conocimiento pide una inmersión profunda) estará siempre entre bambalinas, y no solo por un ocultamiento voluntario, sino porque jamás emergerá de un modo total desde la hondura del inconsciente, en donde permanece ajeno a nuestra percepción. Ser persona, en versión jungiana, es mostrar ante los otros una versión de nosotros mismos que nos permita relacionarnos, funcionar en el mundo, ser aceptados. Detrás de la máscara, en lo que el psicólogo suizo llamaba *Sombra*, queda oculto aquello que rechazamos de nosotros, lo no aceptado o lo no percibido. Requiere un profundo, constante, consciente y a menudo doloroso trabajo de autoconocimiento poder echar luz en esa Sombra, atravesarla para ir al núcleo de nuestra identidad y reconocer quiénes somos.

Tanto desde la propuesta filosófica de Arendt como desde la psicológica de Jung, la persona no nace, se hace. Y en ambos casos, y de distintas maneras, esa hechura es por mano propia. Nos construimos como la persona que dialoga consigo misma, que piensa, que se vale de la palabra, que adquiere valores y los vive. Nos hacemos la persona que seremos ante los ojos del mundo, la que hablará con nuestra voz más profunda a través de la máscara que nos viste para no salir desnudos.

No terminan aquí, ni mucho menos, las disquisiciones acerca de qué es una persona y de qué significa serlo. Se discute y se piensa mucho sobre ello, no solo en la filosofía y en la psicología, sino también en la teología, en el derecho, en la literatura. Pero acaso pocas veces como en este tiempo, la palabra haya sido tan desvirtuada y vaciada de sentido como cuando se nos apabulla incesantemente con la invitación a “personalizar” teléfonos celulares, fundas de esos mismos aparatos, computadoras, pantallas de inicio, pantallas de fondo, autos, cuentas bancarias, comidas, programación televisiva o maneras de vestir, entre tantas otras cosas.

Salir de los casilleros

La “personalización” que se nos propone consiste en optar por formatos, dibujos, colores y otras variantes diseñadas por alguien que no nos conoce, que jamás nos vio ni nos verá, que ignora quiénes o cómo somos. Se trata de ordenar a los individuos en casilleros donde los agrupará la ilusión de ser diferentes mientras cada vez se parecen más entre sí. Como señala el ensayista y crítico cultural británico Terry Eagleton, cuanto más se extiende la singularidad, menos singular es. “Personalizar” es una manera de uniformizar. La moda de ser “distintos” termina por hacer a todos iguales, imposibles de distinguir unos de otros. Pasa con los celulares, las pantallas, la música, los tatuajes, los peinados raros que dejan de ser raros, los piercings, el lenguaje, la ropa, el “tuneo” de los autos y los largos etcéteras que se pueden agregar.

La fiebre por “personalizar” termina entonces por adormecer o acallar las voces y búsquedas propias de cada individuo, por silenciar el diálogo interno, por alejarlo de la conducción de su propia vida para sumarlo a un desfile de existencias prediseñadas y uniformizadas que se ofrecen como “originales” cuando originalidad es lo que menos tienen. Una vez instalado en ese estándar, el ser humano permanece como integrante de la especie, pero la persona, con todo lo que significa, se diluye. Por otra parte, al aceptar este tipo de “personalización” despersonalizada cada individuo se convierte en un simple dato que será tomado en cuenta para orientar la comercialización y el consumo de “novedades” supuestamente singulares y “únicas”. Los formatos de “personalización” menos elegidos serán dados de baja y los más escogidos se ofrecerán en nuevas variantes para que el festival de consumo despersonalizado no decaiga.

A ningún miembro de otra especie se le ofrecen la oportunidad y las herramientas con que los humanos contamos para hacer de

nuestras vidas algo más (mucho más) que un mero proceso vegetativo y reproductivo. Es decir, la posibilidad de pensar, dialogar, construir encuentros, explorarnos a nosotros mismos y al contexto que integramos, ir hacia el otro, dejar huellas, trascender, elevarnos desde la simple base biológica hacia la condición de persona. Una extraordinaria aventura existencial de la que cada uno es responsable. No hay mapas prediseñados para vivirla, porque cada persona (cuando alcanza esa condición) es única y debe dibujar su propio mapa durante el viaje. Y el viaje dura lo que dura la vida.

61. Hannah Arendt, *Responsabilidad y juicio*, Paidós, Barcelona, 2007.

Los que traen luz desde la oscuridad

Es posible que Michael Phelps y Julio Pedraza no se conozcan y que, por lo tanto, no tengan la menor idea de la existencia uno del otro. Phelps es estadounidense, nació en 1983, y se trata del hombre que más medallas ganó en la historia de los juegos olímpicos. Nada menos que 28, todas en natación. Julio Pedraza es argentino, nació en 1948, cría ovejas y vive a 30 kilómetros de la localidad de Manuel Choique, poblada por algo menos de 300 personas, en el sudeste de Río Negro.

Lejanos en edad, alejados geográficamente, con perfiles y posiciones sociales y económicas diametralmente opuestas (Phelps ganó un millón de dólares solamente en Pekín en 2008, mientras Pedraza vive de lo que dan las ovejas, siempre y cuando la naturaleza y el clima no se ensañen con ellas y con él), estos dos hombres comparten, sin embargo, una preocupación común. La búsqueda de una respuesta a la pregunta por el sentido de sus vidas. Uno de ellos parece haberla encontrado. El otro está en el proceso y no le resulta fácil.

Michael Phelps se retiró oficialmente de su disciplina deportiva en los juegos de Río de Janeiro, en 2016, donde ganó cinco medallas de oro y una de plata. Lo hizo rodeado de fama,

admiración y dinero, como había estado durante su carrera. Lo que siguió fue oscuridad, depresión, desaliento. Quedó cara a cara con el vacío existencial. Había confundido lo que hacía con lo que es, y cuando dejó de competir sintió que dejó de ser. Contó en una entrevista concedida a la cadena CNN, que pasaba los días encerrado en su habitación, sin comer y sin dormir, también sin ganas de vivir y pensando en el suicidio. Dos personas lo ayudaron a emerger de ese pozo. Una terapeuta y su esposa, Nicole Johnson. Cada una a su manera, y desde funciones diferentes, trabajaron para reconectarlo con la energía vital[62].

Hoy Phelps sabe que la depresión retrocedió, pero que no se alejó definitivamente, aunque hay algo gracias a lo cual la mantiene a una distancia cada vez mayor. Está ayudando a otros deportistas que, detrás de la pantalla de humo del éxito, los aplausos y de las grandes sumas con que los sponsors les compran prácticamente la vida además del nombre, se hunden en oscuros abismos de sinsentido y coquetean con la autodestrucción. Dice que puede entender los grandes gritos de desesperación que ellos emiten y que nadie escucha, y está procurando acercarse, desde su experiencia, para ayudarlos y acompañarlos en el encuentro de una razón para vivir que vaya más allá de la fama efímera y engañosa. Además de esto creó la Fundación Michael Phelps, que promueve el desarrollo de la natación y trabaja por una vida saludable. “Hoy me doy cuenta de que salvar una vida, o ayudar a salvarla, es más importante que ganar una medalla”, confesó en la entrevista mencionada.

Salvarse y salvar

A miles de kilómetros geográficos y mediáticos de Phelps, Julio Pedraza recibió en el otoño de 2018 a la periodista Micaela

Urdinez, del diario *La Nación*, en una casa que él y su esposa, Rosinda, levantaron con sus propias manos, y a la que se llega por un camino de tierra que, en invierno, se cubre de hielo y de nieve y se hace intransitable. Durante años, y aun en esas condiciones, lo recorrió a caballo para llevar cada día a sus hijos a la escuela, en Manuel Choique. Pero acaso no hayan sido las inclemencias del tiempo ni las dificultades topográficas los desafíos más duros que enfrentó en su vida. Cuando era joven, Pedraza cayó en el alcoholismo. "Empecé de a un traguito y después otro, como lo hacen los jóvenes de hoy", recordó. "Y después ya no pude parar". Fueron varios años así y, como él reconoce, estuvo a punto de perder a su familia. La vida en la casa era un infierno abonado por gritos y golpes. Rosinda dice que ella quería criar bien a sus hijos, pero que aquello se hacía imposible[63].

A los 35 años Pedraza tuvo un rapto de lucidez. Comprendió que todo estaba a punto de acabarse y que quedaría extraviado, quizás para siempre, en el ancho mar de la soledad y de la impotencia. Muerto en vida. Cuenta que decidió dejar de tomar y ordenar su vida. Pero no borró de su memoria aquella sombría y destructiva experiencia. Se convirtió en pastor evangélico, construyó una pequeña iglesia junto a su casa para las personas de la zona, y se dedica especialmente a trabajar con jóvenes para impedir que, como le ocurrió a él, se hundan en la adicción. "A través de mi testimonio puedo ayudar a otros". Puede ayudar, como Phelps, porque estuvo en las entrañas del monstruo del que se propone rescatar a otros. Sabe de lo que habla. Lo sabe en carne propia. No creó una fundación, pero en proporción lo suyo tiene la misma potencia y trascendencia. "Cuando nos casamos con Rosinda éramos bien pobres, rememora, y hoy no somos ricos, pero estamos mejor".

El órgano del sentido

Ni la pobreza de Pedraza ni la riqueza de Phelps fueron determinantes para que ambos convergieran en un logro que es el gran desafío existencial para todo ser humano. Descubrir el sentido de su vida. No se trata de darle o construirle un sentido a la propia vida. Como señaló repetidamente el gran médico y pensador austríaco Viktor Frankl, ese sentido ya está incluido en la existencia que cada uno va a transitar. Y se nos otorga el tiempo de esa vida para encontrarlo. Hacerlo es una cuestión de responsabilidad personal. Podemos dilapidar ese tiempo en superficialidades, banalidades, obsesión por lo material, persecución de poder y de placer, confundiendo diversión con felicidad e ignorando la presencia del prójimo. O podemos vivir con valores expresados en acciones y conductas, dedicando nuestras tareas (tanto las rentadas como las que no lo son) a dejar el mundo un poco mejor de cómo lo encontramos, además de construir relaciones de respeto con el prójimo. En todas estas fuentes suele abrevar el sentido. Y también, como lo muestran los casos de Phelps y Pedraza, en el sufrimiento. Claro que para dar con él es fundamental mantener despierta y activa la conciencia, a la que el propio Frankl consideraba nuestro órgano del sentido, así como los pulmones son el órgano de la respiración, el hígado el del metabolismo o el riñón el de la filtración. Mantenerla despierta o despertarla si se encuentra dormida, ahogada por una atmósfera tóxica o acallada por falsas voces externas. Suele ocurrir que, en caso contrario, intervengan dolorosos despertadores disparados por la vida.

El sentido de una vida no aparece de una vez y para siempre. Va emergiendo en lo que Frankl llamaba momentos de sentido. Por eso es necesario vivir con la conciencia despierta. Esos momentos son a veces breves epifanías. Y es bueno saber reconocerlas. Decía Frankl que una vida revela su sentido cuando aprendemos a vivir para

algo y vivir para alguien. Ese alguien no debe ser necesariamente una única persona. Alguien es el otro, en sus múltiples manifestaciones. Y algo es un propósito que vaya más allá de uno mismo. En esa misma dirección, el poeta y filósofo estadounidense Ralph Waldo Emerson (1803-1882) expresaba que una vida es exitosa “cuando alguien respiró mejor porque tú exististe”. Sin conocerse (acaso nunca lo hagan), a tanta distancia de todo tipo, Michael Phelps y Julio Pedraza confirman esas propuestas. Y cada persona tiene en el plazo de su vida, una oportunidad de hacer que otro respire mejor.

62. cnnespanol.cnn.com
63. www.lanacion.com.ar

Responder a la gran pregunta

Podría ocurrir que, en un principio, la propuesta provocara cierta aprensión, pero no habría que huir de ella demasiado pronto. El psiquiatra británico Steve Peters, profesor de la Universidad de Shefield, y especializado también en matemáticas y educación, suele proponer a quienes lo escuchan o lo leen el siguiente ejercicio. Imagine que usted tiene 100 años, está en su lecho de muerte y solo le queda un minuto de vida. En ese momento su tataranieta le pregunta: "Por favor, ¿antes de morir podrías decirme qué debo hacer con mi vida?". Aceptar la propia finitud no es una de las costumbres humanas más difundidas (todo lo contrario), de manera que posiblemente el acertijo espante a muchos. Sin embargo, no es necesario esperar a cumplir un siglo de vida y estar a punto de dar las hurras para pensar una respuesta. Ahora mismo, en este momento, es posible abocarse a la tarea, sin necesidad de tener enfrente a una tataranieta preguntona.

Steve Peters examina dos grandes hábitos del modo humano de pensar (el emocional y reactivo por una parte, el racional y reflexivo por otra), un tema que el psicólogo del comportamiento Daniel Kahneman (Premio Nobel de Economía 2002) estudió en profundidad en su apasionante obra *Pensar rápido, pensar despacio*.

Pero Peters, de un modo sencillo y hasta casual, se aparta del rubro neurociencias y, con ejemplos como el del tatarabuelo y su tataranieta, plantea interesantes interrogantes filosóficos. Más allá de que en nuestro interior convivan inevitablemente un Chimpancé (el pensamiento emocional) y un Humano (el pensamiento racional), como él los denomina, y de que los envuelva la gran incógnita acerca de si serán capaces de cooperar o no, el psiquiatra inglés parece deslizar otra cuestión: lo más importante no es cómo pensamos, sino cómo vivimos[64]. Por supuesto, una cosa influye en la otra, pero el sentido de una vida no lo determinan las neuronas y los neurotransmisores ni se captura con electrodos, sino que se explora en un área inasible pero real, en donde se conforma un trípode esencial compuesto, según Peters, por lo que consideramos las verdades de la vida, por lo que expresamos como valores y por aquello que nos estimula a iniciar cada día, es decir nuestra fuerza vital. Puesto que ninguno de estos elementos es reducible a una fórmula matemática ni pasible de ser capturado en un tubo de ensayo o de ser detectado con un microscopio, todos ellos dependen de las decisiones, las elecciones y las acciones de cada individuo. Es decir, de su responsabilidad.

La suma perfecta

"¿Qué debo hacer con mi vida?" no es, en fin, un interrogante que pueda responder un tatarabuelo de 100 años. Se trata de una pregunta que cada uno haría bien en formularse periódicamente a lo largo de su existencia. Ocurre que cada vida es única e intransferible (no "tercerizable", podría decirse en términos ultramodernos) y, por lo tanto, la respuesta solo puede ofrecerla quien la vive. Como la palabra responsabilidad proviene precisamente de "responder", queda en claro que cada uno es

responsable de su propia existencia y de cómo la transita. Al final del día la matemática existencial no falla. El resultado dará la exacta suma de las elecciones hechas, las decisiones tomadas, las acciones ejecutadas y la coherencia (o la incoherencia) que estas tuvieron respecto de los valores que proclamamos.

De todos modos, podemos ponernos por un momento en el lugar del tatarabuelo centenario, y basándonos en una supuesta o probable sabiduría adquirida a lo largo del generoso tiempo vivido, intentar un consejo para dejárselo a nuestra tataranieta antes de partir. Por ejemplo: “No corras todo el tiempo a satisfacer tus deseos urgentes e inmediatos porque posiblemente de ese modo estarás postergando tus verdaderas necesidades. No pienses que el mundo está hecho a la medida de tus gustos ni que los demás vinieron a esta vida para satisfacer tus expectativas. No te creas imprescindible porque el cementerio está lleno de imprescindibles. No valores a los demás por lo que tienen o por lo que hacen sino por lo que son, y no pretendas ser valorada por lo que tenés o por lo que sos porque si un día dejás de tener o de hacer también dejarás de existir para quienes te consideren así. No olvides que sos apenas una pieza de un enorme rompecabezas llamado universo y que, si bien ese rompecabezas nunca estará completo sin vos, vos misma no sos nada afuera de él, por lo tanto pensá siempre que ninguna parte es el todo y que el todo es más que la suma de las partes. Hacé lo correcto sin pensar en la recompensa ni en el reconocimiento, porque cuando se hace lo correcto el premio es la misma acción, de lo contrario tu acto no será desinteresado, aunque lo parezca. No declamés tus valores, limitate a vivirlos”.

Una vida por construir

Como según la propuesta de Peters el anciano solo dispondría de

un minuto para dar su respuesta, sería posible que no pudiera decir mucho más que esto que propongo. O podría remitir a su tataranieta a un párrafo del pensador argentino Javier García Moritán, en el que, tras señalar que la vida nos es dada y, aun en el supuesto caso de que no supiéramos cómo, por qué ni por quién, esa vida no viene hecha, sino que está por hacerse. "La misma existencia nos plantea permanentemente problemas vitales que hay que resolver", recuerda García Moritán[65]. La vida es un quehacer y no está libre de contradicciones. La tataranieta de nuestro ejercicio parece haberlo comprendido pese a su corta edad, de ahí que pregunte "¿Qué debo hacer con mi vida?".

De regreso a Peters, ese es un interrogante que no se plantean los chimpancés. No por desidia o por desinterés, sino porque escapa a su posibilidad y, por lo tanto, a su responsabilidad. Los humanos, a nuestra vez, no deberíamos eludir la pregunta si es que pretendemos hacer uso de la conciencia (ese precioso atributo) y honrar nuestra condición. Cuantas más veces nos la planteemos y más veces exploremos la respuesta, cada uno podrá cumplir 100 años habiendo llegado a su propia conclusión. Y dejándole una buena orientación a su tataranieta.

64. Steve Peters, *La paradoja del chimpancé*, Urano, Barcelona, 2013.
65. Javier García Moritán, *De la sospecha a la afirmación*, Club de Lectores, Buenos Aires, 2015.

La celebración de cada día

Cuenta la psicoterapeuta vienesa Elisabeth Lukas que cierta tarde, años atrás, sonó el teléfono en su consultorio y, al responder, se encontró con la voz de una mujer angustiada. El motivo de la llamada era la desesperación que esa mujer sentía ante "la insustancialidad de su vida". Tenía 50 años, había abandonado hacía tiempo la docencia, profesión que amaba, su matrimonio se despeñaba por una rutina carente de afecto y amor y su hijo acababa de irse a vivir solo. Ella se había sumergido en la lectura voraz de numerosos libros de autoayuda, había concurrido a talleres y todo lo que había sacado de esas prácticas era una mayor confusión. No sabía dónde estaba, no sabía qué quería, flotaba en una montaña de nubes grises, sin perspectiva. "¿Qué debo hacer?", preguntaba en su pedido de auxilio.

La doctora Lukas, una de las principales discípulas de Viktor Frankl, le dio a aquella mujer un consejo claro y sencillo. Le sugirió que dejara de buscar recetas trilladas y ajenas, que se olvidara de lo que había leído, que no se observara obsesivamente a sí misma y a cada uno de sus actos y elecciones del pasado. "Si lo piensa bien —le dijo— y desde otra perspectiva, hoy es el primer día del resto de su vida. Solo de usted depende lo que haga con ese resto". En

efecto, insistió Lukas, de ella dependería pasar el resto de su existencia carcomiendo de manera autodestructiva su propio ser o empezar a procurarse tareas y actividades plenas de sentido, creativas, orientadas a mejorar la vida de otros, la propia y también el mundo.

El significado de cada amanecer

Elisabeth Lukas no conocía a aquella interlocutora y jamás la vio personalmente, ni antes ni luego del episodio. Cuando la mujer volvió a llamarla, meses después, fue para agradecerle aquella conversación. Había tomado muy en serio el consejo y estaba viviendo el "resto" de su vida con otro espíritu, con otra mirada y con nuevas ilusiones. Incluido en su libro *Equilibrio y curación a través de la logoterapia*[66], este relato de la profesional vienesa parece pertinente hoy. Suele ocurrir que periódicamente elaboremos listas escritas o mentales en las que nos prometemos iniciativas, cambios, tareas, refacciones, adquisiciones, incorporaciones y demás novedades. También sucede que nos abrume un cierto desencanto o una frustración por aquello que nos prometimos y quedó sin realizar. Procuramos redimirnos con nuevas promesas por todas aquellas que incumplimos. Y nos asalta una suerte de culpabilidad por la oportunidad perdida. Como si compareciéramos ante un tribunal del que solo saldremos absueltos si nos comprometemos a cumplir indefectiblemente con una serie de cuestiones.

Esto ocurre con frecuencia en los finales de año, convirtiéndolos en algo parecido al final de la vida. Pero apartándonos de esa fecha ritual, es posible pensar que el comienzo de un año no es el único inicio posible. Observado con detenimiento, cada amanecer es el inicio del primer día del resto de nuestra vida. Y cada día, si

hacemos memoria, trae un motivo (a veces pequeño y olvidado) por el cual merecería ser considerado como el primero del resto de nuestra vida. Se nos abre de esa manera la oportunidad de vivir esa etapa bajo nuestra absoluta responsabilidad. La vida humana se compone de una sucesión de ciclos. O, como la veía la médica suiza Elisabeth Kübler-Ross, máxima autoridad en el acompañamiento de enfermos terminales, es una rueda que, en cada giro, abre nuevos escenarios.

De ese modo, hay muchas fechas significativas en un calendario anual que se pueden señalar como comienzos. Se cumplirán años de matrimonio, de haber completado estudios, de un viaje transformador, de una mudanza, del primer auto, de un logro personal o familiar, del primer trabajo, de haber dejado de fumar, de una operación quirúrgica exitosa, de un premio logrado en alguna actividad, de una amistad, del arribo a casa de nuestra querida mascota, etcétera, etcétera. Los rayos que conforman la rueda de la vida son numerosos y disímiles. Solo hay que recordarlos y reconocerlos. Sin ellos la misma rueda no existiría. Cada uno de esos aniversarios merece atención y celebración. Ellos dicen que existimos, dicen quiénes somos, dicen qué somos. Son nuestra historia y marcan una y otra vez comienzos para el resto de nuestras vidas.

Agradecer lo vivido

Hay que celebrar cuando toque, dice Elisabeth Lukas. Y apunta que quien honra lo pequeño merece lo grande. Porque cada vida está sembrada de pequeños motivos, pequeños recordatorios por los cuales celebrar. Prestarles atención y honrarlos permitirá, probablemente, liberarnos de la histérica sensación de todo o nada que sigue a los propósitos incumplidos. En cuanto a lo grande,

reflexiona Lukas, ninguna fiesta ni celebración debería significar compras caras, regalos onerosos y aparatosos, promesas desmesuradas. Quizás baste, sugiere, con aprenderse un par de bellas canciones y cantárselas a los otros. O con regalar "vales de tiempo" (vales por una hora, por dos horas o por tres) que se irán canjeando a lo largo del año. O vales por actividades compartidas. Son formas gratuitas y al mismo tiempo enriquecedoras, de brindarnos atención y afecto. "Las celebraciones —escribe Lukas— son una oportunidad para mostrarnos realmente como personas, con abundancia de ideas, espiritualidad y nuevos comienzos". Y no tienen que ser necesariamente multitudinarias, dice. Incluso en soledad, una celebración puede ser digna, si una persona no entierra su autoestima en un sótano. Si toca estar solo, uno se puede preparar su propio banquete, generar su propio ritual, elegir su propia música y, llegado el momento, levantar la copa y brindar con las estrellas y con el universo.

Todo esto no debiera ser relegado a una fecha única y fija. A una única oportunidad. Cada vida tiene múltiples motivos de recordación y festejo. Y cada uno de esos motivos puede ser fijado como el comienzo del resto de esa vida. En síntesis, esto significa que un año se define como el ciclo en el cual cada vida fijó una y otra vez un nuevo comienzo y fue bendecida con la responsabilidad de hacerse cargo de cómo vivirá el resto de su tiempo de existencia.

Quizás esa sea, al final, la mejor promesa que cada uno se pueda hacer a sí mismo cuando sea necesario. La de agradecer lo vivido, y la de encontrar en esa vida todos aquellos hitos de los cuales se cumpla un aniversario, para convertir esa fecha en un motivo de comienzo. Y en un motivo de festejo.

66. Elisabeth Lukas, *Equilibrio y curación a través de la logoterapia*, Paidós, Barcelona, 2004.

¿Cómo actuamos? ¿Cómo pensamos? ¿Cómo nos amamos? ¿De qué manera nos comunicamos? ¿Cómo nos influyen las cuestiones de género? ¿En qué y en quiénes nos inspiramos? Este libro brinda una serie de respuestas no convencionales a estos interrogantes para tener en cuenta, mientras buscamos nuestras propias soluciones. Sergio Sinay ofrece su mirada y nos alienta a salir del automatismo, a explorar conductas y relaciones personales hasta quedar al desnudo, porque solo una actitud crítica y honesta puede cambiar nuestras vidas y ayudar a vincularnos mejor.

El autor de *El amor sólido en tiempos líquidos* y *La aceptación en un tiempo de intolerancia* presenta aquí una serie de postales fidedignas, tomadas desde su lugar de observador y crítico social y cultural, que nos muestra esa necesaria desnudez desde la cual reflexionar y transformarnos.

La propuesta de vernos sin el ropaje de nuestros hábitos, muletillas,

corazas y creencias, toda esa vestimenta a la que nos aferramos en busca de ilusorias certidumbres, responde a aquella premisa de Sócrates: “Una vida no examinada no merece ser vivida”. La sociedad desnuda es una invitación a ese examen.

SERGIO SINAY

Es un reconocido especialista, consultor e investigador de los vínculos humanos. Su pensamiento indaga tanto en la pareja, la psicología del varón, los lazos entre padres e hijos y las relaciones interpersonales como en los paradigmas, las tendencias y los valores de nuestra cultura. Tras una destacada trayectoria como periodista en importantes medios de la Argentina y el exterior, tuvo una intensa formación y práctica en Gestalt y autoasistencia psicológica. Actualmente es columnista del diario *La Nación*. Entre sus títulos se destacan *La sociedad que no quiere crecer*, *Conectados al vacío*, *La sociedad de los hijos huérfanos*, *La masculinidad tóxica* y *El amor sólido en tiempos líquidos* (todos en Ediciones B). Por su trabajo *El varón contemporáneo ante el fin de siglo* fue merecedor del Premio de Ensayo del diario *La Nación*. Su obra ha sido traducida al inglés, francés, italiano y portugués.

Foto: © Alejandra López

La masculinidad tóxica

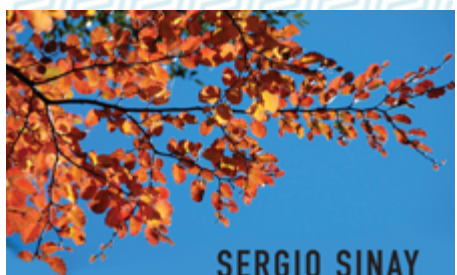
Un paradigma que enferma a la sociedad y amenaza a las personas

SERGIO SINAY

SERGIO SINAY

LA ACEPTACIÓN EN UN TIEMPO DE INTOLERANCIA

¿PODEMOS CONVIVIR?



SERGIO SINAY

EL DISCRETO ENCANTO DE LA MADUREZ

Celebrando el segundo tiempo de la vida

EDICIONES B

Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar

Sinay, Sergio
La sociedad desnuda / Sergio Sinay. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2019.
(No Ficción)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-780-038-8

1. Ensayo Sociológico. I. Título.
CDD 301

Diseño de cubierta: Donagh | Matulich
Foto del autor: © Alejandra López

Edición en formato digital: marzo de 2019
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-780-038-8

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La sociedad desnuda
Dedicatoria
Epígrafes
Razones de la desnudez
1. Cómo vivimos
    Ansiosos
    Consumistas
    Anómicos
    Aturdidos
    Irrespetuosos
    Privilegiados
    Inciertos
2. Cómo actuamos
    Como turistas de la vida
    Como prisioneros de una pantalla
    Como sordos
    Como artefactos descartables
    Como hámsters en una carrera sin fin
    Especializados, pero no educados
    Entre la confrontación y la cooperación
    Librados a la suerte
3. Cómo pensamos
    Con una herramienta desaprovechada
    Con un razonamiento que nos enjaula
    Aferrados a una sola verdad
    Encadenados a una falacia detrás de otra
    Prediciendo el pasado
4. Cómo nos relacionamos

Como fantasmas que simulan amarse
Construyendo la cultura del amor
Entre la promesa y el perdón
Con el amor como punto de llegada
5. Cómo nos comunicamos
Incomunicándonos
Con un lenguaje anémico
Con más monólogos que diálogos
Sumergidos en polémicas tóxicas
6. Cómo nos influyen las cuestiones de género
Interrogándonos sobre qué es una mujer
Confundiéndonos sobre qué hacer
Intentando reconstruir la paternidad
Entrampados en la jaula de los estereotipos
7. Qué y quiénes nos inspiran
El desafío de convertirnos en personas
Los que traen luz desde la oscuridad
Responder a la gran pregunta
La celebración de cada día
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos del autor
Créditos